

REVISTA CONTEMPORANEA

SUMARIO

- I. LOS BOSQUES, por *D. Antonio García Maceira.*
- II. LOS VOCERI, por *D. Víctor Suárez Capalleja.*
- III. LA CRÍTICA POLÍTICA CONTEMPORÁNEA, por *D. Joaquín Rabanaque.*
- IV. SIN FE (soneto), por *D. A. Salazar y Aguado.*
- V. ANTONIO MENGES.—SUS OBRAS É INFLUENCIA EN EL ARTE ESPAÑOL, por *D. A. Danvila Faldero.*
- VI. REVISTA DE TEATROS, por *Ramiro.*
- VII. ESCARAMUZAS, novela (continuación), por *D.^a Eulalia de Lians.*
- VIII. CRÓNICA POLÍTICA, por *A.*
- IX. REVISTA EXTRANJERA, por *S.*
- X. BOLETÍN BIBLIOGRÁFICO: *Diccionario enciclopédico de Medicina y Cirugía prácticas*, por *A.*—*Segunda ristra de ajos*, por *J.*
- XI. ADVERTENCIAS Y ANUNCIOS.

DIRECCION Y ADMINISTRACION

CALLE DE PIZARRO, NÚM. 17, PRINCIPAL, MADRID.

OFICINAS

PARIS, R. SERRANO, 42, RUE LAFONTAINE

MÉJICO

J. F. Parres y Comp.^a

VENEZUELA

E. Fombona

BUENOS-AIRES

Manuel Reñe

BRASIL

Bellarmino Carneiro

Pernambuco

CUBA

D. Miguel Alorda

O'Reilly, 96

Habana.

(DERECHOS RESERVADOS)

REVISTA CONTEMPORANEA

Sale dos veces al mes en cuadernos de 128 páginas en 4.º, y forma cada dos meses un abultado volumen de 500 á 600 páginas.

PRECIOS DE SUSCRICION

MADRID	<u>Pts. Cs.</u>	PROVINCIAS	<u>Pesetas.</u>	EXTRANJERO Y ULTRAMAR	<u>Pesetas.</u>
Tres meses.....	7,50	Tres meses.....	8	Seis meses.....	20
Seis meses.....	15,00	Seis meses.....	15	Un año.....	38
Un año.....	30,00	Un año.....	30		

Número suelto, 2 pesetas en toda España.

CENTROS DE SUSCRICIÓN:

MADRID: LIBRERÍAS DE GUTTENBERG, PRÍNCIPE, 14, Y FE, CARRERA DE SAN JERÓNIMO, 2.

PROVINCIAS.

ALMFRÍA.....	Francisco de P. Mora.	MAHÓN.....	Pascual J. Hernandez.
ALCOY.....	Antonio Gimeno.	MÁLAGA.....	Francisco de Moya.
ÁVILA.....	José García.	MÚRCIA.....	Pedro Pagan.
ALBACETE.....	Sebastian Ruiz.	ORENSE.....	Vicente Miranda.
BARCELONA.....	S. López Bernagosi.	OVIEDO.....	Juan Martinez.
	Texidó y Parera.	MALLORCA.....	Montañés é hijos.
BURGOS.....	Santiago R. Alonso.	PAMPLONA.....	Roman Velandia.
BILBAO.....	Eduardo Delmas.	REUS.....	Torroja y Tarrats.
CÁDIZ.....	Manuel Morillas.	SEVILLA.....	Hijos de Fé.
	José Vides.	SANTIAGO.....	Ramon Pazo.
CORUÑA.....	Vicente Naveira.	SALAMANCA.....	Sebastian Cerezo
CÓRDOBA.....	Manuel García Lobera.	SAN SEBASTIÁN.	Rubinat y C. ^a
CARTAGENA.....	Vicente Velazquez.	SANTANDER.....	Toribio Saldaña.
CUENCA.....	Manuel Mariana.	SEGOVIA.....	Abelardo Fernandez.
CIUDAD REAL...	José Clemente Rubino.	TENERIFE.....	Benitez y C. ^a
FERROL.....	José María Abizanda.	TOLEDO.....	Alejandro Villatoro.
FIGUERAS.....	Juan Heren.	TORTOSA.....	Pascual Bernis.
GRANADA.....	Paulino Sabatell.	VALENCIA.....	Francisco Aguilar.
GIJÓN.....	Hermógenes Andrade.	VITORIA.....	Bernardino Robles.
HUELVA.....	Plácido García.	VALLADOLID....	Jorge Montero.
JEREZ.....	Miguel Gener.	ZARAGOZA.....	José Menendez.
LÉRIDA.....	José Sol.		

SUPERIORES CAFÉS

DE

MATIAS LOPEZ Y LOPEZ

MADRID-ESCORIAL

AROMA CONCENTRADO

EN

ELEGANTES BOTES DE 100 Y 200 GRAMOS

Café molido superior, á.....	2 pesetas los 400 gramos
Puerto Rico y Caracolillo.....	2,50 — —
Puerto Rico y Moka.....	3 — —
Moka puro.....	4 — —

Tés de S: 20 pesetas libra en botes de 2 y 4 onzas.

Tápioca del Brasil en botes de 200 gramos.

NOTA: Los botes de CAFÉ y TAPIOCA de 200 gramos contienen una sorpresa cada uno. De venta en todas las tiendas de ultramarinos de Madrid y Provincias.

DEPÓSITO CENTRAL, PUERTA DEL SOL, 13

COSAS DE MADRID

HISTORIA ÍNTIMA DE LA VILLA Y CORTE DESDE QUE FUE DECLARADA
CAPITAL DE ESPAÑA HASTA LA FECHA

ESCRITA COMO TESTIGO OCULAR DESDE 1820

POR

D. DIONISIO CHAULIÉ

Obra en que se describe la vida social del pueblo madrileño en sus diferentes épocas.

Se vende en las librerías de Guttenberg, Murillo y Fe, y en la administración de este periódico, Pizarro, 17, principal, á cinco pesetas ejemplar.

PÍLDORAS Y UNGÜENTO HOLLOWAY

ESTOS MEDICAMENTOS obtienen una aceptación y una venta mas universales que las de ningun otro remedio en el mundo.

LAS PILDORAS son el mejor purificante conocido para la sangre, corrigen todos los desórdenes del hígado y del estómago, y son igualmente eficaces en los casos de disentería: en fin, no tienen rival como remedio de familia.

EL UNGÜENTO cura pronto y radicalmente las heridas antiguas, las llagas y las úlceras (aun cuando cuentan veinte años de existencia), y es un específico infalible contra las enfermedades cutáneas, por malignas que sean, tales como la lepra, el escorbuto, la sarna y todas las demas afecciones de la piel. Cada caja de Píldoras y bote de Ungüento van acompañados de amplias instrucciones para el uso del medicamento respectivo, pudiendo obtenerse estas instrucciones impresas en todas las lenguas conocidas.

LAS PREPARACIONES HOLLOWAY se hallan de venta en todas las principales boticas y droguerías del mundo, y en Lóndres, 533 Oxford Street, en el Establecimiento central del Profesor HOLLOWAY.

DIGESTIONES A...ALES

VINO

BI-DIGESTIVO DE

CHASSAING

PREPARADO CON
PEPSINA Y DIASTASIS

Agentes naturales é indispensables de la
DIGESTION

12 años de éxito
contra las

DIGESTIONES DIFICILES O INCOMPLETAS
MALES DEL ESTOMAGO,
DISPEPSIAS, GASTRALGIAS,
PÉRDIDA DEL APETITO, DE LAS FUERZAS
ENFLAQUECIMIENTO, CONSUNCION,
CONVALENCIAS LENTAS,
VOMITOS...

PARIS, 6, Avenue Victoria, 6.
En provincia, en las principales boticas.

EAU FERRUGINEUSE DE

RENLAIGUE

(PUY-DE-DOME)

ANÉMIE-CHLOROSE-DYSPEPSIE

No Mas
Bencinas!!...

Para quitar todas
las Manchas sin excepcion
usar:

La Moreine (sin olor e
sin inflamable)

Vendese con garantia Fabrica
en Paris
J. Moret, privilegio
17, Rue Richard-Lenoir.

LA NEW-YORK

COMPañÍA MUTUA DE SEGUROS SOBRE LA VIDA.—FUNDADA EN 1845

Esta importante Compañía no tiene accionistas, y por lo tanto, los asegurados son los únicos propietarios del **Fondo de Garantía**, lo mismo que de todos los beneficios. Una repartición de los beneficios se efectúa todos los años.

RESUMEN DEL 40.º BALANCE ANUAL.—1.º DE ENERO DE 1885

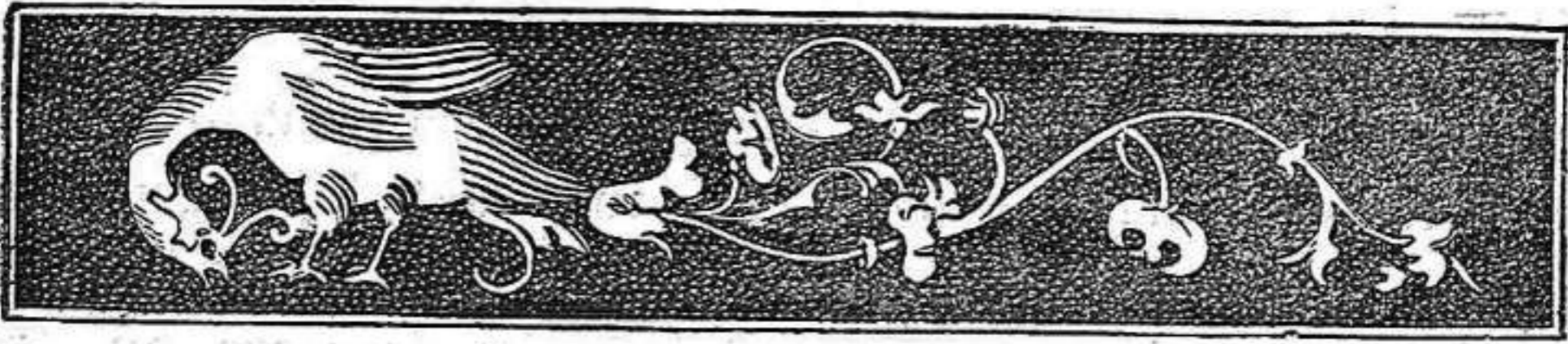
INGRESOS EN 1884	Por primas de seguros.....Pesetas.	52.913.070,07		
	» capitales para rentas vitalicias.....	5.487.749		
	» intereses y alquileres.	15.400.444,64		
	TOTAL DE INGRESOS.....	Ptas.	73.801.263,71	
PAGOS EN 1884	Por fallecimientos..... Pesetas.	11.697.813,53		
	» de seguros mixtos vencidos ó descontados.....	4.528.512,55		
	» rentas vitalicias, rescate de pólizas y beneficios distribuidos entre los asegurados.....	18.677.578,93		
	SUMA PAGADA Á LOS ASEGURADOS.	34.903.905,01		
	Reducción hecha sobre los libros del importe con que han figurado los valores mobiliarios. Pesetas.	2.430.863,03		
	Por contribuciones y premios de reaseguros.....	1.336.466,47		
	» comisiones, honorarios á los médicos y gastos de agencias.....	10.099.848,84		
	» sueldos, anuncios, impresos y gastos de administración.....	2.444.075,45		
	TOTAL DE PAGOS.....	Ptas.	51.215.158,89	
	ACTIVO	Efectivo en caja y Bancos de depósito..... Pesetas.	11.517.295,29	
En valores mobiliarios (valor según cotización actual, 143.779.253,47 pesetas).....		136.276.262,55		
» inmuebles.....		28.610.802,98		
» préstamos sobre primeras hipotecas (inmuebles asegurados por 101.058.750 pesetas en pólizas transferidas á la Compañía á título de garantía suplementaria).....		109.435.898,48		
» préstamo á corto plazo.....		1.917.525		
» anticipos de primas sobre pólizas vigentes (la reserva hecha sobre estas pólizas asciende á pesetas 10.360.000).....		2.280.647,85		
» primas semestrales y trimestrales correspondientes al ejercicio y que vencen después de 31 de diciembre de 1884.....		4.121.761,45		
» primas por cobrar y en vía de trasmisión.....		2.800.188,64		
» saldos en poder de representantes.....		388.098,25		
» intereses devengados en 31 de diciembre de 1884 de capitales colocados.....		2.386.581,47		
» aumento de precio en los valores mobiliarios según cotización de 31 de diciembre de 1884....		7.502.990,92		
TOTAL DEL ACTIVO.....		Ptas.	307.238.052,88	
PASIVO		Reserva para los seguros vigentes y las rentas vitalicias..... Pesetas.	267.325.746,54	
		Beneficios que quedan por pagar á los asegurados, siniestros, seguros mixtos y rentas vitalicias, pendientes de liquidación.....	3.519.764,22	
	Beneficios acumulados correspondientes á pólizas de acumulación.....	13.649.651,40		
	Primas anticipadas.....	90.106		
TOTAL DEL PASIVO.....	Ptas.	284.585.268,16		
Excedente del Activo sobre el Pasivo, según la norma de la Compañía (Reserva del 4 por 100).....			22.652.784,72	
Excedente del Activo sobre el Pasivo, según la norma legal del Estado de New-York (Reserva del 4 ½ por 100).....			51.288.992	
EN 1884 LA COMPañÍA HA EMITIDO 17.463 PÓLIZAS DE SEGUROS POR VALOR DE			318.643.680	
EN 1.º DE ENERO DE 1885 EL NÚMERO DE PÓLIZAS VIGENTE ERA DE 78.047				
POR VALOR DE.....			1.188.775.252	

SEGUROS para casos de vida y muerte, dotes, capitales para menores y para viudas, pólizas para garantizar débitos, préstamos y operaciones comerciales, rentas vitalicias, pensiones y seguros sobre dos ó más personas ó asociados

Direcciones generales en New-York y París. Sucursales en todas las capitales de Europa y América. Sucursal en España, autorizada por real orden, calle de Alcalá, 12, principal, MADRID, donde podrán dirigirse para informes y prospectos, ó á los Agentes de la Compañía en provincias.

Dirección general para Europa: PARÍS, 16, Boulevard des Italiens, y 1 y 3, Rue le Peletier.

Director para ESPAÑA: **DWIGHT T. REED**, exsecretario de la Embajada, consul general y encargado de Negocios de los Estados Unidos de América en Madrid.



LOS BOSQUES (I)



o parece en verdad, ante el descuido que se nota en el aprovechamiento y conservación de los montes, acá en nuestra España, que éstos rinden tantos y tan cuantiosos bienes.

La defensa de los valles, el dique formidable para el contenimiento de las tierras, el eficaz y poderoso medio de evitar el desbordamiento de los ríos, el filtro natural y poderosísimo que acrece el caudal de las corrientes, dando nacimiento á los pequeños caudales, el moderador de la temperatura, el regulador de las lluvias y el purificador del aire, yacen aquí abandonados en reprensible descuido.

Los montes sólo merecen una mirada, entre nosotros, cuando se trata de arrancarlos de la tutela del Estado, lanzándolos por la venta á la esfera individual, que los destruye y tala en su eterno movimiento egoísta.

Los bosques sufren rudos ataques, al presente; pues para respetarlos fuera preciso posponer el lucro, el cálculo, el bien de presente, al interés del porvenir y de la vida social; fuera necesario reemplazar en el corazón el frío del egoísmo por el

(I) Nos parece de oportunidad la publicación de este interesante artículo, redactado por una persona muy competente y de singulares dotes literarias.

calor vivificante que alienta á emprender las obras inmortales y portentosas, nacidas de un espíritu levantado y generoso. Pero ¡ay! esa misma tendencia de imprevisión y egoísmo que esteriliza y arruina nuestros arbolados y descarpa nuestras cordilleras, se refleja en todas partes. Todo se inspira hoy en un interés individualista y menguado. La arquitectura no edifica más que casas; el pincel pinta retratos; el escultor hace bustos; el historiador escribe memorias; el literato novelas; la poesía lírica entona endechas de estériles y ridículos pesares, y el hombre de gobierno y administración entrega los montes á la venta, preparando á las futuras generaciones, áspera vida de sufrimiento y escaseces.

No sirve que un genio eminente lance un grito de alarma ante los desastres obrados en daño de los vegetales durante este inquieto siglo (1); nada vale que la ciencia afirme más cada día sus conclusiones respecto á las beneficiosas influencias físicas del arbolado; nada importa que algunas regiones de la tierra lloren su desnudez, como la Siria, antes poblada y hermosa, hoy triste y desierta; nada significan, por lo visto, los elocuentes ejemplos de Alemania: nada pesan en la balanza del criterio público tantas quejas y protestas, pues el trabajo de descuaje no cesa, y el trabajo reparador de tanto mal parece no llegar nunca.

Cierto que los bosques han sufrido en muchas épocas, aunque por diversas causas; que si no hubo hasta estos últimos tiempos economistas capaces de lanzar á los pueblos esta espantosa heregía: «vended los montes nacionales, y veréis cómo el interés personal cuadruplica la producción,» hubo en cambio, y por desgracia en otros períodos históricos, trastornos, disturbios y guerras que llevaron á los campos ruina y desolación.

Alejandro, para entrar en Grecia triunfante, destruye el

(1) Un gran problema social reclama la atención de los hombres de ciencia. El consumo de carbón es enorme; las máquinas de vapor mandan cada año á la atmósfera 16.000.000 de toneladas de ácido carbónico. Los montes, que de día en día desaparecen ante los progresos de la tala, ¿son capaces de reducir esta masa enorme de gas? (P. Secchi.)

más bello ornamento de las colinas y el más precioso dique de los ríos. La Siria en sus tiempos, y bajo su huella destructora, trasfórmase, como hemos dicho, en árido desierto. El monte Líbano, orgullo del Oriente, esmeralda engarzada en la sublime historia de nuestra religión sacrosanta, el bosque más espléndido y suntuoso del universo, la selva sagrada y veneranda en donde bebían su vida el Eufrates, el Oronto y el Jordán, no es más, al presente, que el centro de las orientales ruinas. Los cedros cuya celebridad llenó el mundo han desaparecido, y las nieves, que en los felices tiempos de su gloria se deslizaban hasta los valles, con fertilizadora lentitud, no llegan hoy sino en devastadores torrentes. Las montañas secundarias y las colinas, cubiertas de olivos, de viñas y de higueras en tiempo de los hebreos, han desaparecido. La vasta planicie del Jordán es la más pobre de la Siria. ¡Las montañas gimen y lloran su desnudez, y el gran desierto comienza y se extiende donde fueron Tiro, Sidón y la tierra prometida! ¿Quién reconoce, dice un ilustre viajero, la bella corriente del Jordán en esas aguas fangosas que se encaminan perezosamente hacia el mar Muerto? ¿Quién ve en la actual y pobre Palestina aquel deleitoso país de Canaan dado por Dios á su pueblo como el más fértil y abundoso de la tierra?

Ante el aspecto de tan tristes comarcas casi dudaríamos de la verdad del gran libro de Moisés, si todos los lugares de nuestro globo no nos mostraran, con harta elocuencia, que el tiempo y los errores del hombre cambian la riqueza en esterilidad, y la hermosura de los bosques en medrosas y desnudas soledades.

Ante la decadencia forestal del Asia, dice muy oportunamente el ilustre Rauch: «Si los venerables patriarcas del género humano recorriesen hoy esos países desgraciados, no hallarían aquel Edén de aguas puras y cristalinas, ni aquellos bosques silenciosos donde millares de pájaros entonaban dulces himnos al Padre de la naturaleza, ni admirarían aquel sol que sólo calentaba para vivificar, ni percibirían aquellas brisas que repartían por el ámbito de aquel jardín apacible la frescura y los aromas.»

El hombre dedicado á estudios forestales, hoy día recompone en su imaginación, á la vista de tan formidables ruinas vegetales, el bellísimo ornamento de la tierra, destruído por constantes trastornos y funestas ventilaciones, como recompone el artista el Coliseo y el Partenón en presencia de sus restos venerandos y esos suntuosos y derruidos alcázares del renacimiento, conjunto admirable y lucha grandiosa del arte antiguo con los ensueños lujosos de una imaginación renovada y bizarra.

Y es que nuestra marcha parece trazada por áspera y peñascosa vereda, hasta ahora regada con el sudor y el llanto de los hombres, y sembrada á derecha é izquierda con las ruinas y cementerios de otros mundos y de otras civilizaciones.

Y viniendo ahora á nuestra España y á nuestros montes, ¿quién no se persuade de las mudanzas efectuadas en el clima de la Península, merced á la desaparición del arbolado? Entre mil hechos que pudiéramos alegar, apuntaremos aquí uno solo. Del clima de Madrid, en extremo irregular, decía en 1802 el Sr. D'Azara, Embajador en París, «que era, hace dos siglos, el más benigno y apacible de Europa, porque era también entonces una localidad abundante en árboles.»

Sin embargo de este y de otros hechos análogos, el trabajo de destrucción no cesa, y nuestra importante vegetación leñosa es sacrificada por el egoísmo y la imprevisión, que no miran ni consideran que esos claros y *calveros* que se extienden más y más, de día en día, preparan á la humanidad, sirviéndonos de la expresión de Humboldt, *una falta de calor y una escasez de agua*.

Si atentamente se recorre España, es fácil observar también la poderosa influencia que tienen los árboles en la densidad de la población y en la prosperidad agrícola de los países. Allí donde falta la protectora sombra, el cultivo es débil, la población diseminada, el labriego indolente: allí, por el contrario, donde se mira á cada paso un soto, una alameda, un huerto; en todas partes donde el árbol no es considerado como *un semillero de pájaros* (que así le llama el atrasado labrador castellano), el cultivo es armónico con la ganadería,

con la industria y el aprovechamiento regular del monte, patentizando, á las claras, cómo caben y se desenvuelven, á maravilla y sin pugna, dentro de la vida rural, todos esos elementos de prosperidad. ¡Admirable y fecundísimo enlace de intereses, simbolizado en los caseríos de Vizcaya, de Guipúzcoa, de Álava y de Galicia! Y al par de un cultivo armónico, las costumbres, por lo general, son puras en esos vestidos y risueños campos, que llenan de dulces encantos el ánimo, alejando del hogar la ambición ruin y destemplada. El *caserío* aún conserva reconcentrado y vivo todo lo que en el mundo debía haber sagrado para sus habitantes, aún hay creencias y virtudes, é ilusiones y amor, y abnegación, y heroísmo, y un pensamiento en Dios, una memoria del cielo, una esperanza de inmortalidad. ¿Y cuán exacto es que los movimientos internacionalistas no son resultado de los sufrimientos de la vida, y sí funesta consecuencia de la corrupción de los sentimientos y de la falta de espiritualidad? Ese pueblo derramado por el campo, á la sombra de los nogales y castaños, no dice al cielo y á la tierra como Proudhon: *Dios es el mal: la propiedad es un robo*: sino que, contento con su suerte, resignado en el sufrimiento, pide al Señor sus bendiciones, y cree, y ama, y es feliz.

Esto, apesar de que come centeno, patatas, legumbres, raras veces carne, y trabaja todo el año, aunque llueva, ó queme el sol, ó esté helando.

El campesino gallego, y el vasco también, moradores de regiones pobladas de arbolado, miran en la tierra el verdadero teatro de su gloria: sólo en ella pueden eternizar su nombre, legándolo á sus hijos en monumentos duraderos. No importa que la muerte sorprenda en aquellas provincias al labrador: allí queda la huella de su laboriosidad: allí queda su nombre, y gimiendo en el viento, que agita los árboles que plantó, ó las mieses del campo que redujo á cultivo. Y he ahí por qué, apoyándose en este espontáneo y natural sentimiento, recogiendo esa lejana nota que resuena con maravillosa cadencia en todos los corazones, las leyes un día respetaron las últimas voluntades, que vinculaban ciertas fincas en determinadas familias. El hombre vulgar, ha dicho un insigne juris-

consulta español, no ve en esas disposiciones más que la manifestación de un orgullo insensato, que aspira á llevar su capricho de dominación más allá del sepulcro; pero, si interrogamos al sentimiento, libre de espíritu de escuela, nos dirá que tales fundaciones son la vigorosa pulsación de esa sed de eternidad que nos aqueja, hermanada con el espíritu de familia.

Pero es bien que volvamos sobre el objeto principal de estas observaciones.

En el inmenso libro de la historia actual del globo, hay un capítulo, interesante sobre manera: el del clima. Pues bien; sirviéndonos de la expresión de un célebre naturalista, diremos que «los bosques son las letras mayúsculas de ese capítulo.» Aun desde este solo punto de vista, ya merecen protección solícita y cuidadoso esmero por parte del Estado, así como grande respeto por parte de todos; que la ignorante codicia, causa de la tala, sólo ha creado en el disfrute de los bosques la esterilidad del desierto, imagen temerosa de la muerte.

Las conclusiones sentadas anteriormente nos instan á darles apoyo y confirmación con algunas reflexiones; que no es bien confiar asuntos, que no son de fe, á la del lector, pudiendo esclarecerlos y atestiguarlos cumplidamente con la razón y la experiencia.

Vamos, pues, hoy á proseguir nuestra tarea, patentizando las influencias que señala en los bosques la cosmología de los países.

Realmente, pocas naciones exigen un respeto más cumplido hacia los árboles que nuestra España, cuyo suelo, quebrado por hondas cortadas y pendientes formidables, requiere el potente freno de la vegetación leñosa para moderar y contener la acción robusta y avasalladora de la erosión. Gran pirámide la península, con rápidas pendientes hacia los mares, necesita la defensa de los bosques; sin embargo de esto, poco ó nada se protege la riqueza forestal del país; poco ó nada miden sus beneficios los pueblos, arrastrados en su disfrute por intereses del momento, á los cuales posponen los más respetables del porvenir.

¿Qué es el monte para la gran mayoría de nuestros pueblos? Triste es decirlo, pero es exacto: sólo un depósito de maderas y leñas, sin más objeto que la satisfacción cumplida de sus gustos y caprichos, más bien que de sus necesidades.

La dehesa es un sempiterno recurso, en los pueblos de Castilla, para cortar trampas y enderezar cuentas municipales; en vez de finca fomentada y aprovechada según la *posibilidad* rigurosa, usando el lenguaje de la moderna *dasonomía*.

Nada más contrario á la existencia de la ganadería y á la prosperidad de la agricultura, que ese modo de ser de muchos pueblos españoles. Sin montes no habrá jamás cultivo agrario en prósperas y fecundas condiciones. En la naturaleza no existe un solo detalle sin concierto colocado; y así como las cordilleras y sistemas de montañas son hechos fijos, dependientes de la dinámica terrestre, así también la vida de los valles es el resultado y la última consecuencia de fuerzas y fenómenos que se realizan en las regiones altas, verdadero asiento de los árboles. Por eso, cuando el hacha y la tea han llegado hasta las empinadas cumbres, el descuajo ha arrojado sobre los llanos calamidades sin cuento, ruinas y desolación; que no sin sufrir grandes castigos traspasa el labrador el límite marcado á sus trabajos, ni jamás se verifica que el cultivo agrario viva y se desenvuelva en las regiones alpinas, donde toda precaución y cuidado se estrellan ante el empuje de las corrientes y el ímpetu violento de los huracanes.

Y es tan cierto que la tala ha excedido en nuestro país los límites de la conveniencia, que hay sierras peladas y casi inhabitables, donde las acciones hidrológicas se hacen sentir de funestísima manera, provocando á cada paso fenómenos imponentes. ¿Qué son algunas montañas españolas más que un conjunto de cortaduras, de barrancos profundísimos y desnudos, ó cuanto más una maraña espesa de raquíticas aulagas, brezos y jaras, con las cuales acabarán forzosamente y en breve plazo, las necesidades del hogar? Milagroso es cómo sufren los habitantes de algunas sierras esos extremados inviernos y esos sofocantes veranos, que arrojaron sobre

ellos la imprevisión de sus mayores, y su propia imprevisión también.

Todos los viajeros que han pisado la desarbolada sierra de las Hurdas (Salamanca) quedaron sorprendidos de la miseria y sufrimientos de sus moradores, agazapados como las fieras, durante el invierno, en cuevas formadas por los peñascos, y tendidos en verano sobre las pizarras quemadas por un sol abrasador. Inútil es buscar allí el trabajo agrícola continuo, ante las ingratas condiciones de un suelo sin sombra, que, cuando más, da centeno á largos plazos; vano es buscar allí recreo y esparcimiento: la vista no descansa en un solo contraste, y el oído no percibe en aquellas rompientes calvas más que el ruido monótono del viento ó el salvaje grito de los condores, que se lanzan á las nubes, como una flecha disparada.

No sirve que las pendientes se escalonen (como han juzgado algunos) ni se intenten defensas artificiales; una vez talados los montes, pronto el agua de los altos llega aceleradamente hasta la falda de la montaña, socaba las rocas, las arrastra y precipita, barre la tierra vegetal, se alza espumosa, como serpiente irritada por la velocidad y el choque, y cubre y anega, por fin, con imponente estruendo los valles, cuya producción esteriliza. Yo he visto algunas veces á los campesinos de tan desgraciadas comarcas, contemplar desde lo alto de sus chozas, con los ojos llenos de lágrimas, uno de esos parciales y sensibles diluvios, y los he visto seguir también, con mirada triste, sus aperos y ganados, envueltos en el torbellino de embravecidas corrientes.

A ese genio diabólico que mina nuestro arbolado y despuebla nuestros campos, ni la muerte le ataja, ni los ayes le moderan, ni las lágrimas le conmueven. Cuando los torrentes arrollan las rocas con hórrido son; cuando los templos y las casas se derrumban; cuando las mujeres huyen espantadas de entre las ruinas, y los niños lanzan gritos de dolor, y los ancianos perecen, él busca otras laderas y otras cimas que talar é incendiar, indiferente á los gemidos, á las imprecações y á los lamentos de sus víctimas.

La tala siempre lleva á las vertientes iguales efectos. El

distinguido autor de la *Flora forestal española* dice, ocupándose de la vegetación leñosa de la provincia de Lérida: «Las talas de los montes de la orilla izquierda de la Noguera-Pallaresa han producido la formación de algunas *torrenteras*, cuyos acarreos han torcido el curso del río en varios puntos, resultando curvas muy forzadas y arrastres de las sierras de la orilla derecha; la población de Sort se ve ya amenazada por las inundaciones.»

A este mismo propósito y para atestiguar, más y más, la importancia de los buques, desde el punto de vista de los torrentes y acarreo de las tierras, vamos á copiar aquí lo que escribía la autorizada pluma de Carlos Comte, poco después de aquella época terrible de sangre y de trastorno para la Francia. «Las fuertes lluvias, decía Comte, al caer hoy sobre algunas de nuestras descuajadas montañas, arrancan con horrible estrépito las rocas, las casas y cuanto hallan á su paso, para depositarlo con furia en las poblaciones de los valles que, sobrecogidas ante tales desastres, se imaginan que el infierno se desencadena para castigar las impiedades de la revolución.»

Esta influencia de la tala en la aparición de los torrentes, con estar poco ó nada extendidas por España ciertas ideas, va alumbrando, sin embargo, la mente de algunos labradores, y adquiere sanción en las costumbres de ciertos pueblos españoles. En nuestra Sierra-Nevada forman ya bosques las gentes del país en las escarpaduras y violentos tajos, con el arbusto llamado allí *rasca vieja* (*Ad. decorticans*. B.) para moderar y contener el arrastre de las tierras.

Y es que después de un descuajo sin ejemplo, el genio de las ruinas se sienta ya sobre las elevadas rocas de muchas cordilleras españolas, á reposar del ardor y el cansancio de una lucha sin tregua, y arrepentido y triste, arroja á lo más hondo de las simas el hacha con que segó tantos troncos, y la tea que los rudujo á cenizas, ahogando la vida un tiempo vigorosa en los extremos de mil hojas y en la savia que nutría y bañaba las celdillas de tantos y tan diferentes tejidos.

¡Cuántas desgracias, sin embargo, y cuantos males antes

de lucir en algunas de nuestras sierras la aurora de un feliz renacimiento forestal!

Pero es bien que nos fijemos ahora en la cuestión técnica, objeto esencial de este artículo. ¿Ejercen los montes influencia beneficiosa en la temperatura de las comarcas, en la evaporación y condensación de las aguas? ¿mejoran los suelos, y destruyen ó aminoran la impetuosidad de los vientos? Examinemos, una por una, estas importantes cuestiones.

Se comprende, desde luego, que la masa leñosa es un obstáculo para que los rayos solares obren sobre el suelo, calentándole, puesto que siendo el aire diatérmico para los rayos directos del sol, estos llegan al terreno con gran potencia calorífica. Pero si durante el día la vegetación arbórea se opone á una elevación de temperatura en el suelo, durante la noche le abriga, impidiendo la irradiación al espacio. Es verdad que las copas de los árboles por su irradiación enfrían las capas de aire en su contacto; pero no es menos cierto que el vapor que éstas condensan, con su calor latente, equilibra el enfriamiento. Esto hace que el tránsito de temperatura del día á la noche sea insignificante en los terrenos poblados, permaneciendo casi inalterable la media del suelo y la de la capa inferior del aire.

Análogamente modifica la vegetación las temperaturas extremas de verano é invierno, como es fácil demostrarlo. En verano los bosques abrigan el suelo, impidiendo, sobre todo durante la noche, la irradiación al espacio. Las copas, á su vez, enfrían la capa de aire que permanece en su contacto; de modo que, en el verano, la vegetación refresca el suelo y la capa inferior del aire, cuando la acción de los rayos solares es intensa.

¿Qué se hace, pues, de esa cantidad de calor que las copas de los árboles impiden llegar al suelo? Algunos han supuesto que residía en la capa de aire que descansa sobre la vegetación; suposición claramente absurda, pues supone una transformación de la radiación luminosa en calorífica, que no puede verificarse, puesto que el suelo no se calienta. Lo que hay de verdad es que los rayos caloríficos, que no llegan al terreno, son absorbidos por la vegetación, empleándose en el tra-

bajo de descomposición y en el preciso cambio de la savia ascendente en descendente.

En invierno las temperaturas extremas se hallan también modificadas por el arbolado, aunque no tan marcadamente. La vegetación abriga en esa estación el suelo, y se opone, en parte, á su enfriamiento por irradiación. A su vez, y como el trabajo organizador de las plantas es entonces lento, éstas no absorben tanto calor, y éste, quedando libre, se emplea en elevar la temperatura del aire que rodea las copas.

De todo esto resulta claramente que los bosques modifican poco la temperatura media, disminuyendo la máxima y elevando la mínima. El arbolado suaviza, en consecuencia, el clima. Los bosques regularizan además la evaporación, como es sencillísimo probar. El suelo de los montes retiene por bastante tiempo la humedad, apesar de la que pierde por la absorción de las raíces y la exhalación de las hojas. Esto se explica fácilmente al observar que la capa de aire aprisionada por la vegetación se renueva difícilmente, efecto de la resistencia que le opone el follaje y de la temperatura baja del suelo. La capa en cuestión, permaneciendo estacionaria, llega presto á su estado de saturación, impidiendo entonces que la evaporación prosiga.

El arbolado produce, pues, la evaporación lenta; esto es, la regulariza, y como la condensación es directamente proporcional á la evaporación, aquélla quedará también regularizada en los terrenos poblados, favorecidos por lluvias periódicas, moderadas y regulares, de utilísimos resultados en la agricultura y en la higiene.

Que es de todo punto indudable la correlación y enlace que tienen el estado del suelo y la cantidad de agua llovida, lo confirma y patentiza la observación, á más de la interpretación teórica, según acabamos de ver. En los llanos de Salamanca y Valladolid, generalmente áridos y pelados, la lluvia anual es tan escasa como indican estos números:

Salamanca.....	274 ^{mm}	correspondientes á	73 días.
Valladolid.....	327	id.	á 86 id.

Adviértese la misma penuria de agua pluvial en los desar-

bolados campos de la Mancha, según lo acusan los siguientes guarismos:

Albacete.....	233 ^{mm}	correspondientes á 52 días.
Ciudad Real....	371	id. á 61 id.

¡Imposible parece que con tan pequeña cantidad de agua broten plantas en tan secas llanuras, y fuentes y arroyos, y vida, y animación y colores en la primavera!

Así se comprenden y explican la tristeza y languidez que, aun en la estación más rica, variada y hermosa del año, se observan en la descuajada planicie central de España, siempre sedienta, grietada y endurecida, ó cuando más regada por perezosos arroyos ó pasajeras nubes, de cuyas entrañas caen, como otros tantos suspiros dolorosos, algunas gotas de agua, que la tierra abrasada devuelve bien pronto á lo alto en forma de nubes, y que el viento bullidor y alborotado zarandea, desbarata ó despide y encamina á otro lugar, en vertiginoso remolino.

No sólo hay estrecha relación entre los montes y la cantidad de agua pluvial, sino también entre los mismos y la abundancia de corrientes superficiales. Los montes alimentan los cursos de agua, y la presencia de ésta favorece la vegetación; la una y los otros tienen á su vez una marcada influencia sobre la temperatura y la salubridad del aire. Mr. Rougier de la Bergerie equipara las expresiones *aguas* y *montes*, y se expresa en estos términos: «La cuestión de aguas es la cuestión bosques; el hombre de este siglo halla la comprobación de este principio en la carta de Cassini, la cual manifiesta, más cumplidamente que todos los libros, el inmenso cambio que ha sufrido el suelo de Francia en el corto espacio de un siglo; he ahí el documento acusador de nuestra indiferencia y de nuestra ignorancia. Cassini trazó sobre su carta todos los montes, collados, fuentes, ríos y arroyos de Francia en su época.

«Si se hace el cotejo de ese mapa con los actuales en que se figuran y detallan los bosques y aguas existentes, la diferencia inspirará ciertamente á todo verdadero francés un

saludable aborrecimiento hacia los que han perpetrado tantos y tan grandes desastres vegetales sobre el suelo, en otro tiempo fértil y ameno de la patria.»

Esa solidaridad de influencias entre los montes y las aguas había decidido sin duda á los romanos, más cuerdos que nosotros en este punto, á reunir la administración de ambas riquezas.

Pero no cesan aquí las utilidades físicas de los bosques; mejoran también los suelos, y la historia de las estepas rusas, convertidas hoy, parte de ellas, en frondosos montes, prueba cumplidamente este aserto.

Y no se crea que es Rusia la única nación que presenta ejemplos capaces de atestiguar el influjo de los montes en el mejoramiento de los terrenos; España y Francia ofrecen al observador hechos mil que abonan esta misma verdad. ¿Qué fuera de la región N. O. de la provincia de Segovia, dice Schulz, cubierta de arena tan fina como la de la mar y tan blanca como la nieve, si el pino no abrazase con sus raíces y acrecentase con sus despojos aquel suelo árido de por sí, y de por sí incapaz de verdor y lozanía? ¿Qué fuera de las *dunas* del golfo de Gascuña, triste é inmensa superficie de 75 leguas cuadradas, que marchaba, en otro tiempo, juguete de los vientos, enterrando campos, pueblos y montes? A este propósito véase cómo ha explicado el Sr. Perier el efecto de esos hermosos bosques debidos al talento de Mr. Brémontier y al celo y pericia de la Administración forestal francesa: «Aquellos bosques artificiales; de árboles sabiamente elegidos, han ido avanzando hacia el mar y deteniendo ante su espesa enramada el huracán y las arenas. Antes avanzaban éstas cada vez más adentro, llevando delante de sí la esterilidad y la tristeza. Mas la ciencia y el trabajo rechazaron un día al huracán y fijaron en el suelo la movediza arena, haciendo caer encima una beneficiosa capa de mantillo, que anualmente se reproduce y acrecienta; que da nutrición á la raíz del árbol mismo de que procede: que fomenta á su pie el pasto de los rebaños, y que atrae á éstos á disfrutar del nuevo alimento y del nuevo abrigo, en cambio de lo cual con más rico abono apresuran ellos á su vez la obra de la naturaleza

y el arte, en aquella región, valerosa y tenazmente redimida de la injuria de los elementos.

Los bosques, por fin y para terminar, con sus influencias cosmológicas, evitan los efectos de los vientos fuertes. Es tan patente y clara esta influencia del arbolado, que ha motivado una excepción en el aprovechamiento regular de ciertas zonas, llamadas de defensa, en las grandes cordilleras.

Es un principio de sana selvicultura plantar en los límites de los montes árboles capaces de resistir el ímpetu de los vientos. Estos árboles no deben cortarse jamás, para impedir los daños y los desastres en las masas interiores, y en las poblaciones.

De todo lo dicho aparece claramente la importancia social de los montes. Sus influencias físicas separan la propiedad forestal de todas las demás, y su lento desarrollo exige precaución y prudencia sumas en el disfrute.

La renta de los montes no es análoga á las demás del Estado, y su aprovechamiento no debe basarse, como pretenden algunos economistas, en las necesidades del Tesoro.

La ciencia económica, si ha de ser ciencia, no debe conducirnos á no ver más que oro en las cuestiones menos materiales; no debe ofuscarnos hasta el extremo de reducir á cifras la grande y maravillosa obra de Dios.

Desde el punto de vista de sus productos, los bosques tienen grandísima importancia. Sus utilidades inmediatas ó económicas, todo el mundo las comprende y reconoce, sin necesidad de estudiar este ramo importante de la riqueza pública.

¿Qué sería de muchos pueblos, hundidos en los barrancos y hoyadas de las cordilleras, si el bosque no satisficiera con sus productos las más urgentes necesidades de la vida? ¿Qué fuera en el invierno de algunas familias, sin leña en el hogar, sin hoja seca para el lecho, tendidas sobre un piso de tierra húmedo y frío y confiadas exclusivamente á los rubores y escaso alivio que produce la limosna? ¿Cuál sería la suerte de muchos lugares, asentados en lo más agrio de las montañas, si el bosque les faltase ó la prohibición de disfrutarlo se alzase sobre ellos, de pronto, y por mandamiento de la ley?

Quien haya recorrido, entre otros puntos que citar pudiéramos, esos pueblecitos reclinados sobre los riscos del Moncayo, comprenderá perfectamente cuántas lágrimas enjugan los bosques y cuántas desventuras mitigan. Allí, desafiando todos los peligros, cuando la nieve borra hasta los lindes de los senderos, miles de familias pobres se descuelgan por aquellas breñas profundas, sombreadas por intrincados y espesos bosques, para hacer su pobre acopio de leña, que dejan en la villa ó ciudad próxima, á cambio de cinco ó seis reales. Y, apesar de esto, ateridas de frío, fatigadas por una larga caminata y el trabajo sin descanso de todo el día, vuelven esas gentes á sus casas, felices y gozosas con su mezquino jornal, satisfechas y ufanas, porque llevan un pedazo de pan negro á sus pequeñuelos; ¡cuánta virtud y cuánta fe guarda aún el corazón de esa parte de pueblo, alejada de los grandes centros, y que sube á la áspera cumbre de la vida con el pesado fardo de la miseria sobre sus hombros!

Por eso los que, censurando el aprovechamiento común (en vez de censurar el modo y forma de efectuarlo en España y los abusos que de tal práctica resultan), han propuesto concluir con él, confesaron paladinamente su falta de experiencia y tino en semejantes cuestiones, así como el desconocimiento completo del modo de ser de muchos pueblos españoles, que del monte viven y con el común y gratuito disfrute se sostienen. Esas teorías, inarmónicas respecto de la vida real, que intentan reemplazar de pronto al trabajo forestal de hoy día con otro continuo é intenso, sin mezcla de defectos, son de todo punto irrealizables. El aprovechamiento común y gratuito de ciertas fincas es necesario y conveniente hoy; con él se estrechan y enlazan los intereses de todas las clases, se fomenta el amor al país y mitíganse muchos dolores, dando alguna satisfacción á ineludibles necesidades. Es cierto que el ideal del cultivo forestal, como el del agrícola, es la intensidad, pero esa no puede lograrse sino á la larga. Hoy por hoy, y en nuestro pobre sentir, bastaría regularizar el disfrute comunal, para obtener grandes bienes y cuantiosos resultados.

La especulación se estrella las más de las veces ante la

fría realidad; y he ahí por qué todos los sistemas que desprecian las costumbres, todos los sueños y fantasías forjados en el retiro del gabinete (y muchos de esta índole invaden á toda hora el campo del cultivo) caen siempre y se estrellan contra el escollo de lo imposible. Destruir de pronto el aprovechamiento común es matar pequeñas industrias á cuyo calor viven y se sostienen los menesterosos; es ensanchar la mendicidad; es poner en grave trance y someter á terrible prueba la virtud y el sufrimiento del pobre.

El aprovechamiento común puede hacerse fecundo, sin necesidad de trasformarle en individual, siempre que sea regulado y con asiduidad atendido por el poder público. De este modo pueden desaparecer sus defectos de hoy, que de buen grado reconocemos. La cuestión es difícil, atendidos añejos hábitos, ambiciones destempladas y prácticas desoladoras, pero no imposible. El ordenado concierto de todas las actividades en una unidad de plan, de mejoramiento y de utilidad; el estrecho enlace de fuerzas, que hoy se dañan y destruyen, en las sabias relaciones de un prudente sistema, pueden producir la regeneración de muchas fincas, y un recurso permanente que ponga á cubierto nuestros campos del oleaje asolador del moderno socialismo, que conmueve y arruina tantos ramos de la industria.

Pero digamos algo que recuerde y atestigüe la importancia económica de los bosques.

Con sólo echar una ojeada por la estadística forestal de Europa, sorpréndese la mente al ver la enorme cantidad de maderas, leñas, resinas, frutos y cortezas que la naturaleza elabora en los montes bajo el poderoso influjo de sus fuerzas vitales, y el capital en dinero por que se cambian en los mercados y grandes centros de consumo.

El siguiente resumen, en el cual aparece la producción en dinero de los montes en los diferentes Estados que constituyen el Imperio alemán, bastará á dar idea aproximada de lo que significa y de lo que vale para las naciones el racional aprovechamiento de los bosques.

ESTADOS	Extensión de los montes en hectáreas	Producción anual en reales de vellón
Prusia.....	8.366.947	607.581.227
Baviera.....	2.596.894	283.862.685
Sajonia.....	472.419	61.225.502
Vürtemberg.....	525.102	66.755.750
Baden.....	510.924	58.858.445
Entre el Rhin y el Elba.....	497.479	54.345.883
Turingia.....	393.059	51.040.446
Del Báltico.....	788.238	27.836.301
TOTALES.....	14.151.362	1.276.098.471

Rusia, sin contar los montes del Asia central, del Cáucaso y de Finlandia, obtiene en maderas y leñas la respetable cantidad de reales de vellón 137.300.000.

Por último, y para no estampar aquí más guarismos, que harían tal vez demasiado monótonas estas breves indicaciones, los montes públicos españoles producen anualmente 17 millones de pesetas.

De admirar es que, en ese laboratorio inmenso de los bosques, en donde tal cantidad de fuerza se despliega y tan grandísima producción se condensa, todo se efectúa armónica y sosegadamente. Así como en los grandes centros de la industria el rechinar de las ruedas daña, y el golpear de los martillos asorda, y el incesante y rápido movimiento de cadenas y volantes ofusca y marea, allí, en medio de las hoces y gollizos de las sierras, y en el corazón de nuestros arbolados, todo se realiza con deleitable concierto, sin ruido, sin estrépito, en una serie de sorprendentes fenómenos, de tintas y luces incomparables, que tanto alumbran los ojos como deslumbran la razón, incesante indagadora de las causas de cuanto vemos.

La ciencia hace y ha hecho observaciones preciosísimas sobre la vegetación; mas ¡cuánta sombra aún! Conocemos perfectamente la estructura de las partes constitutivas de la madera; pero no tan bien las operaciones del crecimiento, y

mucho menos las materias y los agentes que le determinan. Descomponemos el tallo, la raíz, las ramas, las hojas, las flores y los frutos; mas si, descontentos de tales conquistas, aspiramos á mayor conocimiento y queremos explicar el movimiento de la savia y la formación de los tejidos, bien pronto las nubes cercan la inteligencia y la arrollan en inmenso torbellino de dudas. El más insignificante fenómeno vegetal encierra en su seno una cuestión que aún no abarca la ciencia.

Con ser tan patente y clara (volviendo á la importancia económica de los montes) la inmensa utilidad de los productos forestales, no han faltado escritores que trataron de amenguarla, ante las numerosas aplicaciones del hierro y del carbón mineral, sustancias que juzgaron rivales ó antagónicas de las leñas y maderas. Nada, empero, más desacertado y desprovisto de racional fundamento. El hierro y la madera tienen propiedades diferentes, que hacen que no puedan reemplazarse en ciertas aplicaciones, sin pérdida de grandes ventajas.

Cuando la industria tenía una esfera de acción más concreta y las necesidades del hombre eran más limitadas, la una y las otras hallaban una satisfacción cumplida en los montes; pero como quiera que la industria tomó portentoso incremento, y el hombre procuró, desde el origen de las sociedades, aumentar su bienestar, hubo y hay, con mayor razón, necesidad de un producto como el hierro, que comparta con las maderas las exigencias de una creciente demanda. Desde este punto de vista el referido metal vino á llenar un vacío sentido en la industria, á satisfacer una necesidad sumamente atendible, y á salvar los bosques, aniquilados, en parte, por un considerable consumo.

No hay razón para mirar al hierro como un mal para el consumo de maderas, ni para el empleo en las construcciones de las artes de los productos de los bosques, pues la demanda creciente del uno no perjudica en lo más mínimo la de las otras. La verdad de esta aseveración se justifica con sólo parar mientes en las cantidades que se importan del extranjero á Francia, en años sucesivos, para satisfacer las exi-

gencias de la construcción, que no halla suficiente alimento en la producción de los montes franceses.

En 1852 se importaron en la nación vecina, principalmente de Prusia, maderas por valor de 251.475.100 reales, y quince años después, y sólo en el primer semestre del año 1867, se introdujo ya en Francia el mismo artículo por valor de 272.568.714 reales.

Oigamos aún en este asunto á Mr. A. des Cars: «La Francia no produce hoy la cantidad de madera de construcción necesaria á su consumo; sus montes suministran apenas la cuarta parte de la cantidad exigida por los arsenales y construcciones del Estado, teniendo que pagar anualmente un tributo á otras naciones por uno de los principales productos de su suelo.»

Así como el hierro ha sustituido en algunas aplicaciones ventajosamente á la madera, el combustible mineral ha reemplazado, á la leña en ciertos usos, más no en todos. En la fabricación del hierro, por ejemplo, el combustible mineral no ha sustituido al vegetal, á no ser en aquellos puntos en que se halla la cuenca carbonífera, pues es cosa reconocida que el hierro fabricado con leña es más dúctil y maleable. La destrucción de los bosques nos haría, por tanto, queriendo resistir la concurrencia de los hierros extranjeros, tributarios de Alemania ó de Rusia, naciones que se hallan en posesión de los mejores bosques de Europa. Las consecuencias funestas de tal necesidad fácilmente se ven y pueden medirse.

El hogar doméstico en todos los países consume gran cantidad de leña, producto de primera necesidad, sobre todo en los países montañosos, en los cuales á su falta síguese la más espantosa miseria. Y ¿cómo reemplaza á la leña el combustible mineral en todos los puntos en que aquélla falte? Los carbones minerales no pueden llegar á los pueblos agrícolas y forestales desde las cuencas productoras sin grandes gastos en la mayor parte de los países; y, limitándonos ahora al nuestro, la cantidad de carbón mineral que se extrae de las cuencas anualmente (750.000 toneladas) no es bastante á cubrir las necesidades de la combustión.

Pero, aun dado caso que las cuencas carboníferas de España pudieran dar el combustible bastante á satisfacer la continua demanda de la industria y del hogar, ¿no sería un castigo cruel para esa gran muchedumbre de pueblo que con la explotación de los bosques vive, trocar el hacha por el pico, y el aire puro de los campos por el viciado de las minas, donde la existencia se halla rodeada á cada instante de peligros? Esa clase, que comprende una parte considerable de nuestra población rural, ¿no es bien desgraciada, sin necesidad de añadir un nuevo dolor al conjunto lastimoso de sus privaciones y miserias? Y fijándonos en otro orden de reflexiones, ¿cómo sustituir el triste arder del carbón mineral al vivo resplandor de esas rojas lumbres de aldea, coronadas de chispas de mil colores, que se centuplican en los cacharros del hogar en fantásticos y brillantes reflejos? Todo es animación, viveza, colores, en la combustión de la leña. Calienta al consumirse tanto como recrea, repartiendo en la familia un singularísimo contento, chisporroteando siempre, encogiéndose y alargándose rápidamente, plegándose y volviendo á desplegar sus irradiaciones de luz, proyectadas sobre el muro en movibles círculos, que se dilatan y crecen, y se pierden hasta tocar y abrazarse á las ráfagas de aire que recorren y olean la ancha y denegrida chimenea. La combustión de la leña, comparada con la del carbón mineral, es, en efecto, enteramente diversa. ¿Quién no lo advierte? Mientras aquélla parece representar la lucha, la fuerza de un organismo robusto condensada por el sol en las celdillas y vasos, aún palpitantes con el movimiento de la savia, la de éste remeda la débil convulsión y acabamiento de una organización exánime, que ha sufrido los embates de mil trastornos y de mil violentas revoluciones. La leña del árbol que se consume y gasta sobre la solera de nuestras soterradas cocinas de aldea es como el planeta, con atmósfera vivificante aún, con la energía, el movimiento y el ruido de organismos que batallan y perecen sobre su redonda superficie; la hulla es ya el astro de Lecop, que absorbió en su masa la totalidad del agua y del aire para reducirse á silenciosa y desierta luna. La leña, en fin, es la vida vegetal de ahora, con su hermosa variedad y sus numerosos con-

trastes de formas y colores; la hulla es el cadáver de una vegetación remotísima, tan gigante cuanto monótona, enterrada por violentos cataclismos entre las capas de la tierra. No hay duda: al arder, la hulla y la leña nos revelan su maravillosa historia, como revela el don celeste de la palabra la extensión y alcance del pensamiento, y la creación revela á Dios, y la sed de inmortalidad nuestro altísimo destino, y las rayas y detalles del espectro la naturaleza química de los astros.

Pero no divaguemos más, siguiendo, para terminar, el principal asunto de estas líneas.

A más de las leñas y maderas, cosa es sabida que los montes representan un enorme capital en abonos, en jugos, en cortezas y en frutos. A estos últimos debe la humanidad grandísimos bienes; que ellos fueron el alimento de los primeros hombres... Por eso, sin duda, hubo un tiempo en que los labradores, reconocidos á la vegetación arbórea y á la parte que tomó en la alimentación de la especie humana, festejaban la recolección de sus mieses y frutos con cantos y danzas, y coronados con ramos de encina. Virgilio nos ha transmitido esa antigua costumbre con estas palabras:

..... *Neque antè
Falcem maturis quisquam supponat aristis,
Quàm cereri, tortâ redimitus tempora quercu,
Det motus incompositos et carmina dicat.*

(GEORG., lib. I, v. 347.)

Aun hoy, con ser menor la importancia de los frutos forestales, es tan grande, sin embargo, que hay países en que la población se sustenta casi exclusivamente de la castaña, ó en que por lo menos este fruto constituye la base de la alimentación de las poblaciones rurales.

¿Qué no pudiéramos decir, en fin, de la importancia económica de los bosques y de su valor inmediato si nos fuese dable enumerar tan solo, sin pecar de enfadosos é interminables, la larga lista de sustancias que la industria obtiene, tomando los productos forestales como primeras materias? ¡El

gas del alumbrado, obtenido por primera vez de la leña por Pettenkofer; la estopa, fabricada en algunos países con la hoja de los pinos; la cerveza que preparan los ingleses con los renuevos y tallos del pino silvestre; el pan de los filandeses, confeccionado con la fécula extraída de la corteza del abeto; el carbón, el papel, la trementina, la colofonia, la pez, el vinagre de madera, la brea, y mil y mil productos más que hinchan las grandes arterias del comercio, y suministran, en suma, á la sociedad inmensas comodidades y beneficios!...

En resumen: los bosques representan grandísimos bienes en muchos y diversos órdenes, y la conservación de aquéllos es una condición necesaria de armonía social. Es preciso, pues, oponer á las ruines é imprevisoras pasiones sin freno, que incendian y talan nuestros arbolados, el potente dique de la razón y de la ciencia. De este modo, y de una vez para siempre, todos los reinos de la naturaleza girarán en círculo armonioso y fecundo. Los árboles dejarán de ser el yunque eterno del egoísmo; y la actividad humana, fijando las dunas, repoblando las cordilleras, desecando pantanos, encauzando ríos y conteniendo en lechos fijos los mares, preparará á las futuras generaciones un porvenir de salubridad y calma, obra portentosa y digna por cierto del sér criado á imagen y semejanza de Dios. De otra suerte, la generación actual podrá decir, con más motivo que Felipe II lo decía á Covarrubias, recomendándole el aumento y conservación de los montes: «Temo mucho que los venideros tengan gran razón para quejarse de los que vivimos ahora.»

ANTONIO GARCÍA MACEIRA.





LOS VOCERI

(CANTOS FÚNEBRES DE CÓRCEGA)



N Italia (1), tierra de las Bellas Artes, existe una poesía, hija del dolor, amiga de las tumbas, cuyos cantos, dulces como el último grito del cisne, ó lúgubres como el postrer suspiro del moribundo, se designan con el nombre *Voceri*, del latino *vocare*, llamar, dirigir la palabra á alguno. Estos cantos, siempre improvisados, no son más que amplios y vivos apóstrofes, dirigidos á quien ya no puede responder por haber caído bajo la implacable guadaña de la muerte.

El origen de los cantos fúnebres es tan antiguo como la muerte y los dolores que la acompañan: los hebreos tenían sus lamentaciones mortuorias; los egipcios, pueblo que parecía vivir sólo para pensar en la muerte, *sus linos*, que significaban lo mismo, y quien haya saludado siquiera la antigüedad clásica, habrá visto que los troyanos celebraron los funerales de Héctor con cantos que nos ha transmitido la lira inmortal de Homero. Además, ¿quién no conoce el *treno* de los griegos y los famosos *vale* ó cantos de adiós de los ro-

(1) Consideramos á Córcega geográfica, no políticamente.

manos? El tiempo no ha podido borrar estas antiquísimas tradiciones; hoy todavía los habitantes de las márgenes del Indo y del Ganges han permanecido fieles á este uso.

Grecia; muchas provincias del antiguo reino de Nápoles; la isla de Cerdeña, le practican aún, reinando en toda su plenitud en Córcega.

Antes de exponer algunos de estos cantos, diremos algo de las *personas* que entonan estos lamentos, de las *circunstancias* y *ceremonias* que acompañan sus cantos y de las *cualidades* que distinguen sus poéticas inspiraciones.

En Córcega, como suele suceder en todos los demás países, las mujeres son las encargadas de estas fúnebres elegías. Su naturaleza las hace más dispuestas que los hombres para este género de poesía.

Dotadas de mayor sensibilidad y más impresionables, los golpes de la muerte las afectan profundamente, y siendo más viva y delicada su imaginación, más flexibles sus órganos, hállanse más dispuestas á expresar los sentimientos que en tropel se agolpan en su corazón. Sin embargo, no vaya á creerse que en Córcega todas las mujeres son capaces de improvisar estos himnos de dolor: este talento solamente se encuentra en aquellas almas privilegiadas que á la ternura del sentimiento y vivacidad de la imaginación unen en el mayor grado las grandes cualidades del corazón.

Este privilegio pertenece á muy reducido número, y de la que lo posee se dice que tiene el *don*, don glorioso, noble prerrogativa que el buen sentido popular refiere siempre á su fuente primitiva, á Dios.

La *vociferadora* de Córcega—así se llama la que entona el *Vocero*—se muestra digna del privilegio recibido y de la misión con que la ha dotado el cielo. No especula con su talento, como la mayor parte de las plañideras de los antiguos pueblos, y hasta es incapaz de componer un canto fúnebre acerca de una persona á ella extraña; por este motivo, búscase siempre á la *vociferadora* en la familia del difunto ó en alguna otra unida á ésta por lazos de amistad.

Nada más sencillo ni más conmovedor que la dolorosa ceremonia en que mezcla sus cantos y sus lágrimas. Muerta

una persona en Córcega, se prepara en medio de la sala más espaciosa de la casa una mesa recubierta de ricas telas, sobre la cual se expone el difunto vestido de su mejor traje y con el rostro descubierto, según la costumbre de Italia.

Ordinariamente se arrojan flores sobre el cadáver de las jóvenes y se ciñe su frente con una corona de rosas.

Al punto que los parientes y amigos saben la nueva fatal, se presentan en la casa mortuoria para consolar y llorar con la familia. Los hombres se colocan en círculo, de pie, á lo largo de las paredes.

La fijeza de sus facciones disimula su emoción; solamente de cuando en cuando, furtivas lágrimas empañan sus ojos y lentamente se deslizan por sus mejillas.

Las mujeres se apiñan en derredor de la fúnebre mesa, entregándose sin disimulo á todo su dolor, que no acostumbran á reprimir.

De repente, profuudo silencio sucede á los ayes y gemidos: ¡llega la *vociferadora!* vestida de negro, marcha lentamente, arrodíllase al pie del cadáver; permanece algunos instantes recogida, contempla fijamente al difunto para renovar su dolor; después, poniéndose en pie, levanta el velo que cubre su rostro, deja flotar su cabellera por la espalda, é inclinada sobre el cadáver y casi tan pálida como él, da comienzo el *Vocero*.

Al principio es ronca su voz, penosos sus acentos; diríase que la ahoga el dolor y que sucumbe al abatimiento; pero á medida que improvisa, anímase su figura; sus mejillas, antes tan pálidas, se colorean al sagrado fuego de la inspiración; fuerte y sonora es su voz, múltiples y expresivos sus gestos.

Indiferente á todo, no ve más que aquella frente marchita y helada por la muerte y aquellos ojos empañados y tristes que ya no contienen ni llamas de amor, ni lágrimas de infortunio, ni sonrisa de cariño. El amor y el dolor parecen disputarse cada latido de su corazón, y es su canto tan profundamente triste, que es imposible al oírle no sentirse conmovido. Las lágrimas se deslizan de todas las pupilas, y los gemidos y sollozos estallan por todas partes. La *vociferadora* rei-

na sobre las almas, á quienes tranquiliza por medio de graciosas imágenes ó valiéndose de las dulces esperanzas de la religión, ó bien se complace, por decirlo así, en embriagarlas con todo el agenjo del dolor.

Si hay algunas entre las que las escuchan dotadas del don del *Vocero*, ceden con frecuencia á la inspiración que de ellas se apodera, y responden á la *vociferadora* principal, animándose mutuamente.

Ordénase entonces un diálogo patético, animado, desgarrador, lleno de rapidez, que redobla la emoción y el llanto de todos los circunstantes, y que muchas veces los hombres se ven obligados á hacer cesar con sus réplicas. Alguna vez es tan vivo el arrebató, que se apodera de todas las mujeres que hay en la sala mortuoria. Pónense en movimiento, giran en redor del lecho fúnebre, expresan su dolor con gestos, y ejecutan de este modo una especie de baile fúnebre que entonces se llama *Ballota* ó danza.

El poder que las vociferadoras ejercen sobre los circunstantes no lo deben al tono vehemente y patético, ni á sus gestos expresivos y frecuentes, ni á sus palabras rápidas y entrecortadas, sino á la gracia, al sentimiento y á la energía, inseparables dotes de toda grandiosa y verdadera poesía.

¡Qué gracia en estas palabras de una madre llorando por su hija! «Oh mi manzano florido! ¡yo te veía crecer con orgullo! ¡tus flores me prometían tan hermosos frutos!

»El viento de la borrasca ha soplado de repente sobre ti, y en un instante he cesado de verte... ¿En qué se han convertido tus blancas rosas? ¿qué significa este ramaje roto? ¡Ah! ¿Por qué tan pronto y tan lejos han volado mis, más caras esperanzas?»

¡Cuánta poesía en este retrato! «¡Oh espejo de las hijas de la oración! ¡oh, mi brillante estrella de la mañana, más blanca que la luz y la nieve, más encarnada que una rosa de Damasco, más áspera contra el mal que una manzana salvaje, más erguida que la colina y que la roca escarpada!»

¡Qué atrevimiento en estas figuras, y á la vez cuánta sencillez en estos apóstrofes verdaderamente dignos de un Núñez de Arce! «¡Oh, rostro delicado, compuesto de leche y de

»vino! ¡oh, mi columna de mármol, mi apoyo, mi perla de
»Oriente! ¡Oh, mi brillante cristal en quien yo me complacía
»en contemplarme! ¡No te veré más, no; ya no te veré más!»

La sencillez de esta reflexión desola el alma: «¡Oh, mi al-
»mendra azucarada; tu dulzura excedía ayer á la miel de
»nuestras montañas; ¿por qué tienes hoy la amargura de
»la hiel?»

Las antítesis y comparaciones siguientes penetran profun-
damente el corazón: «¡Oh, mi canastillo de oro, hoy lleno y
»colmado de mi duelo; oh, mi hermoso bajel, cargado con los
»más ricos tesoros, pero sepultado antes de haber podido lle-
»gar al puerto; te has desvanecido, ¡oh hija mía! como la
»gota del agua que se evapora en el aire!»

Si la gracia es el adorno de esta poesía, su alma es el sen-
timiento que le da vida. Véase como ejemplo del sentimien-
to, del amor y del dolor que respiran los *Voceri*, el siguiente
de una mujer á quien sus costumbres hospitalarias, la ener-
gía de su carácter, y especialmente, el amor á su hijo, han
hecho célebre en Córcega.

Lamentándose sobre el cadáver de su hija, en quien había
depositado su amor de madre y de esposa, porque la muerte
le había dejado viuda, exclama: «¡Te velaba la noche pasada,
»cuando escuché ¡oh hija mía! un grito tres veces repetido:
»el mochuelo se había posado sobre mi techo: este grito me
»hirió en el corazón!»

—«¿Qué quieres?—le dije, pero no me respondió. ¡Ah!
»comprendo muy bien ahora lo que él me pedía.»

«¡Oh María: tú eres el único sostén, la única esperanza de
»tu madre, y sin embargo tú te has decidido á abandonarla
»esta mañana para siempre!»

«¿Por qué tus coloradas mejillas, semejantes á las rosas,
»se hallan ahora tan pálidas? ¡Maldita seas, tú, oh muerte,
»por haberlas marchitado con tu infame soplo? ¿Qué cosa po-
»drá ya consolarme, ¡oh esperanza de tu madre!, ahora que
»tú te has marchado á donde el Señor te llama? ¡Tú te has
»ido á descansar en medio de las fiestas, porque el mundo no
»era digno de poseer tu rostro!»

«¡Ah, cuán hermoso va á ser el Paraíso, ahora que tú le ha-

»bitas! ¡Pero cuán lleno de dolores y de angustias va á ser
»para mí el mundo en que me abandonas! ¡Los días me pa-
»recerán más largos que los años, llamándote sin cesar, pen-
»sando siempre en ti, oh hija mía?»

«¡Muerte injusta, muerte cruel, tú no has tenido piedad de
»mí! ¿Por qué has arrancado de mi seno á mi hija?»

«¡Muerte injusta, muerte cruel! ¿Por qué me dejas lloran-
»do aquí sola? ¡Si al menos pudiese yo morir!»

«Si mi alma pudiese subir muy alto, muy alto, y encon-
»trarte, y estar contigo para no perderte jamás, cuán dichosa
»sería! Pídele al Señor esta gracia, ¡oh hija de mi alma! ¡Yo
»no puedo permanecer en este estado! ¡Mi dolor nunca podrá
»acabar!»

«Quisiera acompañarte hasta el borde de la tumba; pero
»me faltan las fuerzas, mis piernas se niegan á sostenerme:
»no puedo enviarte, desde la silla en que me hallo clavada, más
»que un río de lágrimas, ¡oh hija mía!»

La pobre madre, como lo anuncian sus últimas expresio-
nes, no pudo, apesar de su deseo, acompañar el fúnebre cor-
tejo. Reanimada por la desesperación, concibió y ejecutó un
plan que sólo el extravío producido por el dolor y el amor
pueden inspirar.

Marchó sola, durante la noche, á robar de la tumba á su
hija, ya hacía dos días muerta, y la llevó á su casa.

Superfluo es decir que no la conservó mucho tiempo, ha-
biéndosela arrebatado horas después, apesar de sus lágrimas,
sus súplicas y sus desesperados esfuerzos.

La energía, rasgo característico del genio corso, encuén-
trase en los *Voceri*, y manifiéstase especialmente en aquellas
ardientes improvisaciones cantadas al pie de la ensangrenta-
da cama de un hombre víctima de los odios de familia que
todavía subsisten, apesar de la mansedumbre que va introdu-
ciendo la religión y el progreso por todas partes.

Imposible es pintar la exaltación de la *vociferadora* al exha-
lar sus lamentos; los trasportes de que es víctima, sus pasos
precipitados, su vista extraviada por el dolor, la desesperación
que la domina, la cólera y la venganza que inflaman su rostro
y rugen en su palabra. Súplicas y maldiciones, apasionadas

repeticiones, bruscas interrogaciones, frases cortadas, estrofas ardientes, en una palabra, todos los recursos de la poesía lírica se hallan agotados.

Vease el siguiente, de una mujer cuyo marido fué cobardemente asesinado por cinco toscanos que labraban sus tierras.

Esta viuda, inclinada sobre el cadáver de su marido y rodeada de sus seis hijos, exclama:

«¡Oh miserables! ¡Han matado mi cordero, cinco contra uno! ¡Hijos míos, este hombre tan pálido es vuestro padre y vosotros no lloráis! ¡Es él, sí, es él! Giacomo, María, Tonia, Ugo, Nana, Cecilia, ya no más besos, ya no más sonrisas, ya no más canciones. ¡Cortad vuestras cabelleras, verdaderos rayos de sol, cortad vuestras ramas, mis jóvenes olmitos!

«¡Cuando hayáis crecido, crecerán también vuestras cabelleras y cazaréis los jabalíes! ¡Cuando hayáis matado uno, matad cuatro más! ¡Entonces seréis la admiración de la aldea, seréis entonces el orgullo de vuestra madre, vuestras hermanas serán reinas, brillarán como tres estrellas en un cielo azul, como tres diamantes en una cajita de oro! ¡Oh, estoy loca! ¡Los jabalíes recorren los bosques, y los bosques son profundos! ¡Limpian los colmillos en las piedras de los caminos proscritos.

«¡Pronto, pronto, mis leones; desplegad vuestra cabellera, batid los bosques; rompedles los huesos, arrastradles las entrañas, roedles lentamente el corazón, con un hierro frío, que se sientan morir!

«Era tan bueno vuestro padre, que todos los jóvenes de la aldea jugaban con él. No me matéis, ¿qué os he hecho? ¡Tengo seis niños pequeñitos!

«¡Ellos le han matado, miserables! Ellos han matado mi cordero, ¡cinco contra uno! ¡Maldición! Oigo mugir los vientos furiosos; sus violentos esfuerzos rompen las ventanas de la negra sala...

«Un cadáver se levanta... Me mira con las cinco heridas de su pecho... Hijos míos, ¿le reconocéis?... ¡Es vuestro padre! ¡Venganza! ¡Vuestro padre!... ¡Venganza!»

Estos gritos salvajes, semejantes á los de la leona privada

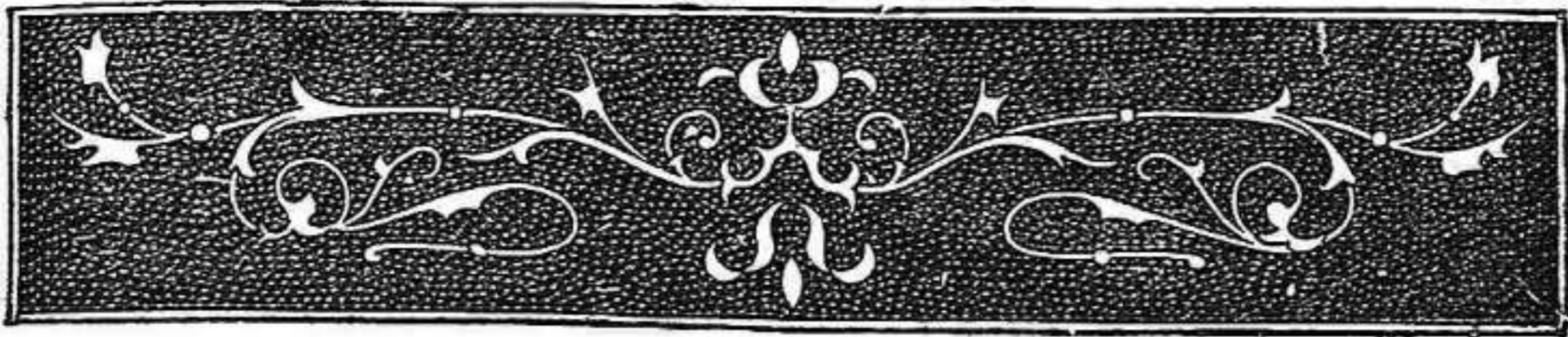
de sus cachorros, no debían quedar sin eco, y recogidos por los niños, fueron causa de uno de los crímenes más horrosos que han afligido á Córcega, donde la *vendetta* produce más crímenes que en ningún otro país.

Tienen también los corsos otros *Voceri* improvisados sobre el cadáver de los guerreros muertos por la patria. Estos himnos fúnebres, cantados por aquellas madres, verdaderas espartanas, que veían caer á sus hijos sin derramar una lágrima, revelan una energía más noble, más santa y enteramente diversa de la que se manifiesta en los que dejamos apuntados (I).

VÍCTOR SUÁREZ CAPALLEJA.


(I) Quien desee admirar el carácter enérgico y verdaderamente espartano del pueblo corso, lea la aclaración B que en el tomo VI de su *Historia Universal* inserta el erudito César Cantú.





LA CRÍTICA POLITICA CONTEMPORANEA (1)

III

ÓMO se juzgan unos á otros los diversos partidos políticos españoles? ¿Qué dicen los tradicionalistas de los liberales, y éstos de aquéllos? ¿Cómo se consideran mutuamente los parciales de la monarquía y los de la democracia, los reformistas y los conservadores?

Gente ilusa y fanática apegada á ideales sociales y políticos, condenados por el tiempo, y torpemente mantenida en sus retrógradas aficiones por influencias del clero y de unos cuantos explotadores, más interesados que convencidos, y más malvados que ignorantes; he ahí lo que en resumen piensa la generalidad de los liberales del partido tradicionalista. Fanatismo, absolutismo, oscurantismo, clericalismo y toda la secuela de los más horribles abusos á que pueden dar lugar tales excesos, eso es lo que el partido tradicionalista representa, según la opinión de los partidos liberales, en este punto conformes. ¿Nada más?... Es lo único que se dice, por lo menos, del partido tradicionalista en las críticas

(1) Véase la pág. 449 de este tomo.

liberales, todas las cuales vienen á reducirse á variaciones sobre el mismo tema.

No tratan con más benevolencia los tradicionalistas á sus adversarios. Políticos en apariencia, pero revolucionarios en realidad, tanto más execrables cuanto más templados, persiguen los liberales, en opinión de sus críticos, la más absurda y la más horrible de todas las utopias sociales; la de constituir una sociedad sin Dios y sin justicia, anárquica é impía. Partiendo de estos supuestos, tiénese por más profundo estadista, y aun por más hábil político entre los parciales de lo tradicional, á aquel que más lejos llega en la impugnación del liberalismo, deduciendo las consecuencias más remotas y augurando las catástrofes más terribles que de tales premisas pueden derivarse.

En opinión de los demócratas, son los monárquicos, ó ilusos componedores de cosas incompatibles, ó mantenedores vergonzantes ó descarados del despotismo real que esperan restaurar más ó menos pronto con una ú otra forma, y, en todo caso, solapados ó descubiertos, hipócritas ó ilusos, debeladores de la más augusta de todas las majestades, y conculcadores de la más excelsa de todas las soberanías, de la majestad y de la soberanía del pueblo: mientras que los demócratas no tienden, en concepto de los monárquicos, más que á mantener el desorden, á impedir toda regular estabilidad y á buscar su propio enaltecimiento en el predominio y en el desenfreno de lo más bajo y de lo más innoble de las actividades sociales.

Ni son tampoco menos radicales ni menos enconadas, sino más extrañas, las diferencias entre aquellos partidos que, afectando reconocer una legalidad común y asegurando hallarse igualmente subordinados á ella, debieran no ofrecer más diferencias que de proceder, y al mismo tiempo que diferencias propiamente de partido, acuerdos y conformidades fundamentales. Piensan los reformistas que los conservadores no basan su plan de conservación en las condiciones del actual régimen, ni se inspiran para practicarle en las exigencias de las circunstancias presentes, y en las conveniencias de las aspiraciones de la época, sino que, por el contrario,

tanto sus fórmulas como sus procederes, así sus doctrinas como sus métodos, pertenecen á otros sistemas y á pasados tiempos, y acúsanlos de no comprender ó de no querer realizar su oportuna misión, y de no ser conservadores más que siendo antiliberales y reaccionarios. A su vez los conservadores, atentos solamente á los defectos del partido reformista, preséntanle como imprudente confundidor de las reformas y de los trastornos, como caótico conjunto de aspiraciones diversas no subordinadas á plan ni concierto, ya entre sí, ya con los fundamentos eternos de la política, ni á las especiales exigencias del lugar y del tiempo, y sujeto á inevitable des-inteligencia y á constante incertidumbre, á perdurable inhabilidad gubernamental y á eterna torpeza política.

¿Nada más son que esto nuestros partidos políticos?... Nada más dicen unos de otros en cuanto á sus respectivos fundamentos, y cualesquiera sean éstos, acúsanse todos mutuamente de los más capitales defectos, de ineptitud y de ignorancia, de mala fe y aun de pésima intención.

Convenidos en lo principal por un tácito, pero consagrado acuerdo, rara vez se aborda entre los críticos contemporáneos un nuevo y concienzudo examen de las bases fundamentales de cada parcialidad política, y sumisos en demasía al hábito inductivista de la época, concrétnanse de ordinario á interpretar los hechos y á juzgar de los actos, á examinar los detalles de cada parcialidad, y hallan en ellos y por ellos afirman el error y la malicia esenciales, los fundamentales defectos de los opuestos partidos.

Como todos los inductivistas irreflexivos, no ven tales críticos que lo desfavorable y lo absoluto de su juicio no dimana totalmente de la naturaleza de los detalles que examinan, sino en mucha parte del prejuicio que, aunque inconscientemente, preside á su examen. Si analizaran primero las prevenciones de su espíritu respecto á los fundamentos de los partidos; si observaran ante todo, cual procede en buena crítica, las condiciones del propio criterio, para ajustarlas á las que la lógica exige, los hechos, iluminados con más esplendorosa claridad, aparecerían á su inteligencia también más claros y más luminosos, más expresivos y mejor apre-

ciados y prestarían motivo para más serias reflexiones y para más concluyentes argumentos; sus dictámenes no serían tan absolutos, pero serían más exactos; no tendrían tanto aparato, pero tendrían más valor; no herirían tan extrañamente á la atención, pero influirían con más eficacia en el juicio.

Aunque se explique bien, no puede darse cosa más extraña que la ineficacia de la crítica política contemporánea, apesar de toda su acerbidad. Explicándolo por esta acerbidad misma, todavía admira hasta la sorpresa á los de recto sentir, aunque desapasionados, á los por imparciales, concienzudos, la ocurrencia de que hechos presentados como prueba palmaria de la torpeza y aun de la malicia de un gobierno ó de un gobernante no alcancen á derrumbar al gobernante ni al gobierno; el que partidos acusados de crasísimos errores y hasta de criminalísimos abusos, se mantengan no obstante y subsistan apesar de acusaciones tan terribles y de tan capitales defectos, y el que defectos tan capitales no den materia á los críticos para otra cosa que para repetir de mil maneras y en variadísimos tonos la misma acusación y amenazas de violencia.

¿Es posible que los errores y que las maldades de los políticos no sugieran otra cosa á los críticos más que declamaciones y diatribas vanas y que no ofrezcan en sí mismas y en sus trascendencias razones tranquilas, pero numerosas é incontrastables que confundan al inepto y que derroquen al liviano?... Indudablemente, ó no son los políticos tan malos como se propala, ó son los críticos, apesar de su presunción, mucho más torpes de lo que ellos se imaginan. Defiéndanse indiscretamente y traten de excusar la mezquindad de sus obras exagerando el quebranto de la inteligencia y del sentido moral que, contradiciendo á su objeto, han determinado ellos principalmente en nuestra generación, en lugar de impedirle, según su eterno destino; mas reconozcan en tal caso en su impotencia su pequeñez, en su falta de dominio de las circunstancias, lo inadecuado de su disposición para dirigir las y no se atribuyen el soberano derecho que á la crítica compete, si han de reducirla á esclava oficiosa de las circunstancias.

Cualesquiera sean el rebajamiento y el quebranto de la inteligencia y del sentido moral, ni subsistirían los partidos políticos ante la conciencia pública si la crítica acertara á demostrárselos tan malos como los afirma, ni en semejante caso, se vería ella reducida á valerse del denuedo y de la injuria para aparentar la energía de que carece y para procurarse la eficacia que no logra.

No: no son por fortuna tan absolutamente malos, tan fundamentalmente viciosos nuestros partidos políticos, ninguno de nuestros partidos políticos, como unos de otros aseguran. Es triste, sin duda, nuestra situación y no poco han contribuido á producirla los defectos y los errores de los partidos; pero no es tan triste que sea desesperada para una regeneración política y social hasta pronta y hasta vigorosa, como lo fuera en el supuesto de que comúnmente parten los críticos. No es tan mala nuestra situación que no haya motivos de esperanza bastantes para contrabalancear los justos temores que algunas de nuestras circunstancias suscitan. Bien miradas las cosas, el mayor motivo de esperanza le prestan nuestros mismos partidos, y observando atentamente, se encuentra la causa de todos nuestros peligros en el proceder de los críticos.

Todos los partidos tienen alguna razón, y en la razón de todos los partidos se hallan, al mismo tiempo que por maravillosa y especialísima manera, los fundamentos legítimos de nuestra política nacional, también vehementísimas probabilidades de regeneración política. Todas las críticas mutuas de los partidos adolecen de injusticia y de sin razón, y en el inmenso conjunto de esas injusticias y de esas sinrazones está, como la causa de las perturbaciones actuales y de las sufridas, del mismo modo la constante amenaza de nuevos y más radicales trastornos. Porque es inmenso el conjunto de las sinrazones y de las injusticias de los críticos, por eso es difícil el conflicto de nuestra época; por eso es tremenda la revolución contemporánea. Porque nuestros partidos políticos contienen y mantienen, aunque dislocados, con tanta precisión y con más firmeza, con no mayor confusión y con más valentía que en otros países los principios y los senti-

mientos de una política bastante comprensiva, y especialmente expresiva, justa en general y ajustada en particular á las condiciones de nuestra patria; por eso es grande la resistencia de nuestra nación á los desbordamientos revolucionarios y á los paralizamientos reaccionarios; por eso es probabilísima y puede ser más inmediata y será más fácil en España que en otros pueblos, bajo ciertos aspectos más cultos, la restauración social que debe de suceder á la presente crisis.

¡Qué poco ven ó qué mezquinamente miran al partido tradicionalista español los que no advierten en él ó no le atribuyen más que intolerancia y fanatismo religiosos y políticos!

Proclama á veces lamentables errores, ofrece ocasiones para repugnantísimos abusos y revela en su actitud gravísimos vicios gubernamentales; el partido tradicionalista; pero ni sus errores, ni sus abusos, ni sus vicios, le son más esenciales que á los demás partidos, y si son tan notables, consiste solamente en que se refieren á la tergiversación de los más fundamentales principios y á la corrupción de los más poderosos medios de gobierno. Católico y monárquico, y legitimista, no le son esenciales, ni la intolerancia religiosa, ni el absolutismo real, ni la negación de la soberanía de la nación en ninguna de sus inmanentes funciones, ni aun en muchas funciones de soberanía actual, de las que pueden indiférentemente ó reservarse ó delegarse, ó delegarse en parte, reservándose intervenciones. Nada de esto es esencial al partido tradicionalista, aunque con torpeza insigne haya sido sostenido por algunos de sus parciales, y aunque con poco discreta habilidad se afirme con seguridad dogmática por la generalidad de sus adversarios. Ni menos es inherente á los partidarios de las tradiciones españolas el servilismo político, ni el apocamiento religioso, que tal vez afectan, y que constantemente se los imputa; el indigno acatamiento á los poderes de la tierra y la hipócrita veneración de las potestades del cielo.

Hay en el carácter español, que en su fondo no ha sido más genuinamente conservado por ningún otro partido que por el tradicionalista, hay en el fondo de nuestro carácter

gérmenes de altivez y de nobleza, sentimientos de magnanimidad y de hidalguía, que se avienen mal con la estrechez política y con el encogimiento religioso atribuidos al partido tradicionalista. Aquí, más que en parte alguna, ha sido la piedad, no sombría ni austera, sino sencilla y hasta jovialmente libre por lo común; si en algo censurable, por sus desaprensiones, no por sus rigideces. Aquí la sumisión á la autoridad fué siempre más formal que real, más hija de la conciencia del propio deber que del reconocimiento del superior derecho, y así han resaltado siempre en el gobierno interior de nuestra patria, más la dignidad y el honor de los súbditos que el poder y la majestad de los gobernantes. Fué, comunemente, la monarquía en España más respetada que obedecida, más querida que respetada, y más que acatada como supremo poder político, enaltecida como representación soberana del pueblo. Parecidamente, por lo que á la religión respecta, puede decirse que no fué tanto el catolicismo religión de los españoles, como España la nación del catolicismo. Hasta tal punto llegaron á ser ingénitas y á estar arraigadas la generosidad y la altivez en el carácter español, que más que sometidos á un Dios y á un Rey, aparecen nuestros padres en la historia proveedores y enaltecedores de su Rey y de su Dios.

Tanto es así, cuanto que, precisamente, de la exageración de estas cualidades del carácter nacional han provenido principalmente los errores y las desgracias y los abusos en nuestra política histórica, y por esa misma exageración deben de explicarse, en primer término, los defectos de que en la actualidad adolece el partido tradicionalista. Empero, reconociéndolos y tratando de corregirlos y de evitarlos, no es justo ni conveniente atribuirlos una esencialidad que no tienen en el programa de ese partido, ni explicarlos por causas menos nobles y por motivos más livianos que los que principalísimamente los han determinado y los sostienen.

Lo esencial en nuestra política tradicional, lo verdaderamente propio y característico del partido tradicionalista español es el procurar la debida trascendencia á todos los principios y á todos los sentimientos que informan la nacionali-

dad española y la virtualidad justa de todas las instituciones que hayan de gobernarla. Lo esencial á la política tradicional en España y lo propio del carácter español más genuino, no es ni la intolerancia religiosa ni la omnipotencia monárquica, ni el ultramontanismo, ni el absolutismo, sino la libertad del catolicismo y la actividad de las instituciones políticas; la libertad católica no cohibida por un falso concepto de los fueros de la conciencia, pero tampoco tergiversada en menoscabo de los legítimos; la virtualidad de las instituciones no impedida por antagónicos mecanismos, pero ni suelta é independiente de toda armónica cooperación. Esto es lo esencial en la política del partido tradicionalista, y eso también es lo más propio del carácter español más genuino; que la influencia católica sea eficaz, pero no que sea opresora; que las instituciones legítimas rijan al país, pero no que sean absolutas.

Y como esto es lo esencial al partido tradicionalista en razón y en justicia, nada más prevalecerá probablemente, apesar de los esfuerzos de aquellos de sus parciales empeñados en coordinarlo y aun subordinarlo á cosas no esenciales, ni racionales, ni justas; pero eso prevalecerá al fin tan probablemente, aun á despecho de todas las resistencias y de todas las oposiciones liberales. Prevalecerá tanto más pronto, cuanto sea más sensata y menos pesimista la conducta de las críticas tradicionalistas, y prevalecerá tanto más justa y oportunamente, en forma más conveniente y condiciones más adecuadas, cuanto sea más discreto y menos receloso el proceder de los críticos liberales.

Cuidad mucho, liberales, de apaciguar vuestras discordias, de desenvolver rectamente lo que es común á todos vuestros matices, de uniformar vuestra inteligencia y de concordar vuestra voluntad en el propio sentido del nuevo régimen y no desdeñéis tan por completo al partido tradicionalista; no presumáis de llegar á aniquilarle por la absoluta contradicción, considerando sólo á sus errores, desentendiéndoos de su razón y desprestigiándole con el vituperio; sino tratad de asimilárosle, combatiendo y corrigiendo con decisión sus defectos, pero reconociendo también y enalteciendo sin recelo y ofre-

ciendo lugar entre vosotros á sus calidades. No fiéis demasiado en que las inconveniencias de la actitud política del partido tradicionalista han de ser obstáculo perennemente insuperable para su prevalecimiento. Atended á que vuestra actitud no llegue á ser más inconveniente todavía; uníos y entendeos, y anticipaos, y preveníos para las ocasiones que pueden suscitar, que suscitarán, seguramente, los sucesos, para juzgarlas provechosamente y para aprovecharlas con juicio.

Procedisteis acertadamente al señalar en el partido tradicionalista el límite de vuestras diferencias y el término de vuestras discordias; pero habéis incurrido en gravísimo error al no buscar más que negativamente lo que necesitáis y puede proporcionaros ese partido de manera bien positiva. Representáis el desarrollo y el progreso político de nuestra patria; os corresponde la parte más activa en el Gobierno actual del país; os incumbe ampliar adecuando á las circunstancias y rectificando, según el adelanto de las luces, la política española; no confundáis vuestra misión, no desconozcáis vuestro objeto; haced amplia la política tradicional de España, tan susceptible de ser ampliada, pero no la contradigáis absolutamente; rectificadla cuanto es necesario, pero reconoced sus legítimos fundamentos y no la neguéis; sed liberales, pero españoles; sed políticos, no revolucionarios.

Procediendo de otro modo no lograréis mayores éxitos, sino más bochornosos fracasos; no proporcionaréis más ventura, sino que acarrearéis más funestas desgracias á la patria; no haréis menos incierta vuestra situación, sino más relevante vuestro desprestigio.

Hasta ahora no asignáis otro límite á vuestras excisiones que la contradicción al partido tradicionalista, ni otro término á vuestros rencores que el odio al mismo partido; así estáis conformes en contradecirle y no os entendéis; convenís en odiarle y no os tenéis vosotros buena voluntad. No alcanzaréis inteligencia y concordia, no prevaleceréis tranquila y definitivamente, no gozaréis de vuestro prevalecimiento y os le impediréis mutuamente, mientras no consideréis de otra manera al partido tradicionalista. Os dividiréis tanto más

cuanto le contradigáis más; os arraigaréis tanto menos cuanto menos contéis con él. Entretanto, creciendo vuestras divergencias hasta hacerse incompatibles con el orden político ó adoptando una conducta más cuerda y un criterio menos pesimista el partido adversario, llegaría otra vez más á hacerse inminente y aun llegaría una vez á hacerse al fin efectivo el triunfo de ese partido... Tales pudieran ser vuestros desvaríos, que no hubiera fundamento para lamentar vuestra ruina; tales pudieran ser las rectificaciones del partido tradicionalista, que no hubiera motivos sino para congratularse en su triunfo.

¿Será por acaso que carezcan de razón de ser, de fundamento legítimo los partidos liberales y que á nada más deban su subsistencia que al triunfo de un desorden, á la debilitación de las energías sociales, al quebranto de la fe religiosa y política, á la exaltación de las pasiones revolucionarias, á la universal apostasía de los eternos principios de la razón y de la justicia, á una vastísima y tremenda conjuración del error contra la verdad y de la iniquidad contra el bien, como aseguran sus adversarios? ¿Será verdad lo que los antiliberales afirman, que lo llamado nuevo régimen es cosa esencial y necesariamente revolucionaria, absurda é injusta en sus fundamentos, especiosa y corruptora en sus medios é incapaz de producir otros resultados que una extraña mezcla y una confusa alternativa de anarquía y despotismo, de tiranías y de insubordinaciones?

Padecen sin duda profundos desfallecimientos todas las energías individuales y sociales en nuestra época. ¿Quién no descubre claramente la debilidad intelectual y la languidez moral de nuestro siglo, la torpeza de unos y la flojedad de otros en el desconocimiento de los remedios apropiados á nuestros males, y en la tímida é incoherente aplicación de los que pueden combatirlos con segura eficacia y con perfecto resultado, en los anatemas lanzados por los tradicionalistas al régimen liberal y en las tergiversaciones y en la indecisión con que tratan de plantearle y desenvolverle los liberales, en la destemplanza con que unos á otros se increpan y en la irritabilidad de que todos se hallan poseídos?

¿Cómo puede ser injusto y absurdo el régimen liberal; cómo no ha de ser justísimo y racionalísimo, siendo sus sujetos natural y necesariamente libres? ¿Cómo han de ser eneradores y corruptores de las energías individuales los medios liberales, siendo la libertad medio y fin inexcusables, causa y signo principalísimos de todas las humanas energías? ¿Cómo ha de ser anárquico y despótico el régimen liberal, si en cuanto régimen debe de impedir toda anarquía, y en cuanto liberal prevenir el despotismo; si señalando conjuntamente los dos principios y los dos términos de toda gobernación, sus legítimos derechos y sus necesarias limitaciones, induce á comprenderlos en su armónica confluencia, y no á hacerlos confluír, según exclusiva consideración?

Y si pensáis, tradicionalistas, que en las condiciones concretas y en el desarrollo práctico en que es defendido por los partidos liberales no resulta tan racional y tan justo, sino de contraria manera, discutid la inteligencia y procurad rectificarla, pero no contradigáis la cosa en sí misma, no abominéis de ella, no la anatematicéis; no os inhabilitéis vosotros absolutamente por prolongar la accidental inhabilidad de vuestros contrarios, no finjáis incompatible el mantenimiento de nuestras tradiciones con el desenvolvimiento de un régimen liberal, y para impugnar al liberalismo revolucionario, no subordinéis á una reacción insensata el restablecimiento del orden político.

Ni son, ni fueron franca y resueltamente revolucionarias las condiciones con que el régimen liberal ha sido proclamado, implantado y desenvuelto en nuestra patria por sus partidarios. No son esenciales á nuestros partidos liberales ni el escepticismo, ni el naturalismo que los atribuyen los tradicionalistas de mezquino criterio, y que proclaman no pocos liberales con desatentada irreflexión. No son necesarios á nuestros partidos liberales, ni el desconocimiento de los principios políticos, anteriores y superiores á todo pacto, ni la arbitraria relación entre los poderes y las libertades públicas: ni la omnipotencia del Estado, ni el derecho de insubordinación activa ó pasiva; ni la anulación mutua de los poderes por una absurda división de sus funciones, ni el impedimen-

to recíproco de los derechos del individuo por la indefinición de sus razones y de sus límites. Ni es tampoco disposición precisa en los partidarios de las reformas el estado de turbulenta agitación ó de sedicioso retraimiento que en ocasiones revelan, y que imprescindiblemente se los achaca para trastornar y para destruir, para no permitir trascendencia á ningún principio, y para impedir el arraigo de toda institución.

Lo esencial en el régimen de libertad política, lo propio é inexcusable de nuestros partidos liberales, es la erección en ley de una ley superior á todos los poderes, no pactada con caprichoso albedrío, sino concretada y aceptada de común acuerdo con racional libertad; el reconocimiento previo y la garantización política de todos los legítimos derechos y de todas las justas influencias sociales en el Gobierno, no preestablecidos con disposición antagónica y sin meditada proporción, sino en armónico engrane y con propósitos de concordia: la ampliación de las atenciones del Estado, no por aumento ni refuerzo de sus atribuciones, sino por la mayor complejidad de su más perfecta constitución: la intervención de todas las energías sociales en el Gobierno, no para subordinar la nación á la razón del Estado, sino para informar al Estado más genuína y más ampliamente en las condiciones nacionales, para que la nación alcance más conocida significación y representación más completa; la libertad del individuo, no para mantenerse á mansalva insubordinado, sino para subordinarse con dignidad, y la acción liberal del poder, no para imponerse arbitrariamente, sino para hacer respetar la razón y la justicia independientemente de toda personal consideración.

Es evidente que el establecimiento del nuevo régimen, no sólo no se ha logrado de manera tan perfecta y con éxitos tan halagüeños, sino que se ha verificado con no pequeñas desviaciones del ideal ofrecido, y hasta con resultados contradictorios de lo que se prometían. Mas sobre ser esto defecto común á todas las imaginaciones humanas, es preciso considerar serena y detenidamente las causas de las decepciones experimentadas para concluir definitivamente acerca de su realidad y de su eficacia, examinarlas, no sólo en la

sucesión de los hechos, sino en sus efectivas relaciones con ellos, para señalarlas con singularidad, y para asignarlas su verdadera influencia; no dejarse alucinar por optimistas preocupaciones, pero tampoco, y menos todavía, juzgar exclusivamente con un interesado pesimismo.

Así se vería que no vienen esencialmente implicados en el régimen liberal los abusos y los errores ocurridos en su desarrollo, sino que sólo interpretaciones torcidas ó circunstancias más ó menos accidentales han podido determinarlos, y que no han contribuído poco y que no han sido la menor parte para extraviar al regimen liberal por las sendas revolucionarias la violenta oposición ó la pasiva resistencia ó el receloso desvío que á su implantación y desarrollo manifestaron las personas y las instituciones, más arraigadas y con más prestigio en nuestra patria; las que tenían por eso mismo mayor obligación y tanta como de prevenir trastornos y para eficazmente prevenirlos, de proponer reformas y de plantearlas, de marchar á la vanguardia del progreso, de anticiparse á los malévolos y á los imprudentes y de no consentir en ser suplantadas por ellos.

Es innegable que en la evolución de nuestra época ha sido el mal fecundo; pero es tan cierto que el bien ha sido en mayor proporción estéril; que se han concertado para nuestra desdicha con grandes audacias, mayores timideces, con temerarias imprudencias, más insensatas cobardías, y que siendo graves los males que nos han afligido é inconvenientes las circunstancias que nos rodeaban, sólo se ofrecían para subsanarlos más dolorosos remedios y más irritantes disposiciones. Estaba ocurriendo una evolución crítica en el organismo de nuestra patria, y empíricos medícastros, los más afectuosos allegados, llevaban la audacia del miedo hasta pretender que, para remediar nuestros males, habían de sofocarse nuestras energías.

¡Espectáculo en verdad extraordinario dado al mundo por los tradicionalistas españoles! Por paradógico que parezca á primera vista, se convendrá, en efecto, si se reflexiona con atención, en que nada conviene mejor con las tradiciones españolas que un régimen liberal, y que nada hay más aco-

modado para un régimen liberal que las tradiciones españolas. ¿Por qué, pues, tradicionalistas, por qué esa prevención contra las instituciones liberales tan a propósito para desenvolver vuestras nobilísimas aspiraciones; por qué esa virulencia tan impropia de vuestro carácter caballeroso; por qué esa estrechez política tan opuesta á la hidalguía y á la altivez españolas?

No ha sido inútil, es verdad, vuestra conducta; quizá ninguna otra hubiera producido tan seguros resultados; pero no bastan sus resultados para justificarla. Habéis hecho una valerosísima campaña, habéis prestado estimabilísimos servicios haciendo ver las inconveniencias y las injusticias, las sinrazones y las desgracias que ocasionaría el desenvolvimiento revolucionario del régimen liberal; jamás sería excesivo el reconocimiento que alcancéis por tales esfuerzos, si vuestra intención no fuera más allá de esos resultados. Mas combatiendo con denuedo á la revolución, habéis confundido con ella en vuestros ataques á su accidental aliado, el régimen liberal que la irreflexión y la animosidad os han llevado á considerar esencialmente vinculado con ella, y escatimando y eludiendo el reconocimiento debido á los fueros de la libertad humana, parecéis y os proclamáis tanto ó más interesados que en la derrota de la revolución, en la ruina de las instituciones liberales.

También, como vuestros antagonistas, habéis confundido vuestro objeto; como ellos os habéis excedido de vuestro destino; también habéis tergiversado vuestras ideas por ansia de contradicción, y estragásteis vuestros sentimientos con odios insensatos. Y así profesando principios imperecederos, esenciales para todo orden político, alimentando aspiraciones generosas, compatibles con los más amplios progresos, mantenedores más obligados de la índole liberalísima de nuestras más genuinas instituciones y del carácter, aún más que progresivo, aventurero del pueblo español, ni lograsteis ensalzar ni aun mantener los prestigios de nuestras gloriosas tradiciones, ni inculcar suficientemente su recto espíritu y sus sanas influencias en la generación nueva, ni siquiera conservaros facilidades para intervenir cuanto os corresponde y

como debéis en los movimientos políticos de la patria.

Proclamáis á toda hora que el régimen liberal es revolucionario, que, renegando de las tradiciones patrias, ni busca el apoyo de ellas, ni las presta el suyo, sino que constantemente las rechaza y perpetuamente las contradice. Pero no reparáis bastante en que tanto, lo menos, como á ciertos liberales arrebatada el odio á lo tradicional, ciega á muchos tradicionalistas la prevención contra todo progreso, y en que mientras la tradición aparezca antiprogresiva, el progreso no puede menos que manifestarse revolucionario.

Afirmáis con razón que vuestras doctrinas son compatibles con todos los adelantos: exigís con justicia que el progreso se verifique sin perjuicio del orden, sin desconocimiento, y menos con detentación de los fundamentos universales de la justicia, y de sus condiciones especiales en cada pueblo. Demostrad, desarrollando vuestros principios, como en ellos están virtualmente contenidos los progresos que las circunstancias reclaman, como el orden puede restablecerse sin menoscabo de los legítimos adelantos: dad al tiempo lo que le corresponde, forma concreta á vuestro pensamiento, desenvolvimiento oportuno á vuestras aspiraciones: no creáis mantener á vuestro programa resguardado de todo lógico defecto, limpio de toda práctica impureza conteniendo su desarrollo, esquivando el formularlo en detalle, descuidando el modo de su aplicación á las circunstancias: no limitéis ya á negativas especulaciones vuestros poderosos esfuerzos, ni extralimitéis vuestros esfuerzos en actitudes de violencia: no hagáis incompatibles, sino mirad como deben de armonizarse la razón de siempre y las conveniencias de ahora, y no neguéis vuestros apoyos á la patria, y no pretendáis justificar con la inconveniencia del proceder de vuestros adversarios, un proceder más inconveniente todavía.

Gran falta, sin duda, de los encargados de desenvolver el régimen liberal ha sido el no contar bastante para su empresa con las tradiciones patrias; pero la mayor, la inmensa falta que en nuestra situación se advierte, consiste en que los tradicionalistas españoles se hayan mostrado refractarios al desarrollo liberal de la política española. A su obligación me-

nos eludible, á sus conveniencias más perentorias, al progreso político, inducido y reclamado en primer término por las ideas y por los sentimientos que soberanamente informan á las tradiciones españolas, y del que imprescindiblemente necesitan para recobrar su soberana influencia, tanto como el progreso político necesita de ellos para asegurar su subsistencia, y para lograrla legítima en España.

En ocasiones lo reconocéis, tradicionalistas: tal cual vez lo habéis con solemnidad proclamado. No son antiliberales las tradiciones españolas: lo único esencial y necesariamente despótico, es la revolución.

Despojaos, pues, de toda antiliberal apariencia, que por ningún concepto os conviene: renunciad á esa actitud de constante recelo, y de doctrinaria prevención que tan mal os cuadra: dejad de aparecer sistemáticos adversarios de toda novedad y de toda reforma; dejad de ofrecer especiosos pretextos para la subsistencia de la revolución: no queráis manteneros por más tiempo alejados de la realidad, atentos á los principios, despreocupados de lo porvenir, desatentos á lo presente, empeñados en restablecer rigorismos antipolíticos: no opongáis impedimentos á la concordia de los buenos, á la inteligencia de los avisados de todos los partidos; no contribuyáis, siquiera sea indirectamente, al predominio de los ineptos y á la impunidad de los díscolos; no esperéis demasiado de los fracasos de vuestros antagonistas, de las decepciones de sus promesas, del exceso del mal: pensad más positivamente; obrad sin pesimismo; confiad en la Providencia, pero no queráis prejuzgar con vuestros planes sus recursos; aprovechad todas las ocasiones, consagra la toda vuestra actividad.

Sed, como podéis; inquebrantables mantenedores de la razón y de la justicia: sed, como debéis, los más celosos vigilantes, los promovedores más solícitos de las libertades españolas. Ahogad vuestros odios, y serán fecundos vuestros amores; mitigad vuestras críticas, y rehabilitaréis vuestras doctrinas: desenvolved vuestras ideas, y os hallaréis liberales; reconoced los liberales, y seréis decisivamente poderosos contra la revolución, utilísimos para la patria.

En vano resistiréis á las exigencias lógicas; inútilmente á las imposiciones de los sucesos. Con retardar la adopción de vuestra natural actitud, no lograréis sino hacerla después más brusca y más extraña, que parezca menos espontánea, menos natural, menos desinteresada. Pero al fin habréis de cambiar de apariencia, ó más bien ostentar clara y distintamente lo que os corresponde; daros á conocer como en realidad sois, desmintiendo la horrible traza con que la revolución os calumnia, y dando de lado á la indiscreta reserva con que os desfiguráis, hasta desconocerlos vosotros mismos.

Vuestros principios, en efecto, son la salvaguardia definitiva de la libertad: los sucesos se disponen de manera, que os obligarán á ser los más empeñados en la rehabilitación de un régimen liberal. Sed lógicos y sed hábiles, y sedlo á tiempo: apresuraos á aceptar el encargo que la lógica os impone: preparaos para cumplir la misión que la Providencia os señala: buscad acuerdos, sin consentir en mistificaciones: procurad concordias, sin proponer indignidades: no rehuyáis la inteligencia con los liberales honrados; cultivadla más con los más sinceramente reformistas: no confundáis á todos ellos bajo idénticos anatemas: no esperéis, cobardes ó despechados, ilusos ó pesimistas, á que la revolución acabe el desprestigio del régimen liberal, á que reniegue paladinamente de la libertad, y á que proclame resueltamente un régimen restrictivo... ¡ay de las tradiciones-patrias, ay de la sociedad española, el día del triunfo del autoritarismo revolucionario!

Nada de pactos nefandos: nada de abdicaciones indignas: ninguna liviana componenda os mueva á tergiversar vuestros principios; mas, íntegros é inmaculados, no evitéis tampoco su desenvolvimiento por celos, no resistáis á sus consecuencias con reservas, y aceptad con noble resolución y con positiva eficacia los acuerdos y las concordias que el desarrollo de vuestras propias doctrinas os exige.

Más poderoso que el espíritu de discordia que todo lo contrapone, debe de ser el espíritu de armonía que todo lo ordena: si el genio del mal trueca las relaciones en conflictos, corresponde al genio del bien resolver los conflictos, multiplicando las concordias: cuadra á la revolución servirse de la

rencilla para crear odios; pero lo propio del orden, es valerse de la inteligencia para aunar voluntades.

Es vuestra principalmente esta misión, tradicionalistas: aunar voluntades, multiplicar concordias, ordenar. Que en medio de la adversidad y apesar de los mayores reveses, cuando todos dudan y muchos desesperan y reniegan no pocos de las energías rehabilitadoras del orden, os mantiene vivos y poderosos el más acendrado amor á esas energías, la fe más viva en sus eternos principios, la firme convicción de su indefectibilidad, la segura confianza en su poder para conjurar todos los males y para normalizar todas las circunstancias.

Seguid las inspiraciones de vuestra propia fe; seguidlas hasta las alturas, desde donde se descubren y desde las que se dominan las dificultades de nuestra situación y las complicaciones de nuestros males. Allí alcanzaréis clara idea de las concordias necesarias, de las transacciones indispensables, de los sacrificios precisos para el afianzamiento estable del orden; allí encontraréis ocasiones para inteligencias justas, términos para acuerdos dignos, compensaciones sobradas para los sacrificios; manera de comprobar con el éxito vuestra fe, justificación para vuestra tenacidad, premio para vuestra constancia.

Son imposibles ó engañosas para España cuantas venturas se intenten y se imaginen sin el concurso ordenado, sin la cooperación armónica de los fundamentales partidos á que pueden referirse todas las diferencias políticas entre nosotros; serán incontables y terribles nuestras desdichas mientras subsista el antagonismo absoluto entre tradicionalistas y liberales, entre monárquicos y demócratas, entre conservadores y reformistas. Moderado ese antagonismo y establecido el conveniente acuerdo entre unos y otros partidos, se ofrecerían por el contrario numerosas facilidades y propicias ocasiones para reparar nuestras desgracias y para rehabilitar á la patria en sus grandes destinos. Nuestras desgracias provienen de nuestras discordias y nuestro decaimiento de nuestra división. Unámonos y seremos grandes; restablezcamos la concordia y prosperaremos. Ese es el supremo interés de la

patria; tal ha de ser la suprema aspiración de los partidos que quieran ser verdaderamente políticos.

Representantes más caracterizados del orden y de la estabilidad, de la razón y de la justicia, de las energías constituyentes, toca á los unos principalmente imaginar y meditar la resolución del conflicto, iniciar las transacciones que su resolución exige, y corresponde á los otros, más significados en pro de la libertad y del progreso, más dueños de las actuales energías, aceptar las transacciones y verificarlas. Mientras los unos no se avengan á transigir, los otros se resistirán á aceptar; en cuanto aquéllos se decidan á transacciones dignas, éstos se inclinarán á aceptaciones leales. Los furiosos despechos que tan patrióticas disposiciones ocasionaran, no lograrían prevalecer contra la mal reprimida tendencia de nuestras tradiciones á dilatarse en una política liberal y á vigorizarla, contra la apremiante necesidad de rectificarse de los actuales organismos políticos, contra la urgente conveniencia de reformas sociales y contra el incontrastable empuje de las energías españolas una vez concertadas.

No impidáis, críticos de unos y de otros partidos, el patriótico concierto, sino favorecedle; no tratéis de precipitarle, pero preparadle. Proceded con voluntad decidida y con método apropiado. No os arroguéis el monopolio de esta empresa, sino contribuid á ella cuanto os corresponde. Os corresponde en primer término cesar en toda recriminación odiosa, en toda descompasada invectiva, en toda impugnación virulenta, en toda apreciación desconsiderada, en toda previa antipatía, para que sereno el juicio y reposado el ánimo, obtengan rehabilitación vuestras facultades, consideración é influencia vuestros derechos. Sólo así os rehabilitaréis en el concepto público; solamente de este modo alcanzaréis aptitud para cumplir la parte más positiva de vuestra misión, el fin último de toda crítica, el verdadero objeto de toda legítima parcialidad; hacer más firme, más exacta y más completa la fe política, más numerosas, más íntimas y más perfectas las nacionales concordias.

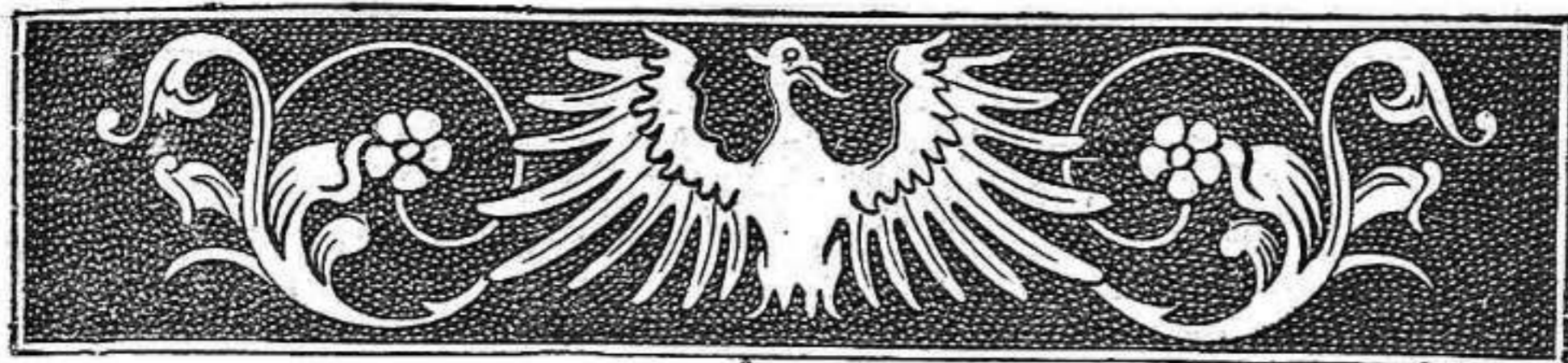
Mientras continuéis protestando mutuamente de vuestra respectiva legitimidad; mientras descuidéis el justificar la

propia con fundamentos propios y con las conveniencias comunes y os atengáis para acreditarla á las sinrazones contrarias y á las opuestas inconveniencias; mientras estéis empeñados en verificar obras parciales destruyendo la obra común, destruiréis la común y no verificaréis las parciales; mataréis toda fe política y sólo engendraréis fanatismos perturbadores; impidiendo toda estabilidad, haréis imposible también el prevalecimiento estable de vuestros ideales.

Todos los ideales, por el contrario, alcanzarían la posible realización y sucesivamente irían engrandeciendo y perfeccionando su realidad con sólo que, reducidas á sus justos límites y elevadas á condigna altura las apreciaciones críticas de los partidos, ni se arrogaran las atribuciones de la crítica suprema, ni se rebajaran hasta proponerse objetos indignos de toda crítica.

JOAQUÍN RABANAQUE.





SIN FE...

SONETO

Sin fe, sin esperanzas, sin amores,
perdida la ilusión, cruza mi vida,
por el cansancio y el pesar rendida,
el infinito mar de los dolores.

¡Ni una luz! ¡Ni una estrella!... En los furoros
de la adversa tormenta embravecida
sólo encuentra mi vista estremecida
arriba oscuridad, abajo horrores.

De hastío y de aridez el alma llena,
sin que me ofrezca la ventura un puerto
ni playa amiga su tranquila arena.

Vacío el corazón, acaso muerto,
gime en el fondo de mi sér la pena
como ruge la fiera en el desierto.

A. SALAZAR Y AGUADO.



ANTONIO MENGES

SUS OBRAS, É INFLUENCIA EN EL ARTE ESPAÑOL

Conferencia leída en el Ateneo de Madrid

POR

D. AUGUSTO DANVILA JALDERO



SEÑORES: Si los oradores de más valía, al ocupar este sitio, se creen en el deber de solicitar vuestra benevolencia, considerad cuánto más obligado lo estaré yo, que extraño en Madrid y en este Ateneo, uno de los más humildes y modernos socios, no cuento con más égida protectora para mi modesto trabajo que vuestra exquisita cortesía.

Con la esperanza de obtenerla, comenzaré haciendo notar, que tanto por el erudito discurso del Sr. Riaño, como por el intencionado del Sr. Araújo, tenéis ya conocimiento de la marcha general del arte en el siglo XVIII y de las condiciones que informaron al barroquismo, carácter dominante en gran parte de la centuria. Después de tan hábiles y competentes investigadores, poco falta que descubrir ante vuestra inteligente mirada en el terreno de las artes plástico-gráficas, pero creemos que aún podrán añadirse algunos datos y conceptos acerca de la introducción del clasicismo germánico en España, simbolizado por Antonio Rafael Menges, y sobre la influencia que su enseñanza teórico-práctica ejerció sobre el arte patrio.

Para ello debemos iniciar nuestro estudio con el del personaje que tan alto renombre alcanzó entre sus contemporáneos, teniendo que advertir, que si por acaso repetimos alguna idea ya vertida en los discursos enunciados, débese á la necesidad de movernos dentro de un siglo y una nación determinados, no siendo posible inventar nuevos hechos. Procuramos, sin embargo, no insistir en los conceptos tan magistralmente desarrollados por los señores que nos han precedido en el uso de la palabra.

Aunque la biografía de nuestro personaje es bastante conocida, no podemos prescindir de ella en absoluto, pues encierra datos curiosos que explican en gran parte el modo de ser de una personalidad, cuyo carácter principal consistió en no tener ninguno decidido.

Antonio Rafael Menges fué destinado al arte desde su nacimiento, ocurrido en Ausig, ciudad de Bohemia, en 1728. Su padre, Ismael, pintor dinamarqués de esmaltes y miniaturas, decidió *à priori* que su hijo había de ser tan gran maestro como Sanzio y Corregio, cuyos nombres llevaba; y para conseguir estos propósitos, comenzó por no dar al niño más juguetes que lápiz y papel, recompensando luego con holgura sus garabatos infantiles.

A los seis años, Antonio Rafael invirtió largo tiempo en conseguir la ejecución perfecta de las figuras geométricas sin regla ni compás, tras de lo cual pasó al dibujo de figura; mas viendo el padre que el muchacho trataba los contornos y el claro-oscuro con bastante brío y libertad, determinó cortar lo que juzgaba peligrosos vuelos, y en adelante no le consintió trabajar más que lavando los dibujos á la tinta china, por ser éste un procedimiento pesado que no permite vivacidades, enmiendas ni borraduras. Sofocados por entonces los primeros instintos de independencia de nuestro pintor, volvieron á reaparecer en el estudio del colorido, y en su consecuencia se le mandó volver al dibujo amenizado con lecciones de Química, Anatomía y Perspectiva.

Hasta aquí no encontramos gran cosa que alabar en el método seguido para la educación artística de Menges; pero en cambio, merece todas nuestras censuras el sistema tiráni-

co y penitenciario impuesto al joven artista cuando en 1741 fué llevado á Roma por su padre. Ismael conducía al Vaticano al niño, y encerrándole en una cámara decorada por Rafael ú otro pintor de su escuela, señalaba á su hijo el trozo que mejor le parecía, ordenándole tuviese terminado al anochecer un exacto dibujo. Antonio, conocedor del genio brutal y despótico de su padre, cumplía con exactitud alemana cuanto se le ordenaba, y si por acaso alguna vez se le olvidó hacerlo así, cuéntase que recibió una corrección contundente y proporcionada á la cuantía de su delito; género de castigo que se le administraba también cuando por distracción dibujaba algún detalle extraño á los maestros designados. Completábase tan duro proceder con la prohibición absoluta de salir de casa ni tratar con nadie. Estamos seguros de que si á la mayoría de los artistas meridionales que son gloria del arte, desde Giotto hasta Fortuny, se les hubiera tratado de tal suerte; ó se hubieran arrojado por una ventana, ó hubiesen aprovechado la primera ocasión para huír de su casa en busca de ambiente y libertad, primeras condiciones de una vida artística.

Antonio Rafael Mengs, no se atrevió á lo uno ni á lo otro, y ejecutó cuanto le ordenaron; pero su carácter se hizo tímido, encogido é irresoluto, marca indeleble de su educación, que se vislumbra en sus obras y que conservó siempre aun en la época en que Europa le aclamaba como el artista más eminente de su siglo.

Vueltos á Dresde, Ismael permitió á su hijo hacer algunos retratos que, llamando la atención de Augusto III de Polonia, dieron motivo á que fuese nombrado pintor real, con un sueldo proporcionado á sus disposiciones; pero bien fuera que Ismael no creyese oportuno dar libertad á su hijo, ó que éste efectivamente deseara volver á Italia, poco tiempo después regresaron de nuevo á Roma, en donde coronó Mengs sus estudios con una composición representando la Sagrada Familia. Este lienzo, á más de darle á conocer entre los artistas de la ciudad eterna, dió motivo á que el pintor se enamorara de Margarita Guazzi, que desde modelo ascendió al rango de esposa.

A su regreso á Alemania, Ismael, que durante algún tiempo no había dado muestras de su carácter brutal, cometió la última de sus arbitrariedades, arrojando á la calle, con un frívolo pretexto, al joven matrimonio; despojado, no sólo de sus muebles y ropas, sino hasta del dinero que tenía ahorrado.

Esta desventura dió margen á que subiera de punto la protección de los Reyes de Sajonia; pues no contentos con aumentar el sueldo y dar cómodo alojamiento á Menges en su palacio, le proporcionaron la decoración de una de las principales iglesias de Dresde, hasta que, atacado el pintor de grave enfermedad, tuvo que volver nuevamente á la Ciudad Eterna para atender á su restablecimiento.

Poco tiempo después, á consecuencia de la invasión de Sajonia y la huída de sus Reyes, Menges y su esposa volvieron á quedar en la situación más aflictiva, viéndose obligado el pintor bohemio á hacer copias y trabajos para los particulares. En esta época fué cuando por 200 pesos decoró, al fresco, las bóvedas del convento de los Celestinos, con otros trabajos que no merecen prolija descripción.

Por fin terminaron tan amargas y duras pruebas con la protección que á porfía le dispensaron la familia real de Nápoles y otros Príncipes italianos, encargándole variados asuntos religiosos y mitológicos para sus templos y palacios. Puede considerarse como la mejor de sus producciones en este período, los frescos de la Villa Albani, en uno de cuyos salones figuró á Apolo rodeado de las Musas.

Durante algunos años, Menges vió crecer su fama en el país clásico del arte, hasta el punto de que Carlos III le eligiera en 1761 para restaurador de la pintura en España, persuadido de contar para ello con el primer pintor del mundo.

Como de su permanencia entre nosotros nos hemos de ocupar más adelante al hacer la crítica de sus obras é influencia, sólo diremos que en dos distintas ocasiones dejó á España para pasar largas temporadas á orillas del Tíber, en donde su pincel, que nunca permanecía ocioso, se empleó, á instancia de Clemente XIV, en decorar la cámara de la Biblioteca Vaticana, destinada á guardar los pápiros orientales de la colección pontificia.

Durante su segunda ausencia de España, Mengs no pudo cumplir la palabra empeñada al Pontífice de pintar un gran lienzo para la Basílica de San Pedro, porque una enfermedad, que tiempo há venía aquejándole, exacerbada con la pérdida de su esposa, y ayudada por las disparatadas recetas de un charlatán, le condujo en pocos días al sepulcro que sus entusiastas admiradores le costearon en Santa María in Yániculo (1779).

Para perpetuar su gloria, D. José Nicolás de Azara, Embajador español cerca de la corte pontificia, logró que el retrato en bronce de Mengs, con una inscripción alusiva, figurase en el Panteón al lado de Rafael de Urbino, como uno de sus más eminentes sucesores.

Forzoso nos será, para aquilatar en su justo valor el mérito de nuestro artista, entrar en el examen de sus obras, tanto estéticas como pictóricas, lo cual habremos de hacer con la brevedad que exige un trabajo de la índole del presente.

Las teorías de Mengs, sobre la parte filosófica de la ciencia de la belleza, hállanse reunidas en la obra publicada por Azara que con gran diligencia dió forma literaria á la multitud de notas y borradores que escritos en diversos idiomas dejó á su muerte el pintor bohemio como materiales preparados para el tratado que se proponía escribir.

En primer lugar y como de mayor importancia figuran al frente de la colección unas *Reflexiones sobre la belleza y gusto en pintura*. En el preámbulo asegura Mengs que los que leyeren su tratado con atención, llegarán á un razonable aprovechamiento; pues encierra el fruto de sus estudios, pero al mismo tiempo advierte que no es conveniente que los principiantes se engolfen mucho en su lectura, pues en el arte debe preceder siempre la práctica á la teoría.

Siéndonos imposible entrar en el examen detallado de las doctrinas contenidas en estas *Reflexiones*, nos limitaremos á decir que después de definir el autor la belleza como noción intelectual de la perfección, afirma que es visible tan sólo en lo material, naciendo de la conformidad de las ideas con la materia. En cuanto á sus efectos, asegura que la belleza en su grado más perfecto podría hallarse en la Naturaleza, pero

que no se encuentra por las causas accidentales que la destruyen, motivo por el cual puede el arte superar á la realidad formando un compuesto de partes escogidas. A continuación se ocupa del gusto, de sus reglas, combinación é historia, siendo notable, que después de decir que aquél consiste en la buena elección, asegure que es lo contrario de la manera que define como una especie de mentira; siendo así que lo que Menges llama gusto, no es más que un género de manera de tan deplorables resultados como todas las demás.

Concluyen las Reflexiones con varios ejemplos en los que se estudia y analiza bajo el punto de vista ecléctico, el diseño, el claro-oscuro, colorido y composición de Rafael, Tiziano y Corregio, hallándose revueltas con observaciones de algún valor, deducciones hijas de un doctrinarismo exagerado, que se permite corregir y retocar á los más grandes maestros del Renacimiento. Igual criterio podemos aplicar á otro tratado acerca del mismo asunto, inserto á continuación, y adicionado con un estudio sobre el diseño, claro-oscuro y colorido del arte pictórico greco-romano.

Pasando por alto los extensos comentarios de Azara á las Reflexiones citadas, ocupan el segundo lugar por su importancia, varias cartas.

La primera, dirigida á Monseñor Fabroni, Maestro de los Príncipes de Toscana, es relativa á una disertación que aquél le había consultado, referente al famoso grupo de Niobe. Encierra curiosas observaciones sobre la estatuaria antigua, de las que se deduce que el citado grupo no es más que una copia de otras estatuas perdidas.

Ocúpase la segunda carta en rebatir las acusaciones que desde San Petersburgo le dirigió el escultor francés Mr. Falconet, autor de la estatua ecuestre de Pedro el Grande. El mencionado artista, espíritu sofístico y burlón, consideró excesivos los elogios tributados á Menges por Winkelmann, y con tal motivo les dirigió una diatriba, en la que puso en ridículo á los dos amigos y á los autores de la antigüedad que éstos tenían en más estima, provocando así la carta de Menges, que, al contrario de Mr. Falconet, emplea en la controversia un tono digno y mesurado.

Versa la tercera epístola, encaminada á D. Antonio Ponz, respecto del mérito de los cuadros más singulares del Palacio Real de Madrid, cuya descripción va precedida de un tratado sobre el estilo y otros elementos de la pintura.

La última misiva contiene un ensayo de la historia de la escultura y pintura en Grecia, Roma, Italia, España, Flandes y Francia; completada con unas observaciones referentes á la arquitectura. Fácil es comprender, teniendo en cuenta el estado de las ciencias históricas y arqueológicas en el segundo tercio del siglo XVIII, y la manera de pensar del autor, el valor de sus disquisiciones; sin embargo, hállanse en la carta juicios muy acertados sobre algunos artistas extranjeros.

Contiene, además, la compilación un trabajo sobre Correjo y sus obras y dos discursos referentes á la constitución de una academia de las artes, y á los medios de que estas florezcan en España, terminando con unas lecciones prácticas sobre pintura, desgraciadamente incompletas, pues se encuentran en ellas preceptos técnicos muy estimables.

No queremos terminar este punto sin hacer hincapié en una nota de Azara al último discurso mencionado, en la que á pretexto de ilustrar unas palabras de Mengs sobre el estudio nocturno del natural, se atreve á decir que: «El modelo vivo que generalmente se reputa como la llave del diseño, es una cosa bien problemática,» apoyándose en razones de escasa importancia, como que se fundan, principalmente, en lo fatigoso y cansado del oficio de modelo. Añade el comentador, que habiendo comunicado sus reflexiones á Mengs, éste se las aprobó mucho, y desde entonces dispuso que sus discípulos españoles se aplicasen más particularmente los yesos de las mejores estatuas.

No es que nosotros creamos que el estudio del antiguo sea perjudicial, ni que se deba prescindir de él, pues es un gran elemento, sobre todo, para adquirir la práctica del claro-oscuro, pero darle la supremacía y la exclusiva en la enseñanza artística, lo juzgamos un error deplorable, error que á nuestro modo de ver explica los defectos de que adolecieron, tanto las obras como la enseñanza de Mengs, basadas en un

manerismo más ó menos clásico, cuyo mérito principal consistía en separarse del natural.

Como hemos tenido ocasión de observar, la nota dominante de las teorías de Menges es la de un retorno decidido hacia la antigüedad clásica, completando así en el terreno artístico la tendencia que Winckelman había iniciado en el arqueológico con su célebre *Historia del Arte*. Uno y otro, enemigos acérrimos del arte franco-italiano que dominó en la primera mitad del siglo XVIII con la magia de su sensualidad incorrecta y barroca, pero fastuosa y rica, se propusieron entronizar cierto idealismo, que falseando el arte greco-romano; suponía que éste fundaba su ideal, no en el estudio de la naturaleza, sino en una abstracción convencional y metafísica. En tal concepto hicieron gran hincapié en la teoría de Rafael expuesta en su carta al Conde de Castiglione, en la que á propósito de los frescos de la Farnesina le dice: «Veo por vuestras palabras el cariño que me profesáis, y os diré que para pintar *una belleza* sería necesario que viese varias, con la condición de que vuestra señoría estuviese presente para elegir. Mas como los buenos jueces y las mujeres hermosas son muy raras, me sirvo de cierta idea que se presenta á mi espíritu. Si esta idea tiene alguna excelencia en el arte, esto es lo que no sé, por más que me esfuerzo en averiguarlo.»

De aquí deducía Menges que la naturaleza no ofrece modelos aceptables para copiados con exactitud, por lo cual hay que buscar el tipo ideal, generalizando y resumiendo en un individuo las perfecciones de la especie.

Esta teoría, en oposición con las que Descartes había planteado poco tiempo antes, tenía, en nuestro entender, una base cierta tomada de la escuela platónico-cristiana, cual es la de suponer que la belleza contemplable por el hombre, no es más que la belleza infinita de Dios, vista al través de lo infinito; pero este principio creemos que se desnaturaliza al adoptar como medio de expresión la abstracción de cualidades que llegan hasta producir un ideal tan falso y convencional, que nada dice al espectador que no se prepare á su contemplación, con la lectura meditada de los motivos que informaron la producción artística.

Y no es esto sentar como fin del arte la imitación servil de la naturaleza, extremo exagerado en que se suele incurrir al huír del primero, sino hacer constar que una de las condiciones más esenciales de la obra artística, debe ser la de expresar clara y distintamente la idea individual que el autor quiere comunicar á la multitud, y bajo este supuesto, sin afiliarnos á determinada escuela, creemos que la idea, por alta y sublime que se conciba, y debe concebirse siempre muy elevada, debe revestir formas naturales, adecuadas y hasta escogidas, pero dentro siempre de lo real y de lo conocido.

Así, por ejemplo, el divino tipo de la madre de Jesús debe ser expresado por una mujer digna, de delicadas y virginales facciones, que en su semblante y actitud exprese el candor, la inocencia, y al propio tiempo la majestad de un alma superior. Así la han comprendido algunos artistas florentinos del siglo XV y los de la escuela contemporánea de Dusseldorf, y no con el cutis nacarado, los cabellos dorados, los dientes de perlas, los labios de coral y la expresión falsa y meliflua de algunas tablas de la Ombría. El primer modelo puede encontrarse, y se encuentra en la vida real, y apesar de ello nos hace sentir más que el segundo, existente sólo en las descripciones de los poetas y las miniaturas de los Códices bizantinos.

En cuanto á que el arte griego fuese hijo de una abstracción convencional, tampoco estamos conformes. No es oportuno extenderse ahora en consideraciones sobre las causas filosóficas del esplendor del arte en Grecia ni examinar las teorías que hacen de Fidias y Praxitelés los más decididos campeones del arte por el arte. Cumple sólo á nuestro propósito hacer constar que el arte griego debe su superioridad á la aplicación de la ley que antes hemos expuesto, á saber: la de adecuación entre una idea superior y su expresión por medios reales, á la armonía entre el fondo y la forma, y no al andar fantaseando sin conjunto de cualidades imposibles.

El ilustre crítico francés Taine resume el carácter esencial del arte griego, diciendo: «Necesidad de claridad, sentimiento de la proporción, odio á lo vago y abstracto, desdén de lo

monstruoso y enorme, gusto por los contornos decididos y precisos; he aquí lo que condujo al griego á encerrar sus concepciones en una forma fácilmente perceptible á la imaginación y á los sentidos, haciendo obras que todo siglo y toda raza pueden comprender, porque siendo humanas, son eternas.»

Tales eran las doctrinas de Menges sobre la estética en general; en cuanto á su aplicación á la pintura, y ante la necesidad de traducirlas en reglas prácticas, presentaba como modelos el dibujo de Rafael, el claro-oscuro de Corregio y el colorido de Tiziano, creyendo sin duda de buena fe poder resumir en un hombre los méritos corregidos y aumentados de los tres grandes maestros de las escuelas de Roma, Parma y Venecia. Azara se los concede sin vacilar á nuestro personaje, y por si no fueran bastantes, le añade la gracia de Apeles y Arístides; que no acertamos á comprender dónde pudo haber apreciado. Dejando la crítica de tal sistema para más adelante, examinemos ahora rápidamente la obra artística de Menges.

Según parece, ascendían á setenta y tres las pinturas ejecutadas en España, figurando en primer lugar, como las más importantes, las bóvedas del Palacio de Oriente, denominadas «Las Gracias,» «La Apoteosis de Trajano» y «La Aurora.» Constituyen el resto varias alegorías, multitud de retratos de la familia real y de los personajes más notables de su época, incluso el de Catalina II de Rusia, y bastantes cuadros religiosos, entre los que sobresalen La Natividad, el Descendimiento, la Crucifixión y San Isidro Labrador.

Los juicios formados sobre las producciones artísticas de Menges por las eminencias en la crítica de su tiempo y posteriores, no pueden ser más opuestos. He aquí, por ejemplo, dos párrafos referentes á una misma obra, «La Natividad,» cuadro que el autor reputaba como su *capo di ópera*.

El primero, tomado de la Apología de Azara, dice así:

«La intención de Menges fué luchar con Corregio en su famosa «Noche.» La posteridad juzgará si luchó bien y si venció. Como en el cuadro del «Descendimiento,» toda la escena representa el dolor más sublime, al contrario, en éste ex-

prime la belleza más risueña que los sentidos y la razón pueden gozar. No se ve otra luz que la que despide el Niño Dios, y todo está tan iluminado, que la vista parece se pasea por detrás de las figuras. Sus carnes son tan verdaderas, que aunque Tiziano hubiera sido capaz de hacerlas iguales, no las habría, seguramente, sabido escoger con aquella propiedad que Mengs las escogió. La Virgen no es una hermosa aldeana ó paisana, como las que para semejantes casos escogía Rafael, que nunca se elevó sobre lo más hermoso que hallaba en la naturaleza. Mengs supo figurar una belleza heroica media entre la divinidad y la humanidad.

En compensación á tan exageradas alabanzas, conviene leer la opinión de Mr. Cumberland, inserta por el ilustre crítico D. Pedro Madrazo, en su *Viaje por las colecciones de pinturas de los Reyes de España*, en la cual, después de calificar al niño de la «Natividad» de feto sietemesino sacado de un frasco de vidrio, dice que su autor fué un artista que vió mucho é inventó poco; que su pincel fué incapaz de dar así la vida como la muerte, y sus creaciones ni excitan temor ni despiertan pasiones, ni producen trasportes; que Mengs, si se esmeró en huír de defectos parciales, no por esto dejó de incurrir en defectos generales, pintando con timidez y servilismo; que la manera pusilánime del pintor miniaturista en que fué primeramente educado, se traduce en casi todas sus composiciones, las cuales antes descubren la mano delicada y primorosa del artífice que revelan el alma del maestro, en bellezas que no electrizan y tristezas que no arrancan lágrimas; que cuando Mengs pinta la Salutación angélica, el parainfo que se aparece á María, ni muestra solicitud en su mensaje, ni la menor gracia al comunicar el anuncio; que si Rubens, por virtud de uno de los inapelables oráculos del pintor bohemio, fué rebajado hasta el punto de descubrir la ignominiosa estulticia de un traductor tudesco, Mengs, por su parte, no era más capaz de pintar un cuadro como la Adoración de Rubens, que de encender en el cielo de Oriente la estrella que guió á los Reyes Magos.»

Ante tan diversas opiniones, ¿á quién daremos la razón, á los que colocaron la Natividad en el Palacio Real como un

tesoro inestimable; ó á los que al arreglar el Museo del Prado la relegaron á una galería de paso, donde la mala luz apenas permite distinguirla? En nuestro sentir, ni á unos ni á otros. Antonio Menges, como la mayoría de los pintores alemanes de todos tiempos, carecía de verdadero genio; pero en cambio poseía buen talento y una asiduidad asombrosa para el estudio. Con tales elementos llegó á ser un dibujante de primera fuerza; pocos artistas le habrán superado en cantidad y calidad. Hemos visto dos dibujos suyos en la Academia de San Carlos de Valencia (1) y sin dificultad ninguna pueden compararse con los de los mejores maestros italianos.

El colorido de Menges es brillante, limpio, trasparente, jugoso, y, apesar de ello, no le podemos dar el título de colorista, porque éste pertenece sólo al artista que sabe fingir el efecto producido por la descomposición de la luz, y sus sombras y batimentos en los cuerpos animados ó inanimados, lo cual no hizo nuestro pintor, que se separó de la naturaleza buscando un color ideal y un claro-oscuro suave, que no podían menos de resultar falsos.

En la composición es donde se nota más el amaneramiento insípido y elegante que caracteriza á una escuela, que da á los personajes más rústicos actitudes teatrales y viste con hermosas telas á los pastores miserables de Judea.

De lo dicho se deduce, que si en las composiciones religiosas y en los frescos alegóricos de Menges se notan defectos que impiden el que sean considerados como tesoro sin igual, en cambio poseen cualidades que las hacen merecedoras de ser conservadas con estima.

Sentimos no poder decir lo mismo de la mayoría de sus retratos. Al examinar los que existen en el Museo del Prado, siéntese inmediatamente el fastidio que produce todo lo afectado y falso. Aquellos Reyes y Príncipes, nacarados, vaporosos y *bonitos*, en una palabra, vistiendo sedas y encajes, podrán estar muy bien dibujados y ser exactos de parecido, valdrán mucho como documento histórico, pero no parecen

(1) Una alegoría y un contorno del Descendimiento.

pertenecer á nuestra mísera humanidad; sus carnes no son las nuestras, sus extremos no los tuvo más perfectos una estatua griega; parecen restos de una raza de ángeles, bastardeada por el contacto con los hijos de los hombres. Alguna que otra cabeza de estudio y un retrato del autor escapan á esta crítica, y demuestran cuánto hubiera podido hacer Mengs en esta materia, si hubiera sido más veraz, más real y menos adulator para sus regios modelos. Y lo más notable del caso es, que quien hacía esto, comprendía perfectamente el mérito de las doctrinas más opuestas y de la factura más lejana de la suya.

En su carta á D. Antonio Ponz saltan á la vista párrafos como el siguiente:

«¡Quánta verdad é inteligencia de claro-oscuro no se observa en los cuadros de Velázquez! ¡Cómo entendió bien el efecto que hace el aire interpuesto entre los objetos para hacerlos comparecer, distantes los unos de los otros! Y qué estudio para cualquier profesor, que considere en los cuadros que de este autor existen en la referida sala, ejecutados en tres diversos tiempos, el modo como enseñan el camino que siguió para llegar á tanta excelencia en imitar la Naturaleza.»

Refiriéndose á las Hilanderas dice: «Pero en donde, sin duda, dió (Velázquez) la más justa idea del mismo natural, es en el cuadro de las Hilanderas, que es de su último estilo y hecho de modo que parece no tuvo parte la mano en la ejecución, sino que le pintó sola la voluntad. En este género es obra singular.»

Sigue Mengs elogiando las diversas obras del gran maestro naturalista, en términos tan lisonjeros como los que hemos citado, y termina haciendo constar que en los retratos de Felipe IV, el Conde-Duque y otros, el toque es fácil, determinado, ligero, y sin embargo, expresa hasta el brillo de la piel. ¡Y apesar de ello, el pintor alemán, fuerte en su error, hacía en la práctica lo contrario de lo que ensalzaba en teoría, escribiendo él mismo la condenación de su escuela!

Tal era el hombre que en 7 de setiembre de 1761 desembarcó en Alicante con los honores de un Príncipe, dispuesto á regenerar la pintura española, mediante dos mil doblones

anuales, casa, coche y todos los gastos que le ocasionara el ejercicio de su arte.

Encontrábase éste á la sazón en un período de decadencia y entregado por completo á influencias extranjeras.

Desde la muerte de Claudio Coello y los últimos discípulos de Velázquez, Murillo y Espinosa, el arte patrio, falto de vida propia, sólo existía merced á los Monarcas que, deseosos de continuar la protección dispensada por los Carlos y los Felipes, traían á su lado, colmándolos de mercedes, á los artistas extranjeros que juzgaban más sobresalientes, ó compraban las obras de los que no podían venir. Pero como la decadencia era general, resultaba que los pseudo-reformadores no hacían más que contribuir á la ruina total del arte. En esta materia todas las naciones se hallaban en un estado tal, que puede muy bien compararse con el de una caterva de hidalgos empobrecidos que, no contando con recursos para subsistir, se dedicaran á pedirse limosna los unos á los otros.

Así Italia, privada ya de los grandes maestros del Renacimiento y el eclecticismo boloñés, sólo pudo proporcionarnos sucesivamente á Giordano, pontífice del barroquismo, genio colosal descarriado, cuya estética se resumía en pintar mucho y ganar mucho; á Bonavia y Procaccini, maneristas decididos; á Giaquinto y Tiépolo, decoradores brillantes, y á otros artistas de escaso valer, cuyo arte, según la expresión del Sr. Madrazo, se reducía á cubrir en poco tiempo grandes espacios con formas y colores atractivos, prescindiendo por completo de la naturaleza.

Tampoco Francia podía proporcionar regeneradores artísticos á nuestra nación. Pasados los tiempos de Pousín, Lesueur y Lorena, no le restaba en los últimos de Luis XIV más que el arte pomposo y teatral de Lebrún ó Jouvenet, ó el afectado y galante de Wateau, Mignard y Lancret. Secuaces de unos vinieron á España Hovasse, Ranc y Van Loo, cuyos retratos, existentes en el Museo del Prado, demuestran el estado deplorable á que había llegado la escuela francesa. Contra tal invasión franco-italiana no faltaron artistas españoles que, sobresaliendo en algún concepto entre la multitud de pintores desconocidos, cuyos nombres han llegado

hasta nosotros sólo á título de curiosidad biográfica, procuraron encauzar el arte y levantar su nivel. En tal concepto deben mencionarse el aragonés Palomino, autor de varias obras didácticas y biográficas; el valenciano Conchillos, que fundó en su patria una academia nocturna para el estudio del natural, y Viladomat, artista catalán, que logró conservar su arte á la altura de mejores tiempos. Pero aparte de que estos artistas no se hallaban tampoco del todo libres de la corrupción general, ¿qué podían hacer sus esfuerzos aislados contra la estulticia general y la deplorable fecundidad de la multitud de los Arellanos, Ezquerras, Agueros, Solís, Villafrancas y otros cien que inundaban á España con sus lienzos religiosos y alegóricos? Así la decadencia y el barroquismo, iniciados por los practicones del tiempo de Carlos II, habían llegado á su apogeo en tiempos de Carlos III, sin que pudieran impedirlo la creación de las Reales Academias.

¡Cuán difícil era la misión de Mengs, encargado por la voluntad soberana de oponer dique poderoso al arte desbordado, encauzándole hacia el clasicismo! Veamos si lo consiguió.

«Apenas llegado á la corte, dice Azara, fué recibido del Rey con tanta bondad, que él mismo quedó pasmado: y Su Majestad se la continuó siempre á despecho de la envidia y de muchas extrañezas del mismo Mengs. Tenía el Rey á su servicio, cuando éste llegó á Madrid, á D. Conrado Giaquinto, el mejor pintor al fresco que se conocía en la escuela napolitana, y á D. Juan Bautista Tiépolo, el mejor de la veneciana. Sin embargo de esto, luego que Mengs hizo ver su primer obra, no obstante que en nada se parecía á la de aquéllos, toda la nación le aclamó por el gran pintor que era. La emulación misma debió fingir el aplauso para poder con más seguridad y recato aprovechar su veneno.»

Algo menos sería, pero resulta cierto que Tiépolo, apesar de sus maravillosos frescos del Palacio Real, quedó relegado á segundo lugar, y Giaquinto, que había llegado á director de la Academia de San Fernando, fundada en 1752, tuvo que volverse á Nápoles, dejando á Mengs el cetro del arte.

D. Pedro Madrazo, en su *Viaje* ya citado, atribuye la victoria de Mengs, campeón del idealismo trascendental de

Kant sobre el sensualismo de la filosofía humanitaria, que patrocinaba al arte franco-italiano, á la inconstancia humana y al cambio de sistema ocurrido en el terreno filosófico. Conformes con tan autorizada opinión, creemos que además debieron tener gran parte en la evolución artística el favor real, que puso en moda al pintor entre la aristocracia y el alto clero, y la impresión causada por los descubrimientos de Pompeya y Herculano, que, aparte de la atracción que siempre origina la novedad, sirvieron aparentemente para justificar las teorías de Menges y Winckelman, arriba expuestas, sobre el arte greco-romano.

Bajo dos conceptos hemos de apreciar la influencia de Menges en el arte español, con relación á la enseñanza en general y como fundador de una escuela, que siguió sus máximas artísticas hasta el segundo tercio del siglo XIX.

Respecto al primer punto, Menges comprendió la grande autoridad que daría á sus doctrinas el que fuesen patrocinadas por la Academia de San Fernando, fundada poco tiempo antes. A este fin, y contando con el apoyo de varios profesores de la misma y de personajes tan importantes como Jovellanos, Ponz, Llaguno y Hermosilla, trató de reformar la enseñanza que venía usándose. Caveda resume en sus *Memorias para la Historia de la Real Academia de San Fernando* los planes del reformador, diciendo que «Era su propósito hacer una variación esencial en los métodos y en los principios del arte; que los diseños de Maratta y los primeros pintores extranjeros, traídos á España por Felipe V y Fernando VI, se sustituyeran con otros más correctos y clásicos para el estudio del dibujo natural; que se diera á conocer el antiguo, mejor apreciado su carácter, consultando la filosofía y la historia; que bien analizados los grandes modelos y determinadas las condiciones constitutivas del bello ideal y de la simple imitación de la naturaleza, se hiciera notar á los alumnos todos los inconvenientes del amaneramiento reinante, poniendo á su lado los medios de evitarlo.»

Cómo se ve, las intenciones de Menges no podían ser mejores, y ciertamente merecían ser bien acogidas; pero la Academia se resistió tenazmente á la adopción de unos regla-

mentos tan en oposición con lo que se venía haciendo, y consiguió que el pintor alemán desistiera de sus propósitos, con gran alegría de los adocenados secuaces del manierismo. Sin embargo, y como era de esperar de tan docta corporación, poco á poco y con el trascurso del tiempo fué aceptando las mejoras propuestas. Comenzaron éstas por la creación, en 1766, de las cátedras de Anatomía y Perspectiva, siguió el restablecimiento, en 1778, de las pensiones en Roma, suprimidas algunos años antes; después se adoptaron los diseños de Bayen y Maella, y los vaciados de Herculano, para la enseñanza del dibujo, y finalmente, muerto ya Mengs, su colección de estampas, academias, hiesos y estatuas, tomó el carácter de modelo oficial para los jóvenes que aspiraban á ser artistas.

En la parte filosófica, histórica y crítica de la ciencia de lo bello, también se progresó algún tanto, gracias á Mengs, que aficionó á sus discípulos al estudio de los filósofos alemanes, franceses é ingleses, que por aquel tiempo se dedicaban al estudio de la Estética, dando el impulso, seguido en España por Azara, Ponz, Llaguno, el P. Arteaga, Capmany y otros ingenios, que con más ó menos buen sentido, publicaron varias obras que, auxiliadas por las que tenían como objetivo el arte greco-romano, produjeron un cambio notable en las ideas, sustituyendo el empirismo rutinario con un método científico.

Veamos ahora qué resultados alcanzó nuestro pintor al fundar una escuela en reemplazo de la que ya existía.

Los primeros adeptos que se alistaron bajo su bandera, fueron González Velázquez, Bayeu, Maella, Ferro y Ramos; siguiéronles Camarón y Vergara, y más tarde D. Vicente López, sin mencionar otros muchos de menor valía.

Fijándonos sólo en los más notables, podremos colegir, por el rápido estudio de sus obras, el efecto de la influencia de Mengs en la marcha artística de nuestra patria.

D. Antonio González Velázquez (1729—1793) hermano de otros dos artistas de escasa monta, antes de ser partidario de Mengs, fué discípulo entusiasta de Giaquinto. Así sus frescos de la cúpula del Pilar de Zaragoza, los lienzos del altar

mayor de Cuenca y alguno de San Francisco el Grande, nos le dan á conocer como un ecléctico influído por el manierismo napolitano. Sus asuntos, de gusto bastante discutible, incorrectos de dibujo, débiles de luz y de claro-oscuro, demuestran buenas disposiciones, pero son un ejemplo de pintura insípida y vulgar. Apesar de ello, fueron en su tiempo muy celebrados y su autor llegó á director de la Academia.

Bayeu, el discípulo más entusiasta de Menges, por cuyo estilo dejó el primitivo adquirido de Luxán, poseía las dotes más relevantes y las mejores disposiciones para volar por las regiones más elevadas del grande arte.

De él dice D. Pedro Madrazo, «que fué ángel caído del cielo del arte por renunciar á su poderoso personalismo y esclavizarse á un estilo contra el cual protestaban en vano todas sus cualidades nativas.»

En cambio, sus contemporáneos le colocaron en uno de los primeros lugares del arte. Cean Bermúdez agotó por él el repertorio de sus alabanzas, y la Academia de San Fernando, en la solemne distribución de premios de 13 de julio de 1796, dijo textualmente: «Se celebra en D. Francisco Bayeu, la fecundidad de las invenciones, buen gusto en el plegado de los paños, inteligencia en los escorzos, certeza en la expresión de los caracteres y de las pasiones y un agradable colorido.»

Del examen de los frescos que ejecutó en el Real Palacio, Colegiata de San Ildefonso, Capilla de Aranjuez y claustros de la Catedral de Toledo; y de la multitud de lienzos existentes tanto en los Museos provinciales como en el del Pardo, se desprende que dotado de valentía en la ejecución, de regular color, atrevimiento en los escorzos y pródiga fantasía, no evitó por eso los defectos de su época; no pudiendo ponerle en parangón ni con Tiépolo ni aun con su mismo maestro.

De su hermano D. Ramón no vale la pena de ocuparse.

Tampoco es más favorable el juicio que nos merece el valenciano D. Mariano Maella (1739—1819), autor de las ridículas y disparatadas viñetas de las obras de Cervantes y Quevedo, editadas por aquel entonces.

En sus composiciones al fresco y al óleo, se nota la imitación fría y servil de Mengs, lánguido afeminamiento, escasa variedad en los tipos y una factura lamida y seca. En algunos cuadros de Valencia se ve, no obstante, inventiva y se notan destellos de un genio, que tal vez hubiera tenido otro desarrollo, á nacer un siglo antes. En apoyo de esta opinión haremos notar que Maella es de los pocos artistas que, procedentes del litoral Mediterráneo español, carezcan del colorido hermoso y justo que ha caracterizado y distingue las escuelas valenciana y andaluza de las demás de la Península, hasta en los tiempos modernos; siempre que no influyan en el pintor extrañas enseñanzas, como debió acontecerle á Maella y como ocurre hoy en día á alguno de los que cambian las lecciones recibidas en la patria por las exóticas de París y Roma.

Coetáneo de Maella, mencionaremos otro valenciano, Don José Vergara (1726—1799), que aunque discípulo de Evaristo Muñoz, siguió el estilo de Mengs. Nada diríamos de este pintor si no tuviese la gloria de haber sido el fundador de la Academia de San Carlos de Valencia, aprobada por real cédula de 14 de febrero de 1768 y que tan felices resultados había de producir en lo sucesivo.

Vergara fué amanerado como pocos, y al propio tiempo dotado de una fecundidad tan asombrosa, que apenas se encontrará iglesia ó convento del antiguo reino de Valencia que no se halle decorado con sus frescos y cuadros, siendo también en gran número los que se conservan en colecciones particulares y en el Museo Provincial, todos falsos, lamidos y afectados, pero de brillante colorido.

Cerraremos la serie de los secuaces de Mengs con D. Vicente López (1772—1850) discípulo de Maella y el más notable de los pintores de su escuela, incluso el mismo fundador, sin duda porque jamás renunció del todo al estilo que le dictaba su manera de sentir, valiente y vigorosa.

Todos los que de crítica artística se han ocupado, están contestes en atribuir á D. Vicente López grandes dotes naturales, que se traducían en una maravillosa facilidad en la improvisación de los asuntos, en un manejo franco y expe-

dito del color, inteligencia en los escorzos y corrección en el dibujo. Es unánime la opinión de que López tenía mejores condiciones para naturalista que para idealista, y que el amaneramiento de que algunas veces se le puede tachar, es debido á las máximas de la escuela que seguía. Comprueban esto unos lienzos que se conservan en el Museo del Carmen de Valencia, hechos en sus primeros tiempos, en los que no se sabe qué admirar más, si la buena composición y dibujo, la franqueza de la ejecución, ó la gallardía y frescura del colorido, condiciones todas que llaman la atención de los inteligentes.

Entre las muchas obras de todos géneros debidas á López, citaremos como las más notables los frescos del Real Palacio, que representan «La institución de la Orden de Carlos III» y «El Poder Supremo;» el techo del salón de descanso del Museo del Prado, que estuvo en el Casino de la Reina, todos ellos de buena composición y sólo reparables bajo el aspecto del color, que en alguna ocasión es algún tanto agrio y convencional. Pero en donde López brilló á mayor altura fué en los retratos que su diestro pincel concluía con la mayor facilidad y brío. Todos los personajes más notables de la primera mitad de este siglo, tuvieron á gala el ser trasladados al lienzo por el pintor de cámara, y hasta Goya en sus posteriores años dió motivo para el admirable retrato que se conserva en el Museo del Prado, dando público testimonio de lo mucho que valía el ilustre artista que lo ejecutó.

Y no sólo el óleo, sino el lápiz, la sanguina, el temple y el pastel servían dócilmente á López para manifestar su genio. En el Museo de Pinturas hemos tenido ocasión de contemplar en una sala, hoy cerrada al público, dos maravillosos dibujos representando á Fernando VII y á Doña María Cristina, tratados al lápiz con tanta suavidad, delicadeza y esmero, que parecen grabados por algún eminente artista alemán ó inglés.

Ossorio y Bernard en su *Diccionario biográfico* inserta á título de curiosidad unos versos que en 1818 se publicaron en el *Diario de Avisos* de Madrid, firmados por las iniciales D. M. F. de C., en los que se da cuenta del efecto producido

por la exposición de un retrato de Doña Isabel de Braganza hecho al pastel.

Dicen así:

«Al ver un original
(en la Academia un paleta)
de semejanza cabal,
se arrodilló con respeto
y fué á darle un memorial.

Mirad, le dijo un pintor,
que es de Isabel un retrato;
mas hecho con tal primor,
que cualquier hombre sensato
por él conoce á su autor.

Con sencillez lisa y llana
le respondió el pretendiente:
Ó su ciencia es más que humana,
ó la Reina está presente
asomada á esa ventana.»

D. Vicente López fué poco afortunado en sus discípulos, entre los que se contaban sus hijos, pues con su muerte desaparece de la escena del arte los restos de la escuela de Mengs, que desde fines del siglo pasado venía sufriendo los rudos ataques del naturalismo, del clasicismo académico y de la escuela romántica, que fundidos, al cabo habían de producir la moderna pintura española.

De intento hemos dejado á un lado, en el estudio crítico-biográfico de los discípulos de Mengs á multitud de artistas de insignificante personalidad, que, como Ferro, Rodríguez, Esteve, Gómez, Camarón, Zapata, Aguirre y Calleja, ofrecen todos el mismo carácter vacilante entre el eclecticismo y el barroquismo, caracterizado por una manera tímida, afectada y más ó menos graciosa.

De uno de estos artistas se cuenta la anécdota de que habiéndole encargado un Buen Pastor, sirvióse de un estudio de Mengs para pintar á Jesús; y las ovejas, como cosa baladí y de poca importancia, fueron copiadas escrupulosamente del natural, con lo que resultó que eran lo mejor del cuadro.

Hora es ya, señores, de que, apoyándonos en cuanto llevamos expuesto, resumamos nuestro juicio sobre el justo valor de Menges y la influencia que debe atribuírsele en el arte español.

Ante todo, no creemos aventurado afirmar que D. Antonio Rafael Menges no fué en la práctica artística el primero y único pintor de su siglo desde Rusia á Finisterre, como afirman Cean Bermúdez y otros. Creemos más prudente la aserción de Viardot, de que pueden equiparársele sin desventaja Greuze y Goya, y por nuestra cuenta añadiremos que en sus géneros respectivos, Wateau, Boucher, Tiépolo, Maratta, Reynolds, Tobar, Viladomat y hasta Palomino, pueden muy bien competir con el pintor bohemio dentro de su centuria.

En lo que indudablemente éste sobrepuja á todos y en lo que brilla su personalidad, es en el terreno de la teoría. Apesar de los errores del sistema clásico idealista, no podemos desconocer que las «Obras de Menges» son el primer libro publicado en España en que las ideas estéticas se traducen en máximas prácticas de enseñanza, depurando el gusto, despertando el amor hacia lo bello, metodizando y analizando lo que hasta entonces había sido patrimonio de filósofos más ó menos metafísicos.

También son de gran valor las disquisiciones de Menges acerca del arte greco-romano y sobre algunos artistas del Renacimiento italiano. Hay en ellas observaciones técnicas de valía que en todos tiempos serán de utilidad á los artistas, si bien algunas de ellos no están en armonía con los principios que hoy imperan.

Consecuente con su sistema filosófico, Menges llevó á la práctica las innovaciones en la enseñanza que más arriba hemos expresado, y echó así los fundamentos sobre los que se había de asentar el arte contemporáneo. Esta es su mayor y más indisputable gloria.

En cambio, su influencia como jefe de escuela la creemos en cierto modo funesta, pues no hizo más que sustituir su amaneramiento con otro. Ciertamente era deplorable el estado del arte al venir Menges á España; ¿pero lo fué mucho mejor después? Y no se diga que faltaron genios. En Bayeu,

Maella, Vergara y López, había condiciones para llegar hasta la cúspide del arte; pero la inflexibilidad de las reglas dogmáticas del eclecticismo que pretendía reunir en un hombre las perfecciones de varios, no podía dar otro resultado. Aspirando á fundir el color de Tiziano, el dibujo de Rafael y el claro-oscuro de Corregio, hijos de las circunstancias especiales de cada localidad, se llega á no tener ni color, ni dibujo, ni claro-oscuro, que es lo que les sucedió á los continuadores de Mengs. Si éste, ya que tan observador fué, hubiera notado que el arte, hijo en su forma externa de las condiciones sociales, morales y políticas de un pueblo, se personaliza en cada artista, no hubiera tratado en tiempo de Carlos III de reproducir, corrigiéndola, la pintura de Julio II, y Leon X, y entonces Maella, Bayeu y sus colegas, desarrollando sus condiciones ingénitas de un modo adecuado á su temperamento, hubieran sido tal vez las piedras fundamentales de una escuela nacional, que se hubiera anticipado á sus hermanas de Europa en el camino de la restauración artística.

No lo hizo así, y los tiempos de Carlos IV, tan calamitosos en todos conceptos, lo fueron también mucho para el arte español, que hubo de pasar rudas pruebas antes de llegar á los gloriosos tiempos de Rosales, Fortuny, Madrazo, Pradilla y toda esa brillante pléyade de artistas, honra de nuestra patria, cuyas obras merecerían indudablemente los plácemes de Mengs, como los merecieron las de Velázquez, si el pintor de cámara de Carlos III pudiera apreciarlas desde las eternas regiones de lo verdadero, de lo bueno y de lo bello.

He dicho (I).

(1) Después de leída la anterior monografía en el Ateneo de Madrid el 24 de marzo del corriente año, el Sr. D. José Mengs, nieto del célebre artista, ha tenido la amabilidad de proporcionarnos algunos manuscritos inéditos de nuestro personaje, de los que hemos sacado notas curiosas que nos proponemos utilizar en cierto *Tratado de Teoría é Historia de las Bellas Artes* que estamos escribiendo.



REVISTA DE TEATROS



ORTUNA *te dé Dios, hijo, que el saber poco te basta*, dice ó reza un refrán español que cuadra perfectamente en estos momentos al Sr. Novo y Colson, autor del drama que con el título de *Un archimillonario* se representó hace pocas noches en el favorecido Teatro de la Princesa, y decimos esto, sacando á luz el conocido refrán, porque la obra citada se presentó al público sin gozar del alto y parcial privilegio de venir rodeada de pomposas y prematuras alabanzas, inconmensurables elogios, gacetillas escritas al calor de un ideal político á toda prueba, de sueltos concebidos más que á la luz de un criterio recto, imparcial y justo, al resplandor de una amistad más parecida á lisonja excesiva que á agradecimiento heroico y desinteresado, porque no tuvo tampoco la envidiable fortuna de que los fragmentos de su bien escrito diálogo, ni las bellas imágenes y altos y bellos pensamientos que le esmaltan, se imprimiesen antes de que el público diera su fallo y apareciesen al otro día engrosando las columnas de los periódicos más populares, afectos, más que al mérito literario del autor, á sus cualidades personales, y los favores otorgados, al santonismo conquistado por una estremada modestia, ó por su esplen-

didez culinaria, manifestada á amigos y compañeros particulares, en los suntuosos salones de Fornos, los Cisnes ó el café Inglés, amén de algún otro cigarro otorgado á tiempo, ó algún acto de munificencia prodigado oportunamente y con más sentido práctico y filantrópico, que desinteresado y caritativo, y porque, en fin, *más vale caer en gracia que ser gracioso.*

No son estas las únicas razones por las que *Un archimillonario* no ha corrido la envidable suerte que otros peor escritos, y mucho peor pensados, sino que una de las causas eficientes de su desgracia estriba en que no revuelve el cieno de malas pasiones y bastardos afectos, que no ensalza tampoco ni diviniza las miserias humanas, más dignas de estar calladas y compadecidas que en servir de trofeo á ideas disolventes, escuelas recusables, prestándose además á servir de escudo á talentos improvisados que quieren satisfacer su satánico orgullo escribiendo escentricidades ridículas, arrojando al público los vicios de que ellos son víctimas con el hipócrita afán de creer que así se descartan de ellos, acusándose de falta de energía para extirparlos, ó de fuerza de voluntad para combatirlos, ó también puede suceder que, bien pletóricos de una ambición desmedida de laureles y triunfos, y convencidos de su insuficiencia para el caso, echan mano de lo inconcebible, de lo absurdo, de lo hediondo y repulsivo, y presentándolo al reflejo de churrigueresca forma y campanudo diálogo, logran cautivar al espectador por un momento, suficiente para realizar su ideal, aun cuando después caiga en la cuenta, salga de su asombro y diga con Moratín en su *Sección Poética*:

.....
 «El vicio vil, abominable y feo,
 vieron á la virtud ser preferida,
 en el drama logró feliz empleo.»

«Desterróse el honor; el abatido
 vulgo, vió retratadas sus acciones
 y en ellas su carácter aplaudido;
 y en vez de corregirse las pasiones,

en tono alegre y máscara festiva
con fábulas y honestas invenciones,
el fuego ardiente del amor se aviva,
la venganza cruel, el aparente
pudor se premia, y la maldad nociva.»

No está comprendido el drama que vamos examinando dentro del terreno de los que reúnen las condiciones mencionadas, y si bien se nota en su estructura cierta inesperienza ó precipitación al escribirlo—lo que no es disculpa en literato como el Sr. Novo,— se ve demasiada desunión y escaso ensamble en el modo y manera de desarrollar el pensamiento, y no todo el tino y acierto que nosotros deseáramos en la acción y en los personajes subalternos algo de convencionalismo y mucho de ofuscación en la presentación de los políticos que distraen la atención del público y desilvana el conjunto, pero esto no obsta para que el pensamiento moral que sirve de base, la pintura de los caracteres y las situaciones naturales que sin violencia se suceden, constituyan un drama de mucha más importancia y de más valor y mérito que cuantos han merecido ovaciones entusiastas y no muy hábilmente preparadas.

Es verdad que no figuran en él mujeres condenadas á vivir víctimas de pecado de raza, ni horizontales divinizadas, ni adúlteros canonizados, ni hombres honrados entregados al ludibrio y á la burla; es verdad, también, que no se vierten ideas ni conceptos que enaltecen la incredulidad unas veces, otras cantan al vicio, y otras no se sabe á dónde van á parar; tampoco abundan las frases huecas y sentidas cuyo verdadera significación no se adivina, y ni el oído las percibe ni la inteligencia las comprende; pero en cambio, campea en toda la obra un pensamiento sublime, grandioso, que se separa de todo lo vulgar y rastrero.

Félix Signey, espósito, despreciado en la cuna, y favorecido por la suerte, no aposenta en su alma el rencor y la ira contra sus semejantes, que, como espósito, le desprecian y como poderoso le admiran y acatan, sino que, por el contrario, rico, más que en dinero en virtudes, ampara y protege

al hijo desgraciado de Clara, hija á su vez del Duque de Toledo, le vuelve al lado de su cariñosa madre, siembra el amor y la compasión en aquellas almas de piedra; y cuando alumbra el espacio de la desgracia con la vivísima y hermosa luz de la caridad que irradia su corazón grande, al que, ni la desgracia de su nacimiento, ni los caprichos de la fortuna, ni los halagos de la adulación y la lisonja han podido pervertir ni mudar, exclama: *¡soy espósito!* dando vida al cuadro con los purísimos destellos de esa emanación divina que convierte la desgracia en heroísmo, apostrofa al vicio y eleva un templo á la moral.

El desempeño se resintió de lo no muy bien acogida que, según se murmura, fué la obra por la empresa; pero apesar de todo, Cepillo, que si no el primero, por tal puede pasar entre nuestros actores contemporáneos, estuvo inimitable en el papel de protagonista, secundándole la Srta. Tenorio, Guerrero y Sánchez de León, Rosell, y Mario en su insignificante papel.

*
* *

Más felices y más considerados por la opinión han sido los dramas de Mr. Dumas, hijo, arreglados á nuestra escena por D. Luis Mariano de Larra, con el título de *La viuda de López*, y el que, con el título de *El hijo del pueblo*, escrito por el literato portugués Pinheiro Chagas, y vertido al castellano por el Sr. García Santisteban, se estrenaron respectivamente en el teatro de que venimos ocupándonos, y en el de Novedades, del que vamos á ocuparnos.

Conocido el primero por haberle puesto en escena Virginia Marini, y clamoreado el segundo por la prensa de la nación vecina, poco hemos de decir del uno y del otro. Éste tiene en su contra el pésimo arreglo que el Sr. Santisteban ha hecho, en el que el drama portugués aparece mutilado, ininteligible, y, si se nos permite la frase, hasta enigmático; tal es la confusión y abigarramiento que se observa en todo el curso de la obra, en la que, á decir verdad, resaltan á todas luces las condiciones relevantes de buen autor dramáti-

co, de inspiración y talento en el que la escribió, por más que se vean oscurecidos las más de las veces por una homogeneidad en los caracteres de los personajes, que les priva de ese claro-oscuro indispensable en toda buena producción dramática, y que constituye su esencia, y además por un convencionalismo insistente que impide resulten las situaciones naturales y lógicas, defecto en que incurre también el señor Echegaray, con el que el literato portugués parece tiene alguna semejanza en el modo de hacer, como lo asevera la identidad que se advierte entre *El bandido Lisandro* y *El hijo del pueblo* y algunos personajes de ambos dramas, llevando en ventaja el primero al segundo en la prosa impropia del asunto, pero siempre aceptable, la condición que, ni por asomo, reúne la traducción de éste.

La ejecución fué todo lo buena que puede exigirse á unos actores que no descansan, cuyo trabajo es superior á sus fuerzas y cuya buena fe es de por sí sola suficiente á dispensar cualquier defecto de los que tampoco están exentos los que gozan de más fama y disfrutan de mejor sueldo.

Excede á toda ponderación la que cupo en suerte al drama de Dumas; debida á las Sras. Tenorio, Lombía, Guerrero y á Mario, Cepillo y Compte y la niña Guirea, que es hoy una esperanza para el arte, y bien dirigida, podrá ser una realidad; cuanto se diga es poco respecto á este particular, y todos los elogios parecerían excesivos hoy que, como decíamos antes, tanto se ha abusado de la laudatoria, que vale más callar que aparecer parciales y lisonjeros por manía y afección que por merecimiento y justicia.

El drama es digno de que se le desempeñe con cariño y acierto, porque como en todas las producciones dramáticas francesas, resalta la notable condición que distingue á sus autores, cual es la de saber armonizar el arte con la imaginación sin descuidar el primero y sin dejar pasar de un límite oportuno y conveniente á la segunda.

Una y otra obra tienen buenas situaciones; pero en cuanto se refiere á la estructura dramática, ocioso es decir que la francesa excede con mucho á la portuguesa, terminando con felicitar al Sr. Serra que, según dicen, es el traductor de

Mr. Alfonso ó La hostelera del León de Oro, por la maestría con que ha dado cima á su empresa.

*
* *

Del volcán bufo-flamenco-bailable y cantable con algunos remates de prosa y verso y su correspondiente condimento de música *jonda* y cancanesca, han surgido multitud de piezas, sainetes, revistas y otros excesos que han visto la primera luz, según opinión de sus autores, que quieren olvidar los retazos de donde nacieron, en los escenarios de Eslava, Lara, Variedades y Martín.

Haciendo un espurgo, comparable sólo al que hicieron de los libros del ingenioso hidalgo manchego su sobrina, su ama y el licenciado, se pueden sacar entre ellas algunas, muy pocas, que merezcan especial mención, tales como *El caballo blanco*, estrenado en Eslava y escrito por su empresario el Sr. Pina Domínguez; la que con el título de *El testamento y la llave* fué puesta en escena por primera vez en Variedades, letra de Lastra, Ruesga y Prieto, con música de Espino y Rubio y preciosas decoraciones de Ferri y Bonardi, y *Perecito*, juguete en dos actos original de Vital Aza, que se ha perpetuado en el favorecido Teatro de Lara.

La primera y la última son dos comedias que reflejan el carácter de sus autores por el chiste y gracejo de que están sembradas y las situaciones cómicas en que abundan, colocándolas dentro del género que hoy priva y el que el público acepta, pasando por alto las faltas de originalidad y de verosimilitud, y el exceso de convencionalismo; pero como el objeto es sólo hacer reír, por lo que al autor respecta, y de pasar un rato más ó menos agradable, en lo que al público se refiere, ambas entidades se identifican, y el fin de las dos se realiza, como los realizaban en lo antiguo los entremeses, farsas y sainetes, con más ó menos cantidad de literatura y menos ó más suma de buen sentido ó de sentido práctico.

La segunda es una zarzuela panorámica que reúne una versificación agradable y fácil, una música alegre y original en algunos momentos, como en el del tango del segundo acto,

que es bonito; una ejecución esmeradísima dentro del género y que corre parejas con la que han merecido las obras anteriormente citadas, y algún rasgo de feliz ingenio, como el del gallo que administra justicia, la mujer partida y las diabluras del mono, casi protagonista de la obra.

Las demás, estrenadas en dichos teatros, se reducen á revistas políticas que, como *Los dioses se van*, en Martín, y el *Viaje al Suizo*, en el referido Variedades, acusan falta de ingenio en sus autores y deseo insaciable de convertir el teatro en una prendería política, ó sed hidrópica de explotar las flaquezas políticas para ganar mucho con poco trabajo.

*
* *

En el teatro de la calle de Jovellanos ha empezado á funcionar una compañía de zarzuela seria, según los auspicios, á cuyo frente figuran la Sra. Cortés y el Sr. Berges; inauguraron sus tareas con la preciosa zarzuela de Vega y Barbieri *Jugar con fuego*, que la cantaron con inteligencia y buena fe, haciéndonos recordar la época en que la estrenaron la señora La Torre y Floris, y los Sres. Salas, Calvet, González y Caltañazor, en el antiguo y derruido circo de la plaza del Rey.

En la Comedia hizo su *debut* una compañía de opereta italiana, dirigida por el Sr. Tomba, que dió principio á sus tareas con la obra lírica de Ricci *Donna Inés*, la que no hemos visto. En cambio en *Giroflé Giroflá* ha reconquistado el terreno perdido, consiguiendo un verdadero triunfo todos los artistas que forman la compañía.

*
* *

Con las primeras fresas de la primavera han coincidido los primeros ecos de la música clásica, interpretada por la Sociedad de Conciertos de Madrid y la Unión Artístico-Musical, que dirigen respectivamente los maestros Bretón y Espino.

Una y otra orquesta rivalizan en fe y entusiasmo por el arte; ambas luchan con brío y constancia en el palenque ar-

tístico donde las obras de Mendelsohn, Massanet, Mozart y otros maestros cuya reputación raya en lo sublime, se presentan envueltas en el aura de la gloria inmortal que los corona.

Los reputados pianistas Albéniz y Zabalza aumentan sus triunfos, y entre un zorcico allá, unas sevillanas acá, recogen gran cosecha de aplausos, que constituye el más valioso galardón que su reconocido mérito les otorga.

Y como si esto no fuera bastante, la Patti se presenta en la Zarzuela, y estableciendo una corriente entre el regio coliseo, los amantes del arte de Rossini se disputan el puesto de honor para celebrar la diva española que en la *Traviata*, *Il Baccio* y el *Barbero* entusiasma y admira, y la diva rusa (la Kupffer), que en la *Africana*, la *Fioconda* y el *Mefistófeles* conquista uno de esos envidiables puestos en la esfera del arte.

Verger coadyuva con su talento á que el esplendor de estas fiestas musicales sea mayor de día en día; el público goza y se divierte y los revendedores las miran con rostro avinagrado, recordando los buenos tiempos de su independencia *artística*.

RAMIRO.





ESCARAMUZAS

CONTINUACIÓN (I)



ESPUÉS de todo—decía,—yo le hago un favor á mi tío, porque no le había de querer como quiero á Antonio; y á María también le hago un favor, porque así dejarán de hablar de ella.

Los dos hicieron bien su papel: ella con el desenfado natural de su carácter, él con maquiavelismo.

Mientras tanto se pensaba en los asuntos. Consultó él lo que habría que hacer en el caso de que los tutores le negasen á la pupila. Escribió á su padre, y no recibiendo la contestación que deseaba, fué en persona á tener con él una conferencia de algunas horas. Este viaje, para todos los que tuvieron de él conocimiento, pasó como una de sus salidas á las obras, que duró ocho días.

El permiso del padre estaba otorgado, y en representación suya debía ir á pedir á la novia el Capitán general de la provincia, amigo y paisano del Sr. de Lérida; éste vendría á conocer á su futura nuera cuando estuviese fijado el día de la boda.

(I) Véase la pág. 510 de este tomo.

Todas estas concesiones las había hecho el padre al hijo en cambio de otras de género análogo, y con efecto, fué convenido que los dos se casarían con intervalo muy corto. Primero, sin embargo, había de ser el casamiento de Antonio, y todas las medidas que tomaba le parecían pocas para rodear á Clotilde, en aquellos momentos críticos, de protección y prestigio.

Fijóse el día de hacer la formal petición. Aquel día era el siguiente al en que María y Manolo habían tenido la escena á que diera lugar la conversación de D. Fernando.

El Capitán general hizo anunciar la visita á los señores de Castro pare las doce del día. Extrañáronse extraordinariamente los dos esposos de la solemnidad de la embajada, y esperaron impacientes la misteriosa visita.

Pero ¡qué estupor puede igualarse á su estupor al oír de boca de Su Excelencia...

—Tengo la honra de representar á D. Lorenzo de Lérida, mi amigo distinguido, y de pedir en su nombre la mano de la Srta. Clotilde de la Puente, para su hijo D. Antonio!!!

D. Fernando miró atónito á su mujer; ésta se puso de mil colores, y como ninguno de los dos contestase, el demandante tuvo que repetir la fórmula.

—Amigo mío—dijo Rosalía, reponiéndose,—es tal la sorpresa que esto nos causa, que va V. á hacer el favor de permitirnos llamar á la interesada antes de contestar.

Clotilde se presentó muy serena, y á la pregunta que le dirigieron, contestó sin sombra de vacilación, que ella quería á Antonio Lérida, que no se casaría con otro hombre y que el paso que el General estaba dando era con conocimiento y consentimiento suyo.

Luego, D. Fernando quiso enterarse de la familia, posición y fortuna de la persona que pretendía aliarse con ellos, y como todas sus preguntas fuesen detallada y satisfactoriamente respondidas, previas algunas vacilaciones y miradas interrogadoras á su mujer, D. Fernando de Castro dió las gracias por el favor que se le hacía y concedió la mano de su pupila al hombre á quien ella elegía libremente, y que había sabido escoger tan buen embajador. Desde aquel momento

quedó autorizado Lérica para entrar en casa, y después de despedir al General, Rosalía, trémula, convulsa, sin querer mirar á Clotilde y llevándose las manos á la cabeza, fué á encerrarse en su cuarto, donde con letra desfigurada y temblona, puso unos renglones á cada uno de sus hijos para que se presentasen al momento, sin olvidarse de Pepita.

.....
Casi al mismo tiempo leía María en su cuarto, del cual no había salido aquella mañana, una carta que un criado le acababa de entregar. La carta decía así:

«Muy querida y respetada amiga: Debo pedir á V. mil veces perdón por la reserva que he usado con V., que ha sido para mí tan buena, acerca de un sentimiento que desde hoy no tiene ya por qué ocultarse. Un respetable amigo de mi padre pide en este momento para mí la mano de su prima de V., Clotilde, con quien hace algún tiempo estoy en relaciones.

La seguridad de que en el matrimonio y en sus legítimos goces y serios deberes puedo hallar la tranquilidad de que carezco, es la que me ha impulsado á dar un paso que usted, con su mucho talento y gran virtud, no dudo considerará muy acertado.

Espero, pues, que seguirá V. demostrando que nada ha perdido en su estimación y en su amistad tan preciada, su seguro servidor, Q. B. S. P.,—*Antonio Lérica.*»

María se quedó inmóvil, con cierta paralización y palidez en sus facciones. Al cabo de un minuto tocó el botón de su timbre y dijo con serenidad al criado que se presentó:

—La persona que ha traído esta carta, ¿está esperando?

—Sí, señora.

—Dígale V. que no tiene contestación y que diga al señorito que quedo enterada y que está bien.

Después cerró por dentro la puerta, volvió á leer, ya con mano convulsa y facciones descompuestas, la horrible carta, y rompiéndola en pedacitos muy menudos, abrió la ventana que daba al mar y los arrojó fuera: el viento norte, que soplabá muy fuerte, se los hizo desaparecer de la vista al instante.

Preguntóse en seguida por qué estaría tan serena y tan insensible, y al momento recordó haber oído decir que las heridas mortales no duelen en el primer momento. Esta idea le hizo sentir un principio de desconsuelo tan violento, que tuvo que llevarse las dos manos al corazón y cayó por fin anonadada sobre una silla.

Allí permaneció mucho tiempo con los codos apoyados sobre una mesa y la cabeza en las dos manos; tenía su cuerpo temblor especial; lloraba en silencio y sin contracción en su fisonomía. Después, el silbido de un tren que partía le produjo una impresión á manera de choque eléctrico, y por algunos momentos fué su llanto convulsivo, pero siempre silencioso.

Todo lo comprendía entonces; por primera vez consideraba el estado de su corazón y el inmenso cariño que atesoraba para aquel hombre.

Veía la frialdad de éste, su cálculo, su egoísmo, su horrible crueldad. Sin embargo, ella no admitía así de repente que él fuese malo; era ella la que no había sabido hacerse comprender, y en aquel momento estaba dispuesta á perdonarlo todo, y cansada de sufrir, aterrada de emociones hubiese hecho el trato de no volverle á ver, de no aspirar á otra cosa sino á ocupar en el corazón de aquel sér que hasta tal punto la fascinaba, el puesto de la verdad y del heroísmo.

¡Haber llegado al punto de la perfección en el sentimiento! ¡Poseer semejante riqueza de abnegación, tanta grandeza de alma, tanta fe! ¡Sentir como riquísimo manantial aparecido en la superficie de la tierra al poderoso empuje de internas fuerzas, la fresca corriente de los buenos impulsos, de los buenos deseos, de todos los sentimientos motores de grandes acciones, fuerzas vivas, factores del perfeccionamiento en la vida, y pasar por una mujer de talento y de fría virtud! ¡Y darle una rival más bella, y condenarla al más horrible de los martirios, al de las consideraciones de la familia que sujetan con pesados eslabones cada uno de los actos de la vida social!

¡Los grandes caracteres no sacrifican, pero saben sacrificarse, y no luchan para vencer, sino para vencerse!

¡Iniquidades habían cometido con ella! ¡Como se arroja con desprecio y saña un estorbo que nos cierra el camino, así había sido ella tratada por el hombre á quien había consagrado el inmenso tesoro de su cariño, resultado de una vida de contrariedades, de mucha soledad y de muchísimo idealismo, por el hombre que rechazaba el oro puro, ya elaborado, por una materia que aun no sabía cuántos quilates de riqueza dejaría en el crisol de las pruebas de la vida!

De esa manera se perdía la pobre mujer en las nebulosidades que su imaginación condensaba, á impulsos de la muchísima pena que sentía por aquel desengaño, hasta que un rayo de buen sentido le hizo comprender lo mal que le estaría que la viesen con señales del trastorno que en vano era tratar de ocultar, y así por esto como por el deseo de abrir su corazón á la única persona capaz de compadecerla y encaminarla, y también por el de encontrar más espacio y más soledad, tomó una repentina resolución, y después de haberse puesto lo preciso para un corto viaje, cubriéndose la cara con tupido velo, salió, encargando á su doncella dijese al señorito que se iba á la aldea, y no volvería aquel día.

Después se fué al muelle, y le pidió al patrón, José Pita, que le llevase al momento á Santa Cristina. El patrón le dijo que el viento era muy fuerte, y que fácilmente se mojaría mucho por los salseros, pero que si quería esperar hasta el anochecer, entonces calmaría sin duda. A lo cual contestó María saltando dentro de la lancha.

—Si no tiene miedo á eso, señorita, en veinte minutos estaremos allá.

Y en efecto, fué así. El viento, que llevaba de bolina la embarcación, la empujaba con fuerza, no sin que en la lucha, y apesar de la habilidad del patrón, se rompiesen en la borda algunas olas rociando á los tripulantes con agua salada que en el medio del trayecto, cuando las corrientes del mar de fuera se cruzan con las de la ría del pasaje, llegó á convertirse en verdadera lluvia.

María, á quien sus disposiciones interiores daban energía sobrenatural, veía con cierto placer que aquel aparato no la amedrentaba, apesar de que siempre había tenido mucho mie-

do á la mar, y sentía solamente que el viento fresco no se convirtiese en borrasca deshecha por ver si entonces cabía en su corazón otro sentimiento que pudiese más que el actual.— ¡Pero no, no puede ser!—proseguía dirigiéndose al mar en su mudo discurso.—Tus tempestades no se pueden comparar con las mías; ¡tú no sientes!

Cuando desembarcó, no quiso tomar el camino derecho y más corto; fué costeando hasta encontrarse en la playa de Bastiagueiro, ¡aquella playa donde había recibido su primera impresión! Volvió á ver la *tejera*, que estaba entonces en la época en que más se trabaja, y el humo rojo que salía del horno daba señales de haberse terminado una faena.

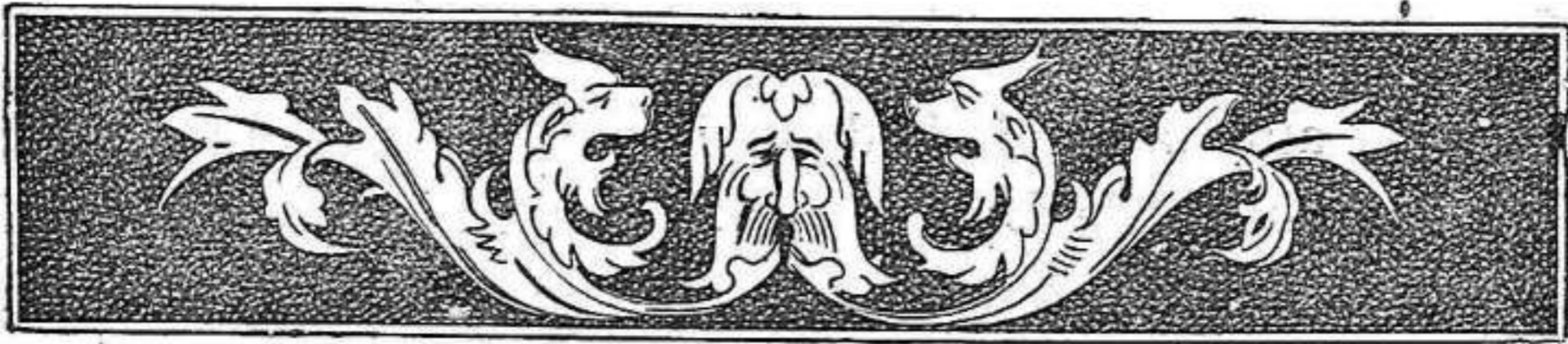
Los chicos de la pobre familia que vieron venir sola á la señorita, avisaron á su madre, y la agradecida mujer salió á saludarla y á llenarla de bendiciones. Al mismo tiempo le dijo que D.^a Luisa no estaba en la granja, pero que no sabía cuándo volvería.

Esta noticia contrarió á nuestra viajera, que por evitar las preguntas y la conversación de la tía Manuela, se fué derecha á la casa del cura precisamente, porque sabía también que estaba ausente.—En el huerto halló á la buena Mariana, que toda se apuró al ver la visita que se le entraba por las puertas. Pero ésta le encargó que no dijese nada en la casa de abajo, que ella esperaría la llegada del cura ó la de doña Luisa, y que mientras tanto tomaría cualquiera cosa de lo que estuviese aderezado para la comida de la familia.

EULALIA DE LIANS.

(Se continuará.)





CRÓNICA POLÍTICA



COALICIONES y *meetings* conciliadores forman la nota más aguda del desconcierto político de la última quincena. Intentos de avenencias y discordias, discursos y banquetes, apretones de mano y sonrisas entre los adversarios de ayer y los que no podrán menos de ser enemigos mañana, evoluciones incomprensibles é inverosímiles amalgamas, amistades del momento que cubren engaños y mistificaciones que quieren disfrazar apostasías; todo parece lícito como arma electoral en los desventurados tiempos de profundo escepticismo que corremos.

El poder á toda costa, á costa del pobre país sobre todo, parece la fórmula con más cariño aceptada por los muchos que no suelen ver en la política sino los personales medros. ¿Qué sería de España, qué sería de nosotros si los que así piensan representasen realmente la mayoría sensata de los ciudadanos y la totalidad de los hombres de Estado ó de los aspirantes á serlo?

Cuando la primera *Sociedad Económica de Amigos del País*, de España; cuando la *Sociedad Económica* de Madrid, centro ilustre por su historia, que debiera vivir ajeno á la política, se convierte en centro de cábalas, no sólo poco nobles, sino mezquinas, y se intentan allí y se realizan evoluciones tenebrosas, manejos subrepticios y contradictorios actos, el áni-

mo decae ante tamaño olvido de la antigua hidalguía y hasta llega á entibiarse la fe en la regeneración nuestra. ¿Qué diría el buen Carlos III, si viese que la noble asociación compuesta de celosos é ilustrados varones á quienes aquel Rey confiaba exclusivamente el fomento de los intereses materiales de España, había de convertirse, andando los años, en club político entregado á las veleidades de izquierdistas y romeristas para confiar inconscientemente á los elementos más batalladores su representación en el Senado? Más vale no ahondar en estas cuestiones y echar un tupido velo sobre las muchas pequeñeces que nos reservan los tiempos.

* * *

Queda pactada la coalición republicana entre los republicanos-progresistas, que reconocen por jefe supremo al señor Ruiz Zorrilla, y los republicanos-federales que acaudilla el Sr. Pí y Margall. Las bases de ese nuevo contubernio entre los inquietos amigos de la república unitaria á todo trance y los más pacíficos, pero incorregibles pactistas, merecen ser conocidas y meditadas seriamente, por más que razonablemente deban tildarse de pueriles.

Comprenden los puntos siguientes:

«1.º Afirmar y defender como principios comunes, los derechos de la personalidad humana, el sufragio universal y la república, como la forma esencial de la organización democrática de los poderes públicos.

»2.º Luchar unidos para la realización de sus comunes aspiraciones, por todos los medios legales, y aun por aquellos extraordinarios que la opinión reclama y la justicia sanciona cuando son sistemáticamente conculcados los derechos individuales, ó sistemáticamente detentada la soberanía del pueblo español, procediendo, en uno y otro caso, de previo y común acuerdo, y guardando entre sí las naturales relaciones de perfecta igualdad.

»3.º Aceptar como legalidad provisional desde el establecimiento de la república hasta la reunión de las Cortes,

los artículos de la Constitución de 1869 y la ley municipal de 1870, compatibles con estas bases y con la forma de gobierno republicana; sin que se entienda en manera alguna que la aceptación de esta legalidad provisional prejuzgue la cuestión relativa á la organización de la república.

»4.º Constituir un Gobierno provisional en que tengan justa representación todos los partidos que concurran al triunfo de la república.

»5.º Convocar dentro de un breve plazo Cortes constituyentes, en condiciones que hagan realmente imposible toda acción é intervención del Gobierno y de las autoridades locales en las elecciones.

»6.º Someterse á la Constitución que decreten las Cortes, obligándose recíprocamente, cualquiera que sea la forma que se dé á la república, á no perseguir fuera de los medios legales la realización de sus peculiares aspiraciones.

»7.º Declarar que esta coalición no es obstáculo para que cada partido defienda y propague, antes como después de la proclamación de la república, sus peculiares doctrinas.

»8.º Procurar por los medios más eficaces que esta coalición responda al decidido propósito de que el establecimiento de la república, más que obra de partido, sea una obra nacional.»

Muchas conferencias han sido necesarias para ultimar esta coalición, que, en nuestro concepto, será duradera, mientras se trate de demoler, é impotente si por desgracia llegase el momento de un triunfo que parece hoy una utopía dentro de los límites de la previsión humana. Adviértase además que quedan fuera de la coalición de zorrillistas y pactistas otras importantes fracciones del republicanismo, como son los posibilistas del Sr. Castelar, los socialistas y los anarquistas.

Un manifiesto del Sr. Pí tiene, al parecer, por objeto explicar el alcance de la coalición pactada. Sobresalen en dicho documento párrafos tan elocuentes como los que copiamos:

«Respecto á principios, hemos simplemente afirmado los que nos son comunes, reservándonos el derecho de continuar propagando los que nos distinguen, y dejando la decisión de nuestras discordias á Cortes libremente elegidas que sean la

expresión genuina de la voluntad de los pueblos. El país está sobre los partidos, y al país debíamos someterlas, deponiendo la soberbia propia de nuestra raza.»

«En procedimientos no podíamos estar discordes (federales y zorrillistas). Habíamos dicho con insistencia unos y otros, que la insurrección es un crimen donde no faltan medios legales de difundir y realizar las ideas y la nación es árbitra de sus destinos, y es, más que un derecho, un deber cuando está sistemáticamente cohibida la libertad del individuo ó la soberanía del pueblo.»

«Grande sacrificio es, en verdad, para nosotros concurrir hoy á los comicios. Sobre haber dicho que no concurriríamos mientras estuviese restringido el voto y subsistente el juramento, nos hallamos tan profundamente convencidos de la inutilidad de nuestros afanes, que apenas nos atrevemos á esperar en parte alguna la victoria.»

«Ocasión más oportuna para encarecer las ventajas de la federación y la república y tronar contra los vicios orgánicos de la monarquía, difícilmente cabe. Aprovechémosla y continuemos, aun después de las elecciones, la propaganda de nuestros principios.»

En todo esto solamente resalta que para el republicanismo de los Sres. Pí y Ruiz Zorrilla muy poco significa el liberal Gobierno de los fusionistas, y sobre todo aparece la falta de confianza que dichos jefes abrigan en los medios legales.

Razón tienen para ello. Ni medios legales ni ilegales son posibles cuando á tales alardes sólo contesta el país con indiferencia absoluta.

*
**

Otra manifestación coalicionista acaba de celebrarse aparatosamente en el regio coliseo. Hablamos del *meeting* romero-izquierdista, espectáculo excepcional y digno de formar época en los tristes fastos de nuestros partidos.

Apareció en el escenario la junta electoral, en la que se confundían los Sres. Becerra, Linares Rivas, Romero Robledo y Castellote. La sesión dió principio con la lectura de

una carta, y esta carta fué precisamente lo más importante de todo. Decía:

«Excmo. Sr. D. Manuel Becerra.

»Mi querido amigo: La ley constitutiva del ejército prohíbe en su art. 28 que los militares asistan á reuniones políticas. Y como esta prohibición coloca en el período electoral á los que profesamos la carrera de las armas en desventajosas condiciones respecto á los demás ciudadanos españoles y candidatos para aspirar á la honra de representar á la nación en Cortes, pensé que pudiera el Gobierno, ó las autoridades, sus delegados, conceder permisos que en casos determinados restablecieran la debida equidad entre los que solicitan los sufragios de sus conciudadanos para ser elegidos diputados ó senadores, y me dirigí á la autoridad, mi superior jerárquico, en demanda de aquel permiso, que me fué negado, cumpliendo dicha autoridad estrictamente con el precepto de la ley.

»Esta circunstancia me priva de la honra de presentarme en la reunión de su digna presidencia ante los electores de la circunscripción de Madrid; pero no por ello dejaré de estar con V. y mis amigos, con mis antecedentes, con mis compromisos, y haciendo mío cuanto diga á la asamblea reunida con objeto de acordar la candidatura de esta capital.

»Si tuviera la honra de ser designado candidato, manifieste á los congregados bajo su presidencia, V. que ha representado como diputado y representa hoy como concejal los intereses de Madrid, que cuanto diga, piense y prometa, eso digo, pienso y prometo.

»Le ruego dirija en mi nombre un respetuoso saludo al pueblo de Madrid, ya que no me sea posible hacerlo por mí mismo, y diríjalo muy particularmente á esa reunión electoral, quedándole agradecido su siempre afectísimo amigo y correligionario Q. B. S. M.—*José López Domínguez.*»

Lo grave, lo verdaderamente raro, es que el jefe militar de la izquierda haya pretendido que los preceptos legales formen excepción cuando de su personalidad se trata, teoría más singular en el que pretende extremar y defender las as-

piraciones populares, de todo punto imposibles sin el respeto profundo de los altos y de los bajos á la ley.

A propuesta del Sr. Becerra, fué proclamada la candidatura de los Sres. López Domínguez y Romero Robledo para la diputación á Cortes. El Sr. Linares Rivas dió las gracias á la reunión, en nombre del General López Domínguez, añadiendo:

« Enorgullécido estará por ella quien es, como General, esperanza del ejército, y como hombre político, esperanza de la patria. Busca el apoyo del pueblo y lo encuentra; el pueblo busca hombres de su condición, y los encuentra también. Aplaudamos, por lo mismo, este consorcio leal y patriótico. Quiero decir algo de lo que palpita en la atmósfera. Somos una coalición electoral, ni más ni menos. Sabemos que en esta lucha se nos derrotará, no en Madrid, que no lo quiero creer, sino en todas las provincias de España, y se nos derrotará porque luchamos vejados, oprimidos y sin recursos legales en nombre de esa que yo llamo gran hipocresía, y otros llaman sinceridad electoral. ¿Qué importa, sin embargo, que la prensa nos derrote, si la opinión nos levanta? Con la opinión alcanzaremos todos los triunfos, y alcanzaremos el Gobierno muy pronto. Vamos al triunfo moral. Y vamos con el triunfo moral á contestar al *hossanna* que entonaron nuestros adversarios en el poder el día 4 de abril, con el *miserere* que repetirá la opinión.

» ¿Queréis saber cuál es el límite de esta inteligencia electoral? Pues entiendo que lo que ahora es sólo coalición para un efecto, será después unión definitiva. Esto solo exaspera por ahora al Gobierno, y como la alianza definitiva lo pondrá fuera de sí, nosotros, que para darle gusto estamos, haremos esa alianza.

» Voy á terminar. Todos los aquí congregados rendimos ferviente culto á la monarquía y á la libertad. Dirijamos, pues, nuestros impulsos y nuestros afanes á la defensa de lo que nos une y nos confirma en nuestro amor al país: la monarquía y la libertad. »

Tocó el turno al Sr. Romero Robledo, y dijo á los que sus declaraciones esperaban:

«Luchamos contra el poder, luchamos contra las persecuciones, porque luchamos sin cambiar esa mala moneda de las benevolencias. Queremos sobre todo tener autoridad y no cambiamos con los enemigos de nuestra política más que el respeto y la consideración que se deben los adversarios.

» Mi actitud viene siendo de protesta porque me rebelé contra la rendición que hizo de su fortaleza, y contra la entrega de sus principios una fuerza de mi partido. ¿Cómo ellos que lo entregaron todo han de tener derecho ni razón para condenar esta inteligencia electoral que cada cual sostiene sin abdicaciones y sin deshonor? ¿Y cómo han de tener tampoco autoridad para condenar esta coalición de monárquicos, menos aún que coalición, inteligencia, porque nadie abdica de nada, los que se han coaligado con enemigos suyos porque les ha parecido conveniente, usando de un derecho que no les niego? Pero se nos persigue vivamente en esta lucha y nos unimos para defendernos contra los ataques que nos dirigen los autores del pacto firmado en noche tristísima por la codicia y por el miedo.

» No juzgan la sinceridad electoral, porque lo más sincero sería que no se hablase de sinceridad. No hay manera de contener las pasiones, aun siendo legítimas, y el vicio radical de toda elección no tanto está en los hombres como en el sistema, como en el procedimiento, que se presta á las mismas exigencias interesadas.

» Tengo los mismos deseos que todos de convertir en definitiva esta alianza electoral, pero sin lastimar la dignidad de nadie, con el íntegro honor de cada cual, y coincidiendo en el punto que la dignidad y el patriotismo de todos pueda y haya de coincidir. Monarquía y libertad son la bandera común. ¡Cuánto más difícil habría de ser explicar y definir otras alianzas que la que todos deseáis en este momento! Defendamos la monarquía, somos mantenedores suyos, ahora y siempre, y más ahora que la augusta señora que ocupa el trono defiende y ampara los derechos de sus tiernas hijas.»

Imposible parece que se acuda á tales recursos de relumbrón para justificar actitudes que aún no se han explicado debidamente ni podrán jamás explicarse. Pero sigamos nues-

tra crónica. El Sr. Becerra terminó con las siguientes frases, tomadas en el arsenal de lo más pintoresco que en esta materia cabe:

«Hace treinta años, en la atmósfera de Madrid todo era humo y en el suelo todo era sangre. Se gritaba ¡viva la libertad! y llovía plomo. Se gritaba ¡viva la Reina! y llovía plomo también. ¡Benditos los tiempos de ahora, en que unidos se pronuncian los dos gritos ¡viva la libertad! ¡viva la Reina! Somos un pueblo libre, y cuando un pueblo es libre no tiene el derecho de acudir á la fuerza.

»Estamos unidos en alianza electoral, pero unidos con toda lealtad. Iremos más adelante, pero iremos con nuestra dignidad y nuestro honor, sin que nada lastime á unos ni á otros. Se dice que somos pocos, pero la opinión está con nosotros.»

Tener de su parte á la opinión y ser pocos es un verdadero enigma político que no comprendemos. De todas maneras, es grato consignar que el principio fundamental de la monarquía se enaltece por algunos que en pasados tiempos contribuían á su desprestigio. Es una prueba de que la situación y el porvenir de nuestras instituciones no pueden correr los inminentes riesgos ante cuya aproximación muchos republicanos baten de continuo las palmas. Un distinguido publicista acaba de decirlo de una manera elocuente:

«Dos principios fundamentales están en lucha hace un siglo, no en España solamente, sino en toda Europa. El de la autoridad y el orden congénere de la monarquía, el de la libertad y la disolución que ha tomado por atributo la república. Todo lo que este principio ha podido alcanzar, ya lo ha logrado en Francia; pero, ¿se considera allí mismo siquiera definitivo su triunfo? No hay un francés sensato, y hasta los insensatos anarquistas, que hoy no piense que para la *República conservadora* que hoy existe en Francia, y cuyos principios y procedimientos no son otros que los de la monarquía, sin sus garantías permanentes y sin sus elevados prestigios, no valía la pena de haber hecho tantas revoluciones contra la monarquía tradicional, contra la paz transitoria, contra el régimen de los Napoleones.

»Los partidos monárquicos desde la restauración, hace once años, cumplen la ley indeclinable de la transformación, que tan sabiamente ha explicado en discursos de estos días el profundo Bonghi en Italia. Pero de la transformación que estos partidos vienen experimentando, ¿qué saca la monarquía? Todavía la monarquía no cuenta una resta; pero por días puede sumar las adhesiones. Por medio de estas transformaciones, y realizándose cada vez en mayor escala la ley del equilibrio, ¿qué le ha sucedido al partido conservador de la monarquía? ¿Qué al liberal? ¿Qué les pasa hoy mismo?

»El partido conservador ha absorbido en fuerzas católicas muchos elementos que antes no pertenecían á la monarquía liberal. El partido liberal ha absorbido á la democracia muchos elementos que, cuando menos, en su indecisión, se hallaban en las fronteras de la república. Y, por ventura, ¿hoy mismo no siguen operándose estas mismas reconcentraciones en torno del Trono, huérfano de Monarca y entregado á la tutela de una Reina magnánima?»

*
* *

Es sensible, pero es también un hecho, que los elementos socialistas eligen desde la restauración el tiempo en que está en el poder el Sr. Sagasta para producir sus manifestaciones más ruidosas. Recordamos los famosos congresos de anarquistas que precedieron á los crímenes de la *Mano Negra*, y en estos últimos días nos han sorprendido anuncios de banquetes para festejar el aniversario de la *Commune* de París y apariciones de nuevos periódicos, consagrados á fomentar las pasiones populares. En algo ha de hacerse sentir la influencia y el ejemplo de nuestros más radicales vecinos.

*
* *

Otro hecho hay que lamentar, debido también á los manejos de otros elementos que se agitan en la república francesa. Han estallado graves disturbios y ha corrido sangre en el pacífico Valle de Andorra. El prefecto de los Pirineos orientales, que estaba ya prevenido, sin duda, salió para Andorra con fuerza armada. Jamás se han desconocido de tal manera

los derechos del Obispo de Urgel, que con tantas simpatías cuenta entre aquellos sencillos y religiosos habitantes.

Años hace que se viene trabajando en la sombra y con malos medios para *democratizar* á los pequeños pueblos de Andorra, que tienen en algunas autoridades del otro lado del Pirineo los mayores enemigos de su antes tranquila existencia. Se fomentan intencionadamente los desórdenes para imponer á la larga la anexión de Andorra á Francia, como una medida indispensable.

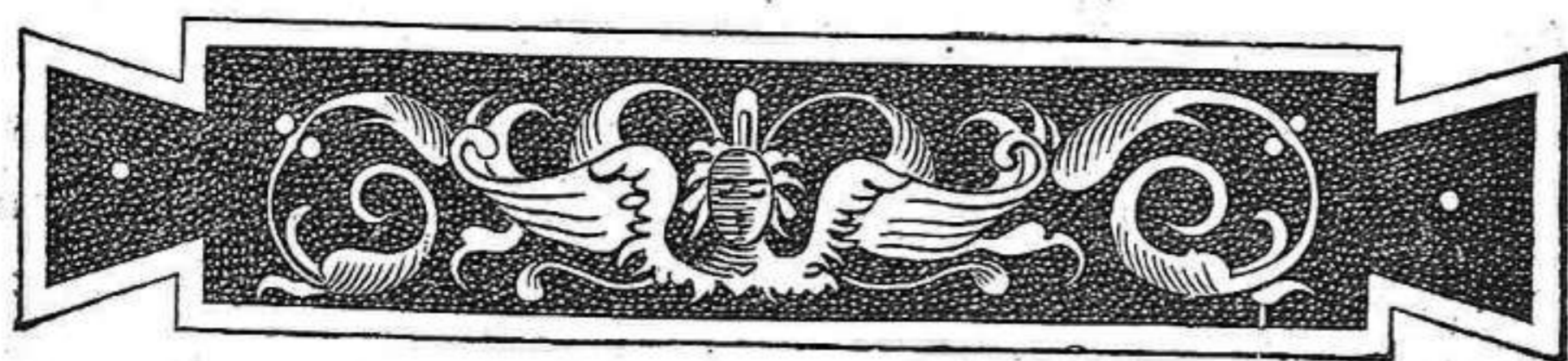
Bien dice el corresponsal de un importante periódico francés, que hallándose el territorio de Andorra enclavado en la vertiente meridional de los Pirineos, y siendo etnográficamente sus habitantes catalanes, y por lo tanto españoles, en España siempre se verán con recelo los manejos de Francia para ganarse la influencia de aquel país, que hasta ahora había permanecido en neutralidad completa, compartiendo su protectorado Francia y el Obispo de Urgel en representación de España.

El corresponsal pregunta si vale la pena que un pequeño valle que no reúne arriba de 12.000 habitantes, sea causa de desconfianza y recelos de dos naciones amigas, y no comprende que haya habido periódicos de los departamentos fronterizos que se hayan complacido en infundir alarmas, proponiendo la anexión de aquel valle á Francia.

Sin embargo, las pruebas son evidentes y venimos consiguéndonlas años hace. Ignoramos el interés que pueda tener Francia, aunque en diferentes ocasiones se nos haya hablado de establecimientos de juego y otros proyectos igualmente singulares que acabarían por desnaturalizar el carácter de una gente idéntica por su lengua y sus costumbres á la que puebla las agrestes montañas de Cataluña.

Si bien las correspondencias y los telegramas coinciden en anunciar que todo ha terminado y que la calma está restablecida en el Valle, motivos sobran y muy fundados para sospechar que no es exacto.

No es un palmo de tierra el que defendemos; se trata de la suerte de varios miles de habitantes cuyo corazón ha sido siempre de España.—A.



REVISTA EXTRANJERA

JUSTIFICADO motivo de alarma para la paz del mundo es la campaña socialista que crece en bríos, toma aterradoras proporciones en Inglaterra, Bélgica y Francia, y amenaza generalizarse por todas partes, como si obedeciese á un plan preconcebido y perfectamente dispuesto. No han terminado las deplorables conmociones que idea el socialismo; nuevas crisis son inevitables y están muy previstas desde antigua fecha por todos los hombres que no se dejan alucinar por un optimismo imposible ante la realidad de los hechos que unos á otros tan palmariaamente se encadenan.

Las noticias que el telégrafo comunica sobre los desórdenes de que está siendo teatro la cuenca carbonífera de Lieja, agravan las transmitidas. Las huelgas se extienden y toman cada día mayores proporciones. En Charleroy, apesar de las precauciones adoptadas por las autoridades, no han podido evitarse grandes atentados, y á la fecha de los últimos informes estaban ardiendo dos fábricas y un almacén de maderas.

Las noticias de Lieja dicen que grupos de huelguistas recorrían los pueblos de los alrededores pidiendo limosna, profiriendo amenazas y anunciando que volverían en mayor número. En arrabales y pueblos ha habido varias colisiones

sangrientas; los obreros atacan las casas de los burgomaestres, rompiendo cristales y destrozando todo lo que á mano tienen, siendo impotente para mantener el orden la fuerza armada. Las autoridades prohíben los grupos, y los anarquistas predicán abiertamente el saqueo de las casas. En todos los puntos se señalaba la presencia de numerosos agitadores extranjeros. La Guardia cívica ocupaba la casa ayuntamiento de Lieja. Las tropas habían sido reforzadas, y las huelgas continuaban en las comarcas carboníferas de Val Saint-Lambert, Vielle-Mari-Haye, Fanny-Ivoz, La Concordia, Los Artistas, Grosson, Paciencia, Beaujone-Bonne-Fortune, y se habían extendido á las minas de la sociedad Cockerill. En Amberes había dispuestos dos regimientos de línea para marchar á Lieja ó á Charleroy.

El conflicto se agrava con su extraordinaria duración y los exiguos medios del Gobierno belga para dominarlo. Y este es asunto de la más capital importancia, porque lo que en Bélgica se ejecuta por los partidarios de la disolución social repercute en amenazas positivas por todas las demás naciones, donde el virus del socialismo late con mayor ó menor intensidad en las masas.

Pasó el tiempo de la teoría de indiferencias en materia de crímenes demagógicos, y se observa un movimiento muy pronunciado de fuerzas conservadoras poco dispuestas á tratar con desprecio las enfermedades causadas por el virus socialista que tantos estragos hace en Europa.

Inglaterra, Bélgica y Alemania son países monárquicos, y sus Gobiernos no podrán menos de comprender que el éxito de una tentativa revolucionaria en cualquiera de los países regidos todavía por instituciones monárquicas, sería equivalente á la abdicación de la mayor parte de las dinastías reinantes.

Es evidente que en el estado en que han llegado las cosas y ante la osadía creciente de los ciegos trastornadores del orden social, la liga de los Gobiernos fuertes será la única que pueda apagar el incendio que estalló en Londres y se ha propagado por la antigua Flandes, como cuando los Gobiernos del Norte se propusieron aunar sus elementos de acción en

Rusia, en Alemania y Suiza, que prestaban albergue á sus audaces propagandistas.

De otra suerte, vendría el cataclismo económico más desastroso y formidable que pueda registrar la historia moderna. Cuando fuese un hecho la guerra legal á los capitales y al derecho de propiedad, el capital huiría, y el derecho de propiedad buscaría en otra parte su refugio, arruinando radicalmente el comercio, la industria y la agricultura.

No es sólo en Bélgica, Inglaterra, Francia y España donde se levanta el estandarte de un socialismo sólo fundado en negaciones espantosas. Las teorías han traspasado los mares, después de haber adquirido la seguridad de implantarse en un plazo más ó menos largo en todo el continente, en Viena, en Roma, en San Petersburgo, y también en Berlín. Ciertas manifestaciones de América, no son ciertamente tranquilizadoras.

En los Estados Unidos la huelga de los obreros y empleados de los ferrocarriles de la red de Mr. Jay Gould, amenaza tomar las proporciones de una calamidad pública. Las tentativas de mediación de los Gobernadores del Missouri y de Tejas no han tenido resultado. Los Caballeros del trabajo, especie de asociación obrera militante, exigen el reconocimiento inmediato de todas sus reivindicaciones, so pena de renovar las terribles escenas de la huelga de 1877.

Declaran que si no se les da satisfacción dentro de cuatro días, serán detenidos al Oeste del Mississipí todos los trenes de mercancías y de pasajeros, con excepción de los correos. Si la resistencia se prolonga más todavía, serán igualmente detenidos todos los trenes en todas las vías férreas de los Estados Unidos sin excepción. Pretenden impedir á sus compañeros, que continúan trabajando, que cumplan sus contratos, y en San Luis, una turba tumultuosa y armada hizo bajar al maquinista y al fogonero de un tren que iba á partir, y que tuvo que ser abandonado. Siguióse luego una colisión entre la policía y los huelguistas, y al fin pudo partir el tren, escoltado por un fuerte destacamento de milicia, convocado para mantener el orden. Esto, en la democrática América.

*
* *

La cuestión de los Balkanes sigue cada vez más complicada y siempre pendiente. Parece que esta primavera tiene empeño en dar malos ratos á los diplomáticos pacíficos que nos prometieron una paz próxima y seriamente asegurada.

Es cierto que el horizonte se serena por la parte de Servia, habiéndose definitivamente convenido la paz entre el Rey Milano y el Príncipe Alejandro. Pero en cambio siguen en suspenso la convención turco-búlgara y las reclamaciones de Grecia. Mientras llegan las noticias de haberse cangeado al fin en Bucharest las ratificaciones del tratado de paz entre la Bulgaria y la Servia, suceso que el Rey Milano anuncia á sus pueblos en un manifiesto, dándoles las gracias por los sacrificios que han hecho á la patria, y acontecimiento que ha costado el poder al Gabinete Garatchine, sustituido por Miyatovich, signatario del convenio de paz, he aquí que de la noche á la mañana, se afirma que el Príncipe Alejandro de Battenberg se niega á aceptar las modificaciones que por exigencia de Rusia había consentido el Sultán en su convenio con la Bulgaria, modificaciones de que dió cuenta en su nota de 4 de marzo á los representantes otomanos en Berlín, París, Londres, Viena, Roma y San Petersburgo.

Animada la Sublime Puerta por su deseo de conciliación, admitía, según dice la nota, que la renovación por quinquenios de los poderes conferidos al Príncipe de Bulgaria se hiciese con arreglo al art. 17 del tratado de Berlín, ó sea con el asentimiento de las potencias signatarias de aquel pacto, sometiéndose igualmente á las mismas alteraciones en el tratado orgánico de la Rumelia oriental, y suprimiéndose ya la cláusula de la mutua ayuda que habían de prestarse, en caso de hostilidades con el extranjero, búlgaros y otomanos.

Tal confianza había de que estas modificaciones serían acogidas también en Sofía, que ya se anunciaba convocada la conferencia europea por el decano del cuerpo diplomático, Embajador de Austria-Hungría, cuando la Sublime Puerta recibió un telegrama del Príncipe Alejandro diciendo que el espíritu de los pueblos de la Rumelia oriental y de la Bulgaria, donde reinaba una gran agitación, no le permitía ir más allá de las concesiones que al deseo de paz había hecho en el trata-

do firmado por el Ministro de Negocios extranjeros. Había renunciado á la soberanía de la Rumelia oriental, contentándose con el título de su Gobernador general, recibiendo la investidura por parte del Sultán, y había condescendido igualmente á que se sustituyese su nombre con el genérico de los Príncipes de Bulgaria; pero no podía llevar su condescendencia al extremo de que cada cinco años todo se pusiese en cuestión, aun mereciendo la confianza del Sultán, si oponía su veto la Rusia ó cualquiera otra de las potencias que no tenían derecho á mezclarse en la constitución interna de un Estado bajo la alta soberanía del Imperio otomano.

En los círculos diplomáticos se cree que el Príncipe Alejandro, al proceder con tal decisión, obra de acuerdo con la Sublime Puerta, que así conseguiría el cumplimiento de los primeros pactos, sin aparecer ser ella quien resistía á las objeciones y deseos de Rusia. Pero es muy difícil que ésta, que aun con semejantes modificaciones vaciló mucho en dar su asentimiento al acuerdo entre Abdul-Hamid y Alejandro de Battenberg, consienta en ver rechazadas sus propuestas. Sea de esto lo que quiera, el Ministro de Negocios extranjeros búlgaro, Tzanoff, se ha dirigido á toda prisa hacia Sofía, donde parece que los representantes de Alemania y Austria hacen grandes esfuerzos para que el Príncipe Alejandro desista de su oposición á lo que ya habían aceptado todas las grandes potencias, de acuerdo con Turquía. No debe ocultársele que Rusia desea prolongar la crisis de Oriente, mientras se prosiguen con gran actividad los armamentos terrestres y marítimos en los arsenales del Imperio, armamentos de los cuales es muy significativa la construcción de pequeños vapores de guerra que, por su estructura, parecen destinados á navegar en el Danubio.

La Sublime Puerta se ha acostumbrado á considerar á la Bulgaria y á la Rumelia unidas como un baluarte contra las aspiraciones de Rusia. Por otra parte, Rusia no puede, sin perder prestigio á los ojos del eslavismo, abdicar su protectorado sobre los destinos de la Bulgaria, y quiso que el Príncipe de Battenberg tuviese que renovar cada cinco años su nombramiento temporal de Gobernador de la Rumelia. Este

Príncipe, que no carece de talento político, aceptó primero para que las potencias consagrasen en su favor los beneficios de la guerra; pero vuelve después á mejor acuerdo y reclama un nombramiento vitalicio.

Esta actitud del Príncipe es naturalmente comentada; porque nadie puede admitir que, después de haberse manifestado tan razonable en la victoria como valiente en las batallas, se proponga resistir á la voluntad de las primeras potencias de Europa. Es natural que se adivine en todo esto una intriga, y la opinión pública dice que Inglaterra es la principal promovedora de las complicaciones nuevas.

Es efectivamente un hecho que la Gran Bretaña envió á Sofía á su diplomático Lascelles; es un hecho que éste fué íntimo consejero del Príncipe Alejandro, y que á sus impulsos tal vez se debió el pronunciamiento de Filipópolis; es un hecho que el representante interino de Inglaterra en Constantinopla, Mr. White, ha favorecido todo lo posible los intereses de Bulgaria, tratando de sustituir la influencia rusa por la inglesa en los Balkanes. ¿Qué extraño sería, pues, que la misma Inglaterra aconsejase hoy la resistencia al Príncipe de Bulgaria, manteniendo palpitante el conflicto que se creía ya terminado? Las reglas de la verosimilitud y la triste fama de la diplomacia británica, dan mucha fuerza á las suposiciones que se hacen.

Siendo así, es de temer que la rivalidad entre Rusia é Inglaterra estalle al fin en un duelo formidable. Los ingleses lo preven, y por esto quieren en los Balkanes resistencia de primer orden. Se comprometen también á defender á Turquía contra las agresiones de Grecia; pero como el genio mercantil dirige siempre todas sus acciones, piden en cambio la posesión de la isla de Creta ó la de Rodas, que formando una línea invencible con Gibraltar, Malta, Chipre y el canal de Suez, harían al Gobierno de Londres, no sólo dueño soberano de todo el Mediterráneo, sino del Oriente entero.

*
* *

Al propio tiempo que se presenta formidable la oposición suscitada en Londres por los proyectos que se atribuyen á Lord Gladstone respecto de Irlanda, también el Príncipe de Bismarck ha sido derrotado en el Parlamento alemán con motivo de la votación del proyecto sobre el estanco de los alcoholes. El fracaso de los planes de Lord Gladstone podrá dislocar el Gabinete inglés y aun ocasionar á la larga su caída; pero la derrota de Bismarck es una de tantas escaramuzas con que el Parlamento en Alemania procura entorpecer la política del gran Canciller. El Canciller es, sin embargo, de hierro, y sabe que gobernar no es dejarse conducir, sino conducir á los pueblos hacia la realización de sus destinos, apesar de las dificultades que ellos mismos levantan contra los que vigilan por su engrandecimiento y seguridad. El Canciller no retrocede, y en la necesidad de aumentar los ingresos del Estado, sabrá resolver muy luego el conflicto en una ú otra forma.

*
*
*

En los momentos mismos en que nos llegan detalles de las grandes fiestas de Berlín para festejar el nonagésimo cumpleaños del Emperador Guillermo, fiestas espléndidas á las que ha acudido la mayor parte de los Príncipes coronados de Alemania, un despacho de Goritz anuncia que el jueves último, á las diez y media de la mañana, falleció la Condesa de Chambord. Hacía ya algunos años que venía esta ilustre dama padeciendo una afección al corazón. Su mal se acentuó á consecuencia de un resfriado que tomó últimamente; pero no hizo cama más que un día, y hasta el último instante conservó su pleno conocimiento.

Hija mayor de Francisco IV, Duque de Módena, la Princesa María Teresa Beatriz, Archiduquesa de Austria y Este había nacido el 14 de julio de 1817, y se casó con el Conde de Chambord en noviembre de 1846. La madre de la Condesa de Chambord era una de las cuatro hijas nacidas del matrimonio de Víctor Manuel, Rey de Cerdeña, con María Teresa de Austria y Este.

Dichosa en su vida privada, se encerró en los deberes de esposa tierna, llenando su existencia con las prácticas de una religiosidad ilustrada y de una caridad inagotable. Dícese que jamás deseó los esplendores del trono, que, lejos de deslumbrarla, la asustaban.

En cuanto llegó á París la noticia de la muerte de la Condesa de Chambord, fué comunicada á los diputados de la derecha. Al anunciarla el diario monárquico la *Gaceta de Francia*, la acompañó de esta sencilla reflexión: «Es un duelo nacional.»

Mr. Bocher telegrafió en seguida la triste nueva á todos los Príncipes de la casa de Orleans. El Conde de París contestó el 27 desde Cannes con el siguiente despacho:

«Agradezco infinito vuestro telegrama, que me ha con-
tristado vivamente. El sábado haré decir una misa en mi
parroquia en Cannes, á las doce. Nos ponemos de luto.—
Conde de París.»

El Conde y la Condesa de París, así como todos los miembros de la familia de Orleans, asistieron á esa misa. Por su parte el Duque y la Duquesa de Chartres han decidido que el hotel de la calle de Jean-Gujou permanezca cerrado en señal de luto hasta el fin de abril, y que no haya recepción alguna hasta nueva orden. Mr. Adolfo de Rostchild, que debía dar una gran fiesta en la noche del mismo día, la suspendió inmediatamente.

La difunta lega su fortuna, que se calcula en cerca de 50 millones de francos, á sus sobrinos D. Carlos y D. Alfonso. D. Carlos, que partió de Venecia tan pronto como supo la noticia de la muerte de su tía, llegó á Goritz el jueves por la noche. Según las disposiciones adoptadas después de la muerte del Conde de Chambord, la Condesa será enterrada en el panteón de Castagna-Vizza, al lado del que fué su esposo, de Carlos X y de la Duquesa de Parma.

S



BOLETÍN BIBLIOGRÁFICO ⁽¹⁾

Diccionario enciclopédico de Medicina y Cirugía prácticas, escrito en alemán bajo la dirección del DR. A. EULENBURG, traducido directamente y arreglado para uso de los médicos españoles, por el DR. D. ISIDORO DE MIGUEL Y VIGURI.—Agustín Jubera, editor: Campomanes, 10.

Tan interesante ó más que los anteriores es el cuaderno II de esta gran obra, que seguramente utilizarán la inmensa mayoría de los estudiosos médicos de nuestro país. Describen-se, aparte de otros asuntos y cuestiones, la colecistectomía ó extirpación completa de la vesícula biliar, los cólicos, el coloboma del iris, de la coroides y de los párpados; el colodión, la coloquintida, la higiene de los colores, la colotomía, la colquicina, los comedones, la compresión y los compresivos; se hace un estudio muy detenido de las concreciones, los con-

dilomas, la condroma, los vicios del conducto auditivo externo, la congestión y la conjuntivitis. Pero de todos los puntos tratados en dicho cuaderno, ninguno es de tanta actualidad como el cólera, ya que, por desgracia, es probable que de nuevo nos visite aquella enfermedad. El Dr. Eulenburg hace la historia y etiología del cólera morbo asiático, deteniéndose, como es natural, en los experimentos de Koch, Nicati, Rietsch, Petteukofer y otras glorias de la medicina moderna; es muy notable la manera como Eulenburg presenta la sintomatología de la terrible epidemia, como lo son también la anatomía patológica, el diagnóstico, el pronóstico y la terapéutica del cólera.

En el cuaderno 12, que es el últimamente distribuido, prosigue el estudio de la conjuntivitis, se trata de la tan debatida cuestión sobre la in-

(1) Los autores y editores que deseen se haga de sus obras un juicio crítico, remitirán dos ejemplares al director de esta publicación.

fluencia degeneradora de los matrimonios entre consanguíneos, aduciéndose las opuestas opiniones de gran número de celebridades; la constricción, la contusión y las convulsiones y las propiedades del bálsamo de copaiba, van á continuación. El capítulo más extenso y notable de este cuaderno, es aquél en que se da cuenta detenida del corazón, víscera que por su inmensa importancia, merece sin duda el detenido examen que de ella hace el Dr. Eulenburg. La corea, el cornezuelo y la coroiditis, son los últimos capítulos.

Como se ve, presta un gran servicio al adelantamiento de la medicina en nuestro país el Sr. D. Agustín Jubera, que da á conocer una obra de tanto mérito.

A.

* * *

Segunda ristra de ajos (*compuesta de XIV cabezas*), *trenzada y publicada por el Dr. THEBUSSEM, cartero honorario de España y miembro de la Sociedad de Gastrónomos y cocineros de Londres.*—*Con licencia, imprimióse á costa de Juan de Acosta, mercader de libros.*—*MDCCLXXXVI.*—8.º, 151 páginas.

Ristra, sí, y de mucha sustancia y variedad, porque hay en ella *cabezas* para todos los gustos; desde las suaves y ligeras como huevo mejido, hasta las acres y regoldas como las manzanas del diablo. ¡Y que no han andado pródigos de ingenio, erudición y ciencia los colaboradores de este raro libro! Aquello es un no acabar de dimes y diretes preñados de gracia, rebuscados y entresacados del neuma de nuestro rico idioma, y un certamen coactivo de investigaciones filológicas para poner á prueba los eximios co-

nocimientos lingüísticos de los *bachilleres, doctores, moriscos* y demás ilustres literatos que, por lazo de festivo monopolio (y tómese este vocablo á buena parte), *ajejan* á diestro y siniestro armando maretas tal, que no parece sino que anda en ello la de Mazagatos.

Barajados los ha en esta contienda con su sutil ingenio y su atildado bello decir el *doctísimo* doctor Thebussem, alma de esta *ristra*, para cuyo trenzado puesto han en ristre su afilada péñola, enristrándola, no con ristre, sino con armonioso ritmo la flor y nota de los literatos que de más autoridad gozan en estas materias.

No es aquello huerta de prosaicas hortalizas, sino ameno jardín de olorosas flores donde todos han hecho alarde de buen decir, delicado gusto, profundo estudio y conocimientos varios. La agudeza y la gracia rebosan por todas partes, y no parece sino que han andado al morro los padres de esta *ristra* para sobrepujar los unos el mérito de los otros.

Y á fe que *todo es menester, migar y sorber*, como dice el refrán, para que los bellacos *cara de ajos* que no penetren bien el sentido de la investigación, no se escandalicen y hagan aspavientos extremando el concepto filológico del vocablo *ajo*, que como tal, por fuerza ha de ser algo picante, aunque las más de las veces *pique sólo al que lo coma*.

En suma, el opúsculo es de lo más original, más discreto y más galano que ha podido escribirse, tratándose de un asunto algo escabrosillo. Por eso pienso que lo mirarán con indulgencia, después de todo, los amantes de la pureza de nuestra habla, porque en verdad, hay virtud

de sobra en él para alegrar al triste y hacer asomar al rostro los sonrosados colores que acusan el regocijo á las muchas *caras ajadas* que andan por esos mundos de Dios.

Se ha impreso el librito con excelente gusto tipográfico, y va con todos los sacramentos desde el *Elenco* hasta la *Tasa*, pasando por el *pre-ámbulo*, *invocación*, *ante-ristra*, texto y *carta mensajera*, por el Dr. Thebussem, hasta llegar al obligado *Colofón*.

En Madrid se vende la *Ristra* en casa del conocido *mercader de libros* D. Fernando Fe, á cuya casa de la Carrera de San Jerónimo núm. 2, se

puede llegar cualquiera en una carrerita.

¡Ah! Olvidaba lo más importante: «La experiencia ha demostrado, advierte el editor, que deben exigirse, y se exigirán, á los compradores, las condiciones de

Ser varón mayor de treinta años;

Exhibir título de bachiller en cualquiera facultad, y

Abonar en efectivo dos pesetas.»

Por lo demás, tenga presente el lector, porque viene á pelo ahora, aquel apotegma de Séneca que dice: «*Distrahit animum librorum multitudo.*»

J.



ÍNDICE DEL TOMO LXI

15 DE ENERO DE 1886

	<u>Páginas.</u>
La Leyenda de Alfonso XII, por D. Juan Pérez de Guzmán.....	5
La Hacienda pública de Portugal en sus relaciones con la de España, por D. José García Barzanallana.....	11
Recreaciones de Geografía (continuación), por D. Rafael Alvarez Sereix.....	35
Viaje por Marruecos, el desierto de Sahara y Sudán al Senegal, por D. Cristóbal Benítez.....	53
Revista de teatros, por Ramiro.....	68
Escaramuzas, novela (continuación), por D. ^a Eulalia da Lians.....	76
Crónica política, por A.....	90
Revista extranjera, por S.....	100
Boletín bibliográfico.....	109

30 DE ENERO DE 1886

Razón de ser del patronato músico de Santa Cecilia, por D. José María Sbarbi.....	113
La Hacienda pública de Portugal en sus relaciones con la de España (continuación), por D. Jose García Barzanallana.....	121
Viaje por Marruecos, el desierto de Sahara y Sudán al Senegal (conti nuación), por D. Cristóbal Benítez.....	144
Romancero Alavés, por D. Alvaro Ortiz.....	156
Ensayo de reforma de la segunda enseñanza, por D. Tomás Escriche.	166
Revista de teatros, por Ramiro.....	187
Escaramuzas, novela (continuación), por D. ^a Eulalia de Lians.....	196
Crónica política, por A.....	205
Revista extranjera, por S.....	213
Boletín bibliográfico.....	219

15 DE FEBRERO DE 1886

	Páginas.
Apéndice á las Cosas de Madrid, por D. Dionisio Chaulié.....	225
Las dos Castillas, por D. Enrique Serrano Fatigati.....	243
Recreaciones de Geografía botánica (conclusión), por D. Rafael Alvarez Sereix.....	255
El Romance de las Nieblas, por D. Juan Menéndez Pidal.....	266
Ensayo de reforma de la segunda enseñanza (continuación), por don Tomás Escriche.....	276
Revista de teatros, por Ramiro.....	296
Escaramuzas, novela (continuación), por D. ^a Eulalia de Lians.....	302
Crónica política, por A.....	315
Revista extranjera, por S.....	325
Boletín bibliográfico.....	330

28 DE FEBRERO DE 1886

Congreso penitenciario de Roma, por D. Francisco Lastres.....	339
Notas tomadas por D. Cristóbal Benítez en su viaje por Marruecos, el desierto de Sahara y Sudán al Senegal (continuación), por don Cristóbal Benítez.....	348
Ensayo de la reforma de la segunda enseñanza (continuación), por D. Tomás Escriche.....	366
Revista de teatros, por Ramiro.....	397
Escaramuzas, novela (continuación), por D. ^a Eulalia de Lians.....	405
Crónica política, por A.....	425
Revista extranjera, por S.....	433
Boletín bibliográfico.....	442

15 DE MARZO DE 1886

La crítica política contemporánea, por D. Joaquín Rabanaque.....	449
Ensayo de la reforma de la segunda enseñanza (conclusión), por don Tomás Escriche.....	462
La novia del marinero, por D. ^a Blanca de los Ríos.....	471
Estudios estéticos, por L. Cabello y Aso.....	492
Revista de teatros, por Ramiro.....	502
Escaramuzas, novela (continuación), por D. ^a Eulalia de Lians.....	516
Crónica política, por A.....	538
Revista extranjera, por S.....	546
Boletín bibliográfico.....	553

30 DE MARZO DE 1886

	<u>Páginas.</u>
Los bosques, por D. Antonio García Maceira	561
Los Voceri, por D. Victor Suárez Capalleja.....	583
La crítica política contemporánea, por D. Joaquín Rabanaque.....	591
Sin fe (soneto), por D. A. Salazar y Aguado.....	611
Antonio Mengs.—Sus obras é influencia en el arte español, por A. Danvila Jaldero.....	612
Revista de teatros, por Ramiro.....	635
Escaramuzas, novela (continuación), por D. ^a Eulalia de Lians.....	643
Crónica política, por A.....	649
Revista extranjera, por S.....	659
Boletín bibliográfico.....	667



Elixir Digestivo

DE

JIMENO

PEPSINA Y PANCREATINA EN ESTADO NATURAL, Y DIASTASA.

DIGESTIVO COMPLETO de los alimentos grasos, azoados y feculentos.--**EXCITANTE PODEROSO DE LA DIGESTION**, por hallarse compuesto de los jugos pépsico y pancreático naturales, con sus inherentes ácidos, sales y principios inmediatos. Está reconocido este digestivo como preparación de alta novedad y superior á todas las conocidas.--**PRINCIPALES INDICACIONES.**--Apépsia (falta de apetito), dispépsias ácidas y flatulentas. digestiones pesadas, vómitos de los alimentos y vómitos de las embarazadas.

FARMACIA DEL GLOBO, PLAZA REAL, 4, BARGELONA, Y EN TODAS LAS DE LA PENÍNSULA

EXPOSICION UNIVERSAL

DE

BARCELONA

Setiembre, 1887. — Abril, 1888

ETABLISSEMENT DE SAINT-GALMIER (Loire)

CACHET
VERT

SOURCE BADOIT

MÉDAILLE
D'OR

EAU DE TABLE SANS RIVALE

La seule de toutes les Eaux minérales de table qui ait obtenu une Récompense à l'Exposit. univ. de 1878

La seule aussi qui ait obtenu une médaille d'Or à l'Exposition de Francfort-s-le-Mein en 1881

Diplôme d'honneur à l'Exposition de Bordeaux 1882

La consommation de cette Eau a pris des proportions considérables. C'est par millions de bouteilles qu'elle est aujourd'hui expédiée. Aussi quand un docteur distingué écrivait : « Cette Eau fera le tour du monde! » il disait vrai. Cette progression est due à sa saveur, soit pure, soit mélangée au vin, à sa limpidité inaltérable, enfin à toutes ses propriétés hygiéniques, apéritives et digestives, constatées par les travaux scientifiques des Docteurs O. Henry, Durand-Fardel, Ladeveze, Gensoul, Petrequin, etc.

10 VENTE PAR AN:
millions de bouteilles

Exiger la Signature :



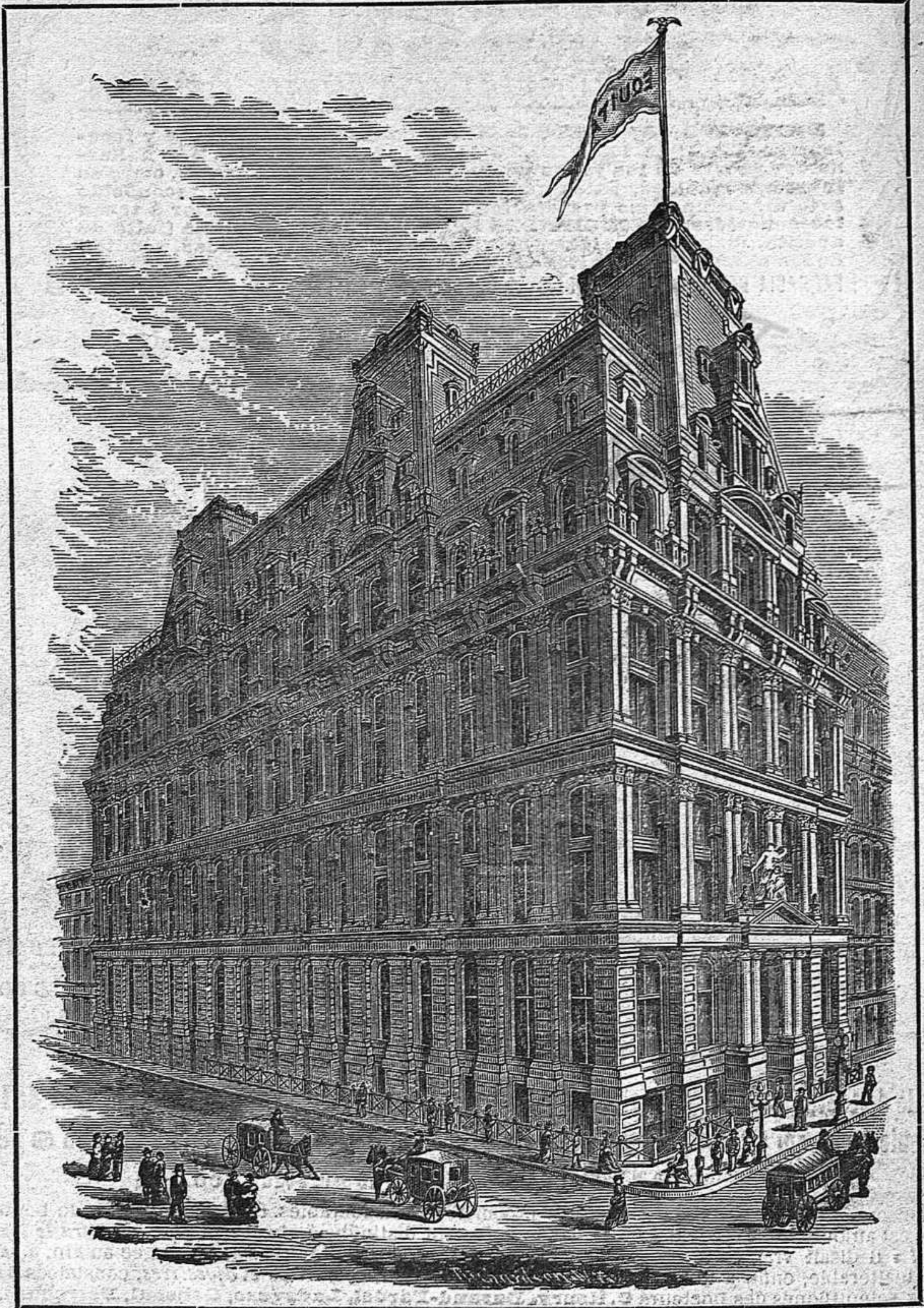
LA EQUITATIVA DE LOS ESTADOS UNIDOS

SOCIEDAD AMERICANA DE SEGUROS DE VIDA

120 BROADWAY.—NEW-YORK

Suma asegurada en 1885.....	480.056.890	pesetas.
Pagado á los asegurados desde 1859.....	454.287.554	»
Total de seguros en vigor.....	1.840.291.966	»

Esta Sociedad es la única que emite pólizas indisputables pagaderas inmediatamente sin la demora usada por otras compañías.
 — Su sobranse, á cualquier tipo en evaluación, es mayor que el de ninguna otra Sociedad de seguros.
 — Calculado al 4 1/2 por 100, base legal del Estado de New-York, asciende á 90.100.946 pesetas.



Capital de garantía: 342.274.945 pesetas. — Reserva: 271.389.414. — Sobranse: 71.390.831.
 Los que solicitan seguros en esta Compañía no necesitan esperar la resolución de New-York. Su Comité ejecutivo para España y Portugal está autorizado para emitir pólizas y pagarlas en Madrid.

DIRECCIÓN GENERAL PARA ESPAÑA Y PORTUGAL
 Y
 SUCURSAL DE ESPAÑA
 MADRID.—SEVILLA, 16, PRINCIPAL

(Se dan informes y prospectos.)